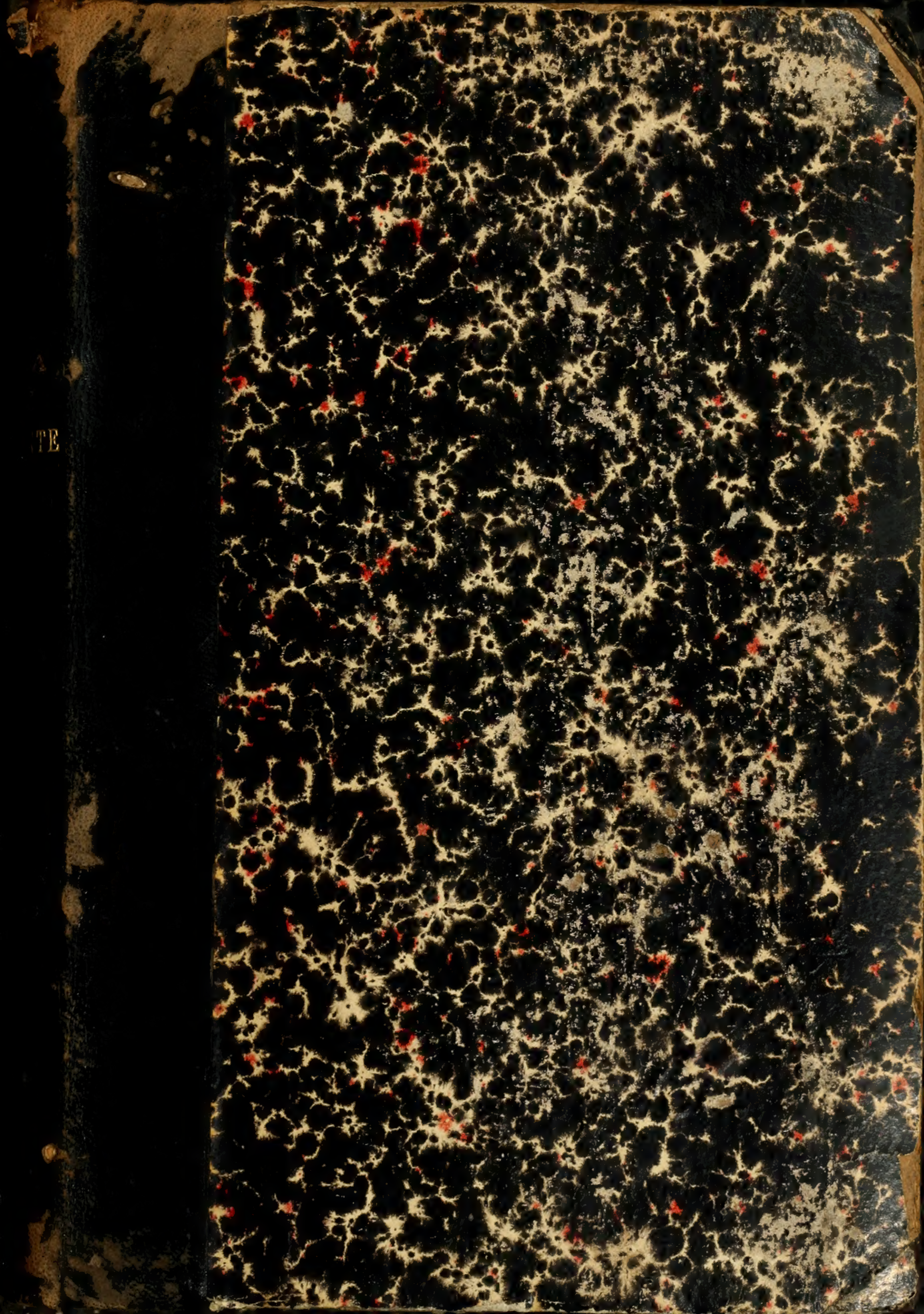
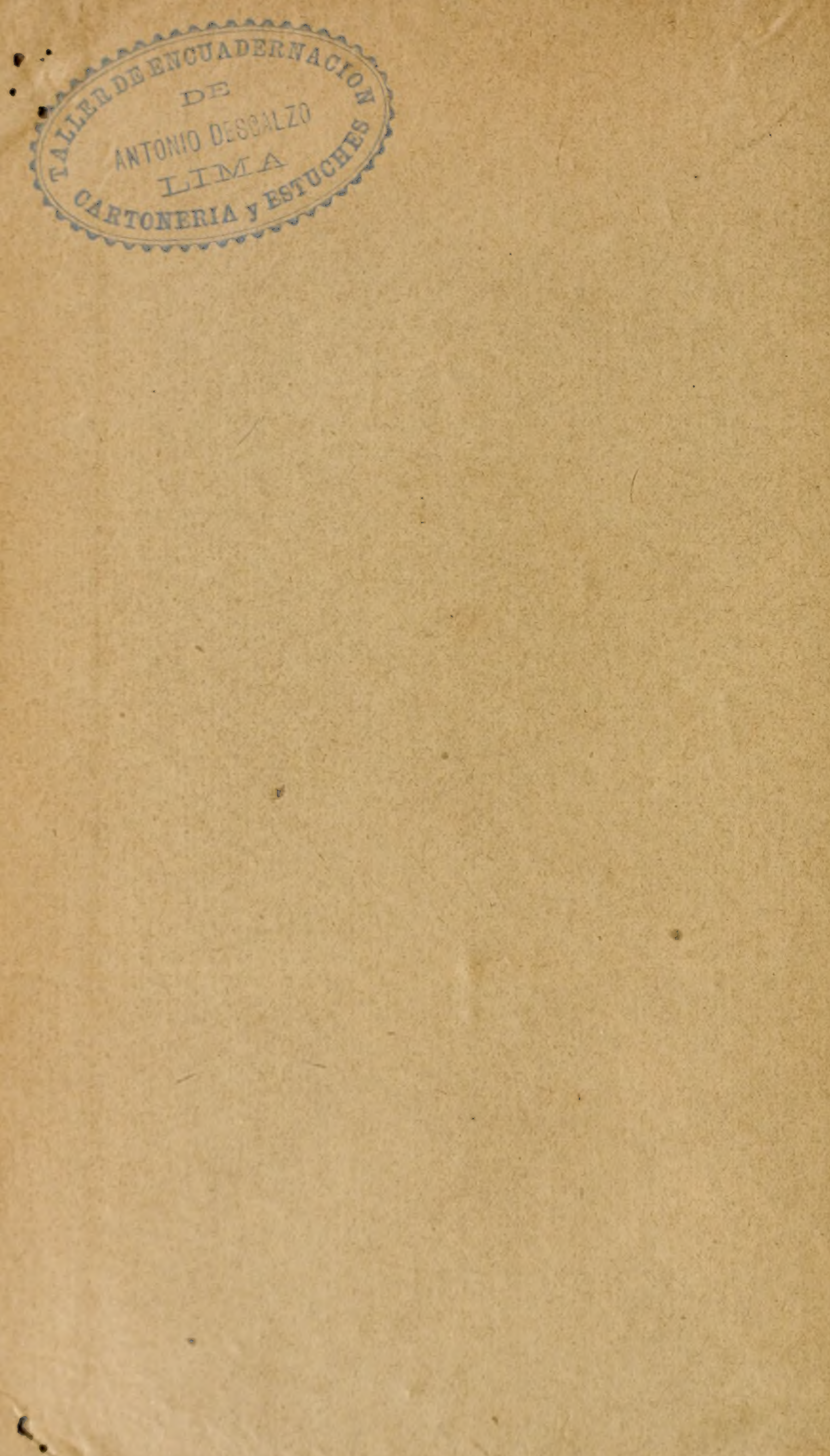



TALLER DE ENCUADERNACION
DE
ANTONIO DESCALZO
LIMA
CARTONERIA y ESTUCHES

HISTORIA

DEL

Perú Independiente

POR

M. NEMESIO VARGAS

> *Los viles, los corrompidos y los reos políticos, se alhagan á sí mismos diciendo que no hay sanción. ¡Mentira, miserables, no os aduleis! La palabra del sabio es la sanción de la posteridad. La virtud se encargará de sacaros á la vergüenza en la ominosa picota de la Historia.*
>
> VARGAS.

TOMO II

LIMA
IMP. DE "LA ABEJA.—JUNIN N.° 937
1906

Al dignísimo y distinguido Dr Dn Germán Leguía y Martínez en prueba de afecto.— Lima, Dicb. 30/906

Ricardo Queens

HISTORIA

DEL

Perú Independiente

CAPITULO I

El primer congreso del Perú fué una imagen fiel de lo que serían los posteriores, es decir, una agrupación de aspirantes políticos en la que sobresalían algunos; inconscientes de su alta misión; entidades parlamentarias nulas; con pretensiones de grandes oradores; incapaces de valer por sí mismos con raras excepciones; sin más importancia que la del puesto, ni otra malicia que la de hacer pagar bien sus servicios al Estado. 1822 1er. Congreso.

Según ellos su tarea consistía en dictar leyes. No sospechaban que sus acciones y sus palabras tenían que ser para el pueblo lecciones prácticas de civismo; que á ellos les incumbía la faena de acreditar el nuevo régimen, y muy pronto los veremos sin valor para denunciar las intrigas de la ambición, por conservar al amigo, el temor de atraerse enemistades ó el de suscitarse en contra las iras del poder.

Tenían también que enseñarle al pueblo, en vez de la obediencia ciega al monarca, el respeto esclarecido á la ley: matar el proteccionismo político para acatar la imposición del sufragio libre; reemplazar el derecho divino de

los reyes, por el deber de elevar al primer puesto al mejor ciudadano.

Luego, inculcar en las masas el hábito de pensar bien, único secreto del acierto en todas las cosas. Quiero decir, sugerir á súbditos y mandatarios la necesidad indispensable de la obediencia, aliada en aquellos á la conveniencia del orden, y en éstos á la de la responsabilidad; de manera que se cumpliera el deber sin humillación, y se gobernara sin jactancia bajo la sanción bienhechora de la ley. El buen sentido político se extendería en breve á todo lo demás: habituados los hombres á dar con la dificultad, buscarían y hallarían el medio de vencerla, y este ejercicio continuo de sus facultades haría que la confianza en el esfuerzo propio, la fe ciega en los prodigios de la economía y la industria y la altivez del ser libre, fueran en él las virtudes predominantes.

Entonces y sólo entonces sería el pueblo soberano, porque pensaba y era libre: entonces, y sólo entonces tendrían bases firmes la Carta, el poder y las instituciones: el tiempo solo no basta para consolidarlas, como muchos se imaginan; para ello es menester que se apoyen en la opinión pública, y que estén en armonía con los hábitos é ideas, con los usos y las costumbres.

Estos principios políticos incontestables eran desconocidos á la mayor parte de los representantes; los que no los ignoraban, cuidaban de no exponerlos, dominados por la ambición, ó retenidos por el temor á la primera autoridad.

Con el tiempo el sufragio fué la más augusta de las pantomimas, y los congresos, la paro-

dia solemne de lo que debía ser una representación. El pueblo no se acercaba á las urnas: la canalla envilecida movida por las autoridades, nombraba los candidatos á satisfacción del gobierno, y los vivas incoherentes y destemplados de la embriaguez hacían las veces de las aclamaciones expontáneas de la democracia.

Muchos de los diputados eran extraños á sus provincias. No conociendo sus necesidades no podían remediarlas. Los cargos eran feudos del ejecutivo, imposiciones del poder ó de la política, que revelaban el cinismo del tutor y el pupilaje degradante del comitente.

Pervertido el voto popular, la historia se redujo á una sucesión de elecciones nulas para exaltar por su turno á los caudillos políticos; audaces unos, afortunados otros, ignorantes todos de que el apego á la ley es el secreto de la gloria póstuma y la salvaguardia de la democracia; y que entre los esplendores del mando que requiere tantas virtudes, y los temores de la responsabilidad que solo inquieta al que se respeta, es preferible la privanza en que con pocas podemos adquirir un nombre ilustre, fundar una familia virtuosa, y distinguirnos como un buen ciudadano.

La gente vulgar y sin principios, era la más solicitada para representar una provincia que solo de nombre conocía: el hombre honorable, digno é independiente, era un fantasma para los pretendientes ó los mandatarios; y estas vilezas é iniquidades eleccionarias, nos dan la pauta histórica para apreciar el patriotismo de los que con tan reprobados medios se adueñaban del poder.

Los representantes, en general, eran hombres vulgares, ajenos á la altura de su puesto y á la altivez de la dignidad: se afiliaban á un partido, solícitos de la propia conveniencia. Entraban á las cámaras empujados por un gobierno, y ya sea que se discutiera un principio de derecho público, civil ó constitucional, el voto pertenecía á su círculo, y no al país, teniendo en más las miras políticas que el amor á la verdad y á los principios de la ciencia. Las conveniencias del partido estaban por encima de los intereses de la patria.

La hidalguía y la sinceridad no anidaban en el legislativo. Lejos de ser éste el santuario de las leyes, el laboratorio del bien común, era la fragua en que se fundía la ambición; el corrillo en que se principiaba sistemáticamente por desprestigiar al poder para forzar la revuelta; el conciliábulo en fin, en que se hacía alarde de patriotismo y de respeto á la ley, por los que sólo esperaban la vara del mando para escarnecerla y pisotearla.

Los nombramientos para los altos puestos pueden dar una idea clara de la indiferencia del gobierno por la cosa pública, y de la estolidez de los representantes.

Un coche por semanas ó un par de zapatos eran el gasto obligado del pretendiente. Jamás conocí á ningún representante á quien se le ocurriera, que su intelectualidad y el decoro, la dignidad del cargo y el bien del país, le imponían el deber de rechazar semejantes visitas. Ninguno parecía darse cuenta, que el verdadero mérito se esconde y no desciende jamás hasta la súplica, cuando se trata de discernir un cargo público.

De este encogimiento y de aquella desenvoltura resultaban dos funestas consecuencias; la creación de magistrados ó dignidades, esclavos del poder, sin ciencia ni probidad, y la relegación de la virtud, tan funesta á los particulares como dañosa al Estado.

Con tan malos elementos era difícil que la verdad se dejara oir en el legislativo. El arte de la palabra no se cultivaba porque no tenía oyentes; y como es propio de la ignorancia confundir lo bueno con lo mejor, el vulgo, que siempre anda en busca de notabilidades, tomaba por oradores á los demagogos de palabra fácil y disparate corriente. Había muchos amigos de disputar, muy pocos estadistas con quien discutir. Faltos, la mayor parte, de preparación académica, eran muy escasos los que podían plantear un problema político y social con claridad, discutirlo y desarrollarlo con lucidez, y resolverlo con acierto, elevación y prudencia.

El hombre de negocios, el hábil financista, el juez severo y circunspecto, ni disfrutaban de crédito ni tenían influencia; casi siempre llevaban la palabra abogados ó catedráticos astutos, bribones consumados, locuaces sempiternos. Al lado de lo grande, útil y provechoso, se ocupaban de asuntos insignificantes, absorventes del tiempo y del dinero, salpimentados de odios políticos, celos ruines infundados y vergonzosas pequeñeces.

Un profundo murmullo de indignación acogía siempre las propuestas de ascensos, de montepío ó de pensiones de gracia: el celo por las rentas públicas se sentía profundamente herido: el peticionario se retiraba molesto,

descorazonado. Días después se aprobaban por unanimidad ó por inmensa mayoría, y con dolor se veía olvidado el deber por la falta de caracter, el civismo por las miras egoístas, el enojo noble del primer momento por la condescendencia culpable.

Vicios mayores atrajeron más tarde sobre los diputados el desprestigio y hasta el ridículo. Los puestos administrativos eran el precio de sus opiniones, de sus discursos y de sus votos. Durante la legislatura se verificaba la feria; se suspendían las funciones del gobierno, y el país clamaba por la clausura de las cámaras para disfrutar de la marcha regular de la administración.

Ministerios. Como se comprenderá, semejante corruptela dificultaba, ó más bien diré, hacía imposible la acción del gobierno.

Los hombres serios se negaban á ser ministros, por no estar rechazando súplicas y recomendaciones cada vez que había una vacante, de donde han provenido tres rémoras sociales; que los ministerios se hayan convertido en fuente de enemistades y en *agencias gratuitas de puestos públicos, para los amigos de la causa;* se llenen las oficinas de ignorantes, ociosos ó inútiles que recargan ó embarazan, por lo menos, las labores de los competentes; y por último, que se diera más de una vez el escándalo mayúsculo, que los senadores y diputados de un departamento, lucharan entre ellos á brazo partido, por el nombramiento de los jueces y demás autoridades de sus provincias.

Este vergonzoso tráfico dura todavía. En ochenta y cinco años de vida independiente no ha desaparecido. Ningún representante re-

cuerda que, con arreglo á la primera constitución, se les prohibía solicitar cargos para sí ó para otro durante las sesiones, y que esa sabia disposición la exigía el buen servicio, el respeto del legislativo y la independencia del poder.

Así fué como el congreso dejó de ser el representante augusto de la soberanía; el fiscal severo de los otros poderes en el cumplimiento de la ley. Los representantes ganaron en influencias palaciegas y sacaron mayor provecho del cargo, pero perdieron el respeto público y la dignidad de patricios.

La liquidación de las dietas fué siempre una tarea bochornosa. Tenían el pudor de tratarla en sesiones secretas. Algunos residentes en Lima, representantes de apartadas provincias, cobraban derechos de ida y regreso. Como el Ser Supremo tenían el don de la ubicuidad. 500,000 soles costaba el congreso ordinario: 30 por ciento de esta suma los extraordinarios, que la malicia había hecho comunes: gasto anual inútil, signo de riqueza pública, de tolerancia punible y de falta de caracter. Jamás hubo representante, miembro del poder ejecutivo ó de la prensa, titulaba libre, que se atreviera á denunciar el mal y á señalar el remedio. Últimamente se asignaron 3,600 soles de renta anual, con lo que acabaron de suscribir con mano propia el veredicto de su deshonra. La nación protestó unánime, y los representantes no percibían en calles y plazas sino miradas de desdén y frases de menosprecio. Dietas.

Manchados tomaban asiento en las cámaras, y al salir de ellas repugnaban más. Para ellos todo era provecho; bolsa llena, conside-

raciones sociales, vara alta con la administración.

En las repúblicas nacientes, el salario es el orín que lentamente corroe la dignidad de las más respetables instituciones. Los cargos más eminentes se convierten en granjerías políticas, y de allí es que los congresos remunerados, jamás tuvieron el decoro y la respetabilidad de los municipios.

Los representantes serios optaban por el silencio y la tolerancia, pero les roía el remordimiento que, por espíritu de cuerpo, sacrificaban su dignidad.

Todo esto unido á la poca ó ninguna ilustración de la mayor parte, dió lugar á que sus conceptos y modales los explotara el arte cómico para hacer desternillarse al teatro de risa, y á que por calles y plazas se les señalara con el dedo como una calamidad pública, teniendo los más serios que apelar á todo su aplomo y desembarazo, para resistir las pullas de la sátira en la vida social.

Desgraciadamente no eran los legisladores los únicos engañados. Entre la facilidad de gobernar con un congreso servil, y la grandeza de inclinarse ante otro inteligente y libre, los primeros mandatarios proseguían impávidos concediendo las representaciones á famélicos complacientes, sin cuidarse de si la historia los clasificaría entre los mandones vulgares ó los politicos estúpidos.

Con estos antecedentes se comprenderá, desde luego, que los congresos estaban muy lejos de representar la alta clase y la intelectualidad del Perú. Abogados noveles ó sin clientela; clérigos sin beneficio, desautorizados; industria-

les solícitos de influencias palaciegas; provincianos ansiosos de disfrutar de los goces de la capital y de las atenciones del poder, he aquí los elementos del cuerpo legislativo, tan ajenos á la abnegación y civismo perenne de la democracia, como adecuados para los convites, diversiones y pasatiempos de la vida disipada.

Un sabio estadista alemán que venía haciendo un estudio serio de las finanzas de los estados sud-americanos, me fué recomendado por un amigo antiguo de Colonia. Callo sus nombres porque todavía viven. El viajero no hablaba una sola palabra de castellano, y tuve que ser su *cicerone* obligado por toda la ciudad. Una hermosa tarde de verano que lo paseaba por Mercaderes, para mostrarle, orgulloso, la belleza, elegancia y porte distinguido de las hijas del Rimac, al pasar por la fotografía de Courret, nos llamó la atención un retrato de los miembros de la Cámara de Diputados que se exhibía en la vidriera. Mi amigo lo examinó detenidamente y, al continuar la marcha, observé que había flaqueado algo la conversación. Se lo hice notar y poniéndome una mano sobre el hombro, me dijo:—Ya le conozco, amigo mío, lo suficiente, para no temer herirle con mi franqueza. He creido tener á la vista un grupo de las islas de Salomón ó de Sandwich. La inteligencia y la cultura se revelan en la mirada y en el porte. Con esos tipos, el Perú no se levantará ni en mil años. No se trata de preocupaciones de raza; lejos de mi semejante idea. Hay un libro sublime, inimitable, que todos debemos acatar y obedecer si no queremos marchar á nuestra ruina; ese libro encierra los destinos de la humanidad. Él nos dice que hay

una raza escogida, los hijos de Seth, á la que el cielo ha confiado la alta misión de conservar la tradición divina y de trasmitirla á todas las gentes. Todos somos iguales ante la ley, todos somos hermanos ante la Divinidad, pero ante la patria no hay tal nivelación, ni esta fraternidad; por el contrario, ella nos impone el deber de humillarnos ante la inteligencia, el mérito y el valor, porque de esto depende su engrandecimiento y nuestro propio bienestar; y así como el Hacedor no nos ha hecho igualmente hermosos, así también no todos somos aptos para las funciones de la administración, la guerra ó el gobierno. La patria antes que todo, y ella nos pide que solo confiemos sus tareas á las almas nobles, á las inteligencias claras, á los corazones generosos, si no tenemos otra mira que contribuir á su felicidad, ni otro ensueño que verla respetada y libre.

Ahora fuí yo el que me quedé mudo. Yo también venero y respeto ese libro, la Biblia, y sentía que mi patria se tuviera que mantener, por no sé cuantos años más, apartada de esta gran verdad.

De todo lo dicho deduzco tres consecuencias:

La primera es, que en las repúblicas nacientes, los actos y las disposiciones de la administración, deben tender á levantar el espíritu público para formar soldados altivos y vigorosos, ciudadanos independientes y respetables.

La segunda, que la instrucción debe inculcar en todos el deber de que cada uno contribuya en su esfera á la grandeza de la patria, y que la verdadera grandeza no consiste en millones, ni en ejércitos, ni en caminos, sino en el ejercicio libre de los derechos políticos, sin los que no

hay progreso, ni bienestar, ni dicha siquiera positiva.

Y por último, la tercera, que en el estado actual del Perú, solo declarando concejil el cargo de representante, se podría devolver al Congreso la dignidad perdida, sin la que en vano pretenderá elevarse á la altura de los otros poderes, y mucho menos, obligarlos á ceñirse extrictamente al cumplimiento de la ley.

Sin este cuadro doloroso que he descrito, sombreado por la arbitrariedad de los libertadores, la ambición de los primeros mandatarios, y la falta de civismo de los encargados de las operaciones militares, sería imposible explicar claramente el estado lamentable á que ha llegado la república, en la que para merecer puestos, honores y distinciones es preciso humillarse, enmudecer, y dirigirle un adiós lastimero á la libertad.

CAPITULO II

Lima estaba representada por ocho diputados: Trujillo por quince; la Costa por dos; Huaylas por ocho; Arequipa por nueve; Puno por seis; Cuzco por catorce; Huamanga por siete; Huancavelica por tres; Tarma por seis y Mainas y Quijos por uno, lo que hacía un total de 79, 33 en propiedad y 46 suplentes, por estar ocupadas las últimas provincias por los españoles. Diputados.

Representaban al clero Luna Pizarro, Rodríguez Mendoza, Pedemonte, Ophelan; á la magistratura Araníbar, Pérez Tudela, Ortiz Zevallos, Luna Villanueva, Forcada; al ejército

La Mar, y no faltaban literatos y hombres científicos como Olmedo, Unánue, Paredes, Sánchez Carrión, Tafur, Carrasco y Mariátegui. La presidencia fué conferida á Luna Pizarro, la vice-presidencia al Conde de Vista Florida, Salazar y Baquíjano; Secretarios eran Carrión y Mariátegui.

Luna Pizarro que llevaba la voz en todas las sesiones, había sido alumno de las Universidades de Arequipa y Cuzco, donde obtuvo los grados de Licenciado en cánones y teología en 1798 y 1799, y al año siguiente se incorporó en el Colegio de abogados de Lima á la edad de 20 años. En 1806 recibió las sagradas órdenes del obispo Chávez de la Rosa, quien lo llevó á España de familiar, cuando se retiró de su diócesis. Allí consiguió que se le nombrara capellán del Presidente del Consejo de Indias. A su regreso fué canónigo medio racionero de la catedral de Lima, y poco después en propiedad, nombrándole el Virrey Avilés, Rector del Colegio de San Fernando.

Hábil, intrigante, orador distinguido, político consumado, lleno de ambición, se atrajo á los liberales con el juicio que le siguió la Inquisicion por leer libros prohibidos; y sin las dotes de un Mentor político que nos guiara por la senda escabrosa de la democracia, escaló el poder cubriéndose con una Junta, cuando la situación exigía un Gobierno unipersonal que con mano fuerte reprimiera las ambiciones y dirigiera la guerra.

[illegible]

Componían la Junta el General La Mar, don Felipe Antonio Alvarado, que no tenía más mérito que ser hermano del General, y el Conde de Vista Florida, sobrino del famoso Baquí-

jano y Carrillo, hombre sin energía, inexperto en negocios, novicio en política, que no traía más contingente que su probidad, las buenas relaciones de su familia y el respeto que inspira una ilustre cuna.

Desde los primeros pasos la administración se resintió de la falta de facultades. El despacho de los distintos ramos quedó encargado á Secretarios de Estado. Nada podía resolver por sí misma, y cuando el apremio de las circunstancias exigía una resolución inmediata, consultaba al congreso el que dictaminaba mal, y cuando la crisis había pasado.

La Junta asumía la responsabilidad en tanto que el verdadero mandatario era Luna Pizarro, el cual tuvo la suerte que no hubiera en la cámara un representante de entereza, que denunciara ante el país este crimen de la ambición.

La Mar era natural de Cuenca, hijo legí- 1778
timo de D. Marcos La Mar, administrador La Mar
de las Cajas Reales del lugar y de Doña Josefa Cortazar. Su tío materno D. Francisco, le llevó á España, y de sub-teniente ingresó al Regimiento de Savoya. Hizo la campaña del Rosellón contra los franceses, ganando con su 1794
espada el grado de capitán. Estuvo en el célebre sitio de Zaragoza con el bravo Palafox de Teniente Coronel, y por su valor mereció que se le declarara benemérito á la patria. Más tarde cayó herido bajo Black, y en la capitulación que celebró éste con el Mariscal Suchet, fué comprendido estando en el hospital. Convaleciente se le llevó prisionero á Francia; se escapó á Suiza y embarcándose en Trieste pasó á España. Fernando VII le elevó á Brigadier y le nombró Sub-Inspector General del Vi-

rreinato del Perú, cargo que desempeñaba á la llegada de los libertadores.

Militar de escuela, inteligente, pegado á la disciplina, sin vicios, trato fino, palabras suaves, fué el encanto de sus amigos y de los que le conocieron. Grave en el consejo, sereno en el peligro, parecía que la muerte le hubiese revelado que no le sorprendería en el campo de batalla. Estimaba en mucho á los oficiales estudiosos, y la mejor recomendación en ellos, en su concepto, era su competidor profesional. Lleno de cualidades exelentes, franco, sin resabios, generoso, magnánimo, jamás se dejó arrastrar por la ambición, ni seducir por el lucro, que en sus grandes miras nada era más noble que prestar sus servicios á la patria desinteresadamente.

Por desgracia, su probidad y buena reputación no estaban realzadas por la energía del caracter y la vivacidad. Débil, caviloso, taciturno, era todo un hombre de bien á la vez que un misántropo esclavo de la malicia; y así Luna Pizarro encontró en él una víctima inconsciente y propicia para sus planes políticos.

El primer paso de una nación libre fué, pues, una cábala de la intriga, que se aprovechaba de la buena fé é ingenuidad de un patricio para enseñorearse del poder. Luna Pizarro era uno de los más ilustres, y aunque no ignoraba que la verdadera democracia exige el olvido de sí mismo, y que las circunstancias le ofrecían una oportunidad brillante para ser el fundador de un estado, prefirió disponer de la Junta á someterse á sus órdenes, no obstante de que veía al país al borde de su ruina.

La gran simpatía que se tenía por La Mar,

y el general aprecio que se hacía de sus virtudes, no eran bastante á excusar su condición de extranjero, que lo inhabilitaba para el gobierno, y de ello se aprovechaban los ambiciosos para desacreditar á la Junta, en la que estaba en minoría el elemento nacional.

La presidencia de ella tuvo también por objeto, quitarle á La Mar el mando de la expedición que se proyectaba. Él y Arenales, únicos competentes para dirigirla, eran dos fantasmas para los pretendientes. Preferían éstos correr los peligros de una derrota, á dar oportunidad á dos extranjeros de adueñarse del pais y de ser los primeros adalides de la América del Sur. A voz en grito se decía, que Arenales debía operar por el centro, cuyo terreno conocía, y el veterano General oía con el más profundo desprecio estos elogios pérfidos, que tenían por objeto quitarle la dirección de una guerra, á la que le llamaban su pericia y sus altos merecimientos. Se encerró en su gabinete con sus nobles recuerdos sin exhalar una queja. El silencio y el desdén son la elocuente respuesta de las almas grandes.

El General Alvarado que prestaba su prestigio al otro miembro de la Junta, era natural de Salta, mayor de 38 años, había hecho las campañas del Alto Perú y Chile, distinguiéndose en Chacabuco y Maypú y siendo el héroe en el paso del Bío-bío. General Alvarado

Cortés, severo, valiente, había nacido para obedecer. Carecía de iniciativa y de aquel arrojo indispensable en el General que emprende un ataque. De su capacidad puede dar una idea el hecho que, estando al frente del ejército cuando la expulsión de Monteagudo, no comprendió

que ésta redundaría en su descrédito, y lejos de contrarestarla con todas sus fuerzas, facilitó su salida, como ya se ha visto, privándose del asciendente é influjo que le pudiera prestar la fama y el talento.

General Paz del Castillo

Consecuencia lógica de la pretensión necia, de querer emancipar al Perú con los esfuerzos propios, fué la despedida de los colombianos.

Disgustado Bolívar de esta actitud y de que se le contestara pidiéndole fusiles, á sus ofrecimientos de mandar tropas, ordenó á Paz del Castillo que no se comprometiera en ningún encuentro sin probabilidad de triunfar, y que, en caso de un revés, se replegara á Colombia.

Estas disposiciones acrecentaron la altivez del General para con el Gobierno, con el que estaba en malos términos desde que se incorporó Numancia á la división de su mando. Se pidió la devolución del equipo, armamento y fornituras que se le habían dado, y aún se pretendió retener el pré de la tropa. Castillo se limitó á poner en conocimiento de Bolívar estas odiosidades, que dieron lugar á que se cambiara el nombre del cuerpo, cuando más tarde regresó al Perú.

Voltijeros

Intrigas parlamentarias

Este doble juego de intrigas produjo resultados deplorables. Los auxiliares, los patriotas de corazón y los oposicionistas, estaban porque se llamase á Bolívar. Los ambiciosos sostenían que la guerra era atribución del ejecutivo y que era peligroso confiarla á un extranjero. Los apoyaban hombres eminentes. La Mar y Santa Cruz estaban disgustados con el héroe colombiano desde la anexión de Guayaquil. Luna Pizarro y Riva Agüero no querían tener émulos en el poder, próximo á caer en manos de

uno de los dos. El primero llegó en una ocasión á decir en el congreso: "si damos entrada á la anarquía, Bolivar tendrá un pretexto para introducirse en el país: guerrero feliz, él podrá conquistar nuestra independencia; pero, en cambio, aspirará á hacerse déspota y á dominarnos como á esclavos. Los sucesos confirmarán la exactitud de mi previsión."

No hay duda que el orador rasgaba el velo del porvenir.

Oposicion á Bolivar

Aun Arenales y Alvarado, eran adversos á Bolivar por espíritu de celo y también por cuestión de nacionalidad.

Los que habían visto fracasar al lucido ejército chileno-argentino, bajo uno de los mejores Generales de entonces; los que buscaban la unión de los partidos y la concordia del ejército; los que comprendían que el auxilio de Chile no vendría sino cuando hubiera seguridad del triunfo; los que, ante la espectativa de ver al Perú libre, deponían la ambición de ser sus libertadores, estaban por la venida de Bolívar, único caudillo capaz de sacar al Estado de situación tan difícil, de reparar las derrotas y de devolver al ejército el espíritu marcial.

La expedición á Intermedios no fué contra los españoles, sino la tentativa que se hizo para conservar el poder. Era menester perder la última esperanza de independizarnos con elementos propios, antes de apelar á los ajenos.

Bolívar volvió con sus ofertas: decía que tenía 4,000 hombres listos para embarcarlos, si se le mandaban transportes con víveres, y en 9 de Setiembre envió un expreso desde Cuenca á los Gobiernos del Perú, Chile y Buenos Ay-

res, para explayar su propósito y desarrollar su plan de campaña.

Según él, la guerra del Perú no debía llevarse de un modo decisivo hasta la llegada de les refuerzos. En caso de un descalabro, el ejército se replegaría al Norte, á esperar su llegada; ó al Sur, á recibir los socorros meridionales.

Mosquera

El plenipotenciario Mosquera trabajaba con ahinco en el congreso por el llamamiento. Esta tenacidad, que algunos historiadores atribuyen al deseo de consolidar la libertad de su patria, y otros, á la ambición insaciable de dominar en el continente, es el título más grandioso del héroe á la inmortalidad. El fué el único que comprendió, entre sus contemporáneos, que estando en pié La Serna, Canterac y Valdez, ni Caracas era libre, ni Buenos Ayres estaba emancipado. El Perú y Chile no tenían caudillo que pudiera contrarrestarles: el héroe argentino se había eliminado voluntariamente, por lo que era una misión augusta remover los obstáculos que se opusieran á la terminación de una obra decretada por el destino, é impuesta por el desarrollo natural de los acontecimientos.

Espíritu nacional

La dimisión de San Martin despertó el espíritu nacioual. Los politicos del Perú querían disfrutar, en la minoría, del derecho de manejarse por sí mismos, y sin haber lanzado al guardador de casa, ni conseguido siquiera imponerle respeto, desdeñaba los servicios del génio que les ofrecía emanciparlos.

Fruto de este celo importuno fueron las disposiciones del congreso, para que las bajas de los cuerpos auxiliares no se llenasen con peruanos, y que las vacantes del ejército y armada,

solo se diesen á los nuestros, lo que por cierto no era muy prudente, desde que con ellas se hería la susceptibilidad de los auxiliares.

Compuesta la Junta en su mayoría de extranjeros, criticó, como era natural, estas leyes, y para no resentir á éstos, renunció el mando, con lo que obligó al congreso á poner la adición salvadora: *sin perjuicio de los ascensos respectivos de escala y premio, á los que servían ó después fueran admitidos en las banderas del Estado.*

A mayor precaución, se convino que esta ley no se publicara hasta que nuevamente fuese revisada, y así se conjuró el peligro de una desavenencia.

El ejemplo de Guayaquil, los brindis de Bolivar, en los que prometía intervenir en los asuntos del Perú y Buenos Ayres, y la nota de su Secretario al congreso, sobre las provincias de Jaen y Maynas, depertaron en aquellos países el deseo de ponerse en guardia contra la ambición del Libertador.

En Lima se resolvió la formación de un ejército nacional; permanecer en *statu quo* en cuanto al territorio, y mandar un Ministro Plenipotenciario á Colombia.

El celo nacional exigió, además, que se separase á Guido del Ministerio de Guerra, con motivo de haber pospuesto á los peruanos en la última lista de ascensos.

He aquí el estado del país cuando se verificó la expedición á Intermedios, última tentativa de Buenos Ayres y Chile para emancipar al Perú: primer esfuerzo de los ambiciosos para librarse del socorro de Colombia.

El congreso adjudicó las tres medallas con- Medalla de San Martín

cedidas por el decreto protectoral de Abril 29 de 1822, á Santa Cruz, á Riva-Agüero y á Torre Tagle; y otorgó una acción de gracia, premios y medallas al primero, y á la división peruana vencedora en Pichincha.

La tarea principal y la más noble del congreso, fué la de fijar las bases de la Constitución.

Constitucion

La soberanía residiría en la nación. Se dividió en tres poderes independientes, y no podía ser patrimonio de nadie, ni de ninguna familia, no pudiendo el poder ejecutivo ser vitalicio y menos hereditario.

El gobierno sería popular representativo. La religión la católica, apostólica y romana con exclusión de otra alguna.

Se garantizó la libertad de imprenta, la inviolabilidad del domicilio, el *habeas corpus*, el secreto de las cartas, la igualdad ante la ley, la proporción de las contribuciones, y se abolieron las confiscaciones, las penas crueles é infamantes, la trata de negros y los empleos y privilegios hereditarios.

El cargo de representante sería inviolable, y responsables *in solidum* el Presidente y los Ministros, por las resoluciones dictadas en comun, y estos últimos, por su respectivo despacho.

Creó un Senado Central con los senadores de las provincias, dos por cada una, el cual debía velar por la observancia de la Constitución y las leyes; elegir y presentar al ejecutivo los empleados civiles; elegir á los eclesiásticos que debía nombrar la nación, y convocar á congreso extraordinario en los casos indicados en la Constitución.

El poder judicial era independiente, inamovi-

bles los jueces, y en las causas criminales, el delito sería declarado por jurados.

La instrucsión era obligatoria: la sociedad la concedía á todos los ciudadanos.

El congreso, los miembros de la Junta y demás autoridades, juraron la Constitución en Lima el 19 de Diciembre, y después lo fué sucesivamente por estas últimas en toda la república.

La Constitución satisfizo las aspiraciones de los políticos, dándonos un gobierno propio que oponer á las ambiciones crecientes del caudillo colombiano, y alentó sus espectativas de disfrutar de las comodidades y respetos del mando, sin cuidarse de si naufragaría ó no, bajo su débil mano, la nave del Estado.

Hay que reconocerlo: esta actitud del congreso obedecía á la confianza que se tenía en la expedición á Intermedios, y todos á una, se decían ingénuamente, que, con ejército propio, era tarea fácil emancipar al país.

CAPITULO III

Lista la expedición, se pensó en los medios de sostenerla y se apeló á una contribución forzosa de 400,000 $, que hubo que cambiar en empréstito por haber protestado los extranjeros, y solicitado los nacionales del Congreso que se redujera á 150,000. Esta resistencia despertó el patriotismo de los representantes, los cuales se desprendieron de sus relojes, anillos de brillantes, hebilllas de oro y otras prendas, que llegaron á producir en venta Fondos para la expedición

80,000 pesos. El ejemplo produjo un efecto mágico. Los empleados de las oficinas públicas dieron la mitad ó parte de su sueldo; el vecindario acudió en masa á depositar su ofrenda; las matronas y personas acaudaladas erogaron fuertes cantidades.

Una noche, un embozado entró al despacho de La Mar, y sin decir palabra dejó sobre la mesa 114 onzas de oro, y se retiró apresuradamente. Tomado y compelido á decir su nombre, pidió y obtuvo del Presidente de la Junta que no se le denunciara. Cuando este dió cuenta al congreso, alabó la generosidad de la acción pero no citó al autor. La cámara dispuso que si algún día se supiera el nombre, se le fijara en letras de oro en la Casa Consistorial. El D. D. Mariano Alvarez, reveló, muchos años después, que tan esclarecido ciudadano había sido el D. D. José Armas.

Se nombraron peritos para la distribución del empréstito en proporción á los bienes, y aunque la repartición se hizo de la manera más equitativa, sin favores ni preferencias, los ingleses se quejaron de la cantidad que se le asignaba al Comandante Prevost de la fragata Aurora.

La Junta sostuvo la medida, indicando, que, por los decretos de 17 de Octubre y 21 de Noviembre de 1821, se había admitido á los extranjeros, bajo la condición que soportarían las mismas cargas que los nacionales, á lo que Prevost contestó que, no habiendo acuerdo de partes se debía dejar salir del país á sus compatriotas: el gobierno consintió en ello, pero después el Ministro de Relaciones Exteriores declaró

que á nadie se daría pasaporte sin haber pagado el impuesto.

La Junta conoció que esta medida perjudicaría solo al país, y que no podría sostenerla, y no queriendo revocar su propio decreto, salió del aprieto remitiendo toda la correspondencia al congreso, el cual repuso las cosas al estado que tenían antes, evitando el rompimiento con los súbditos de una nación, que había prestado y prestaba valiosos servicios á los independientes.

La Aurora recobró su fondeadero en la bahía, y el comercio inglés ofreció al gobierno 73,400 pesos á mutuo, sin interés, pagadero en libranzas á 6 meses contra la Aduana.

También decretó el gobierno para hacerse de recursos, que el tabaco á bordo pudiera ser extraído, pagándose al contado el 40 % y el del estanco el 25.

Vista la negativa de los colombianos, y habiéndole indicado el General Alvarado á la Junta, que renunciaría el mando si se demoraba la partida, se dió á la vela el jueves 10 de octubre la primera división al mando de Miller en los trasportes O'Higgins, Independencia, Perla, Mackenna, Olive Branch, Dardo y Nancy. La segunda con Alvarado, partió días después (15 octubre), convoyada por la fragata O'Higgins al mando de Blanco Encalada. La tercera el jueves 17, llegando todas ellas el 6 de diciembre á Iquique. Salida de Alvarado

El ejército se componía de los cuerpos veteranos de Chacabuco y Maupú, batallones 1, 7, 8, 11; los Granaderos de los Andes, los batallones 2, 4 y 5 de Chile, y el batallón 1 Legión Peruana, es decir 3,953 hombres, sin contar Sus tropas

536 enfermos en los hospitales. 1,900 argentinos, 1,200 chilenos y el resto de peruanos. El parque se componía de 20 cañones, 2,000 fusiles, 2,560 tiros de cañón, 510 de metralla, 370,000 cartuchos y los útiles de una maestranza,

Chile dispuso que el batallón No. 7 y un escuadrón de 200 plazas, á órdenes del Coronel Pinto, Jefe de Estado Mayor, tomaran parte en la campaña, pero sublevado el batallón y caído el gobierno de O'Higgins, no se pensó en auxilio alguno.

Alvarado dejó en Iquique al 2 de Chile, 160 hombres, para que se remontase y abriese comunicaciones con el guerrillero Lanza; y con el resto del ejército, desembarcó en Arica.

Situacion de los realistas

El enemigo ocupaba los puntos siguientes: Canterac, Jauja y Huancayo, con 5,000 hombres. La Hera, Arequipa, con poca guarnición en reemplazo de Ramírez que se había ido á España, pronosticando el fin de la contienda. El Virrey en el Cuzco: Olañeta en Potosí con más de mil hombres; y Valdez en la Paz, pacificando el Desaguadero, después de haber batido á Lanza y obligádole á refugiarse en las montañas de Ayopaya. Rodil con unas compañías guardaba Pisco é Ica; y desde Quilca hasta Iquique, estaban diseminadas á lo largo de la costa pequeñas partidas de observación.

Plan de campaña

Ocupando las fuerzas realistas un vasto territorio, el plan de campaña consistía en atacarlas á la vez por distintos puntos, á fin de que, ó desguarnecían Jauja para cubrir su retaguardia, perdiendo el centro, ó se dejaban cortar las comunicaciones, quedando aislados Canterac en el Norte y Olañeta en el Alto Perú.

Bustos y Urdinivea debían atacar por Salta. Arenales ocuparía la Sierra sublevando á la indiada, y Alvarado avanzaría hasta el Desaguadero, arrollando al enemigo que le saliera al encuentro.

Pero no se contaba con la buena organización y disciplina de éste. Aun se ignoraban las excelentes disposiciones sobre el equipo del soldado, dictadas por La Serna, que le permitieron hacer esas marchas forzadas de 15 leguas, que serán siempre la gloria del indio de las punas, y el asombro de los que se interesan por las peripecias de la guerra. Los aliados no atacaron y Alvarado no pasó de la costa.

Canterac y Valdez pudieron operar á su arbitrio y sin peligro alguno. De Nahuimpuquio se movió el primero, el 9 de Noviembre, y el 20 de Enero llegó á Torata, habiendo recorrido 282 leguas. Burgos, Cantabria, y los escuadrones 1.° y 2.° de la Unión, fueron los de esta hazaña, la cual fué superada aún por la división Valdez. División Canterac

En Puno, Canterac recibió el refuerzo del escuadrón 1.° de la Guardia y dos piezas, elevando su fuerza á 2,400 hombres.

Esta célebre caminata por punas y sierras elevadas, la hicieron los soldados sin calzones; atiesados éstos con las sales de las lagunas, les abrían las carnes, y los oficiales tenían que lavarles las heridas con agua tibia ú orines, al llegar al campamento.

Completó La Serna su plan de defensa, dejando á Loriga en Jauja con el resto de las tropas de Canterac: á Carratalá le ordenó que ocupase Arequipa; á Olañeta, que por las altiplanicies se descolgara al valle de Azapa y to-

mara Tarapacá; y á Valdez, que con Gerona, Centro, los escuadrones 3.° de San Carlos, 3.° de Dragones de la Unión, el Regimiento Granaderos de la Guardia, dos escuadrones de cazadores á caballo, Dragones de Arequipa, una compañía de zapadores y cuatro piezas: total 1,765 infantes y 757 caballos, bajara de La Paz, cubriera Arequipa, y, extendiéndose entre Moquegua, Omate y Torata, estuviera listo á caer sobre los patriotas, tan luego que supiera que habían desembarcado.

División Valdez

Entretanto, la actividad realista contrastaba con la modorra de los patriotas, que, sin recursos ni caballos, de que los había privado Valdez, no podían avanzar.

La primera chispa prendió en el puebleeito de Coipa, donde Don Estevan Iglesias y otros vecinos, apresaron al capitán Moya y á 6 soldados de Gerona.

Operaciones

El 9 de Diciembre, Legión Peruana, el Regimiento Río de la Plata y los Granaderos á caballo, se internaron tres leguas en el valle de Lluta, y el 14, se tuvo noticia que Valdez había llegado á Sama con Dragones de la Unión. Los patriotas se concentraron en Chacalluta, en la boca del valle ya nombrado, cerca de la playa del mar. El enemigo no se presentó, y Alvarado, creyó prudente retirarse á Azapa, valle ancho, abierto y de muchos recursos.

En una Junta de Guerra, Miller opinó, que se atacara en el acto á Valdez á fin de impedir que se le uniera Canterac; y como el apremio fuera una crítica simulada de la inercia anterior, Alvarado se resintió, y aquel se vió obligado á retirarse del ejército. Un murmullo sordo y general siguió á esta separación: reco-

nociendo el Jefe la importancia de su cooperación, le hizo llamar y le confió un destacamento para operar por el Norte.

El Regimiento Río de la Plata, los Granaderos á caballo y 4 piezas al mando de Correa, ocuparon Tacna el 24 de Diciembre; y el 1.° de Enero de 1823, fueron reforzados por el 5 de Chile y el 11 de los Andes, al mando de Martínez, que se encargó de todas las fuerzas.

Ignorando Valdez la llegada del refuerzo, se movió de Sama (31 de Diciembre) con 400 infantes montados, 400 caballos y dos piezas, queriendo sorprender á Alvarado; pero habiendo partido tarde, cruzó la pampa de noche y se extravió, y al amanecer no pudo llegar á Tacna. En esta coyuntura, temiendo al desandar perder la gente, se inclinó á la izquierda y ocupó la difícil posición de Calana, diez kilómetros al oriente de la ciudad. Calana

A las 10 de la mañana, Martínez destacó 1200 hombres sobre él, con orden de tomar una buena posición y de esperar el refuerzo. El enemigo cruzaba el camino de la cordillera, teniendo protejida su izquierda por zanjas y tapias, y su derecha por un cerro escarpado.

Martínez practicó un reconocimiento, y á las 11 de la mañana, los realistas simularon un ataque atrevido, para protejer la retirada del grueso de las fuerzas á Pachía.

A la una del día, cuando ya contaba Martínez con 2,000 hombres, mandó tomar el cerro de la derecha y desplegó al frente gruesas guerrillas, y aunque la caballería persiguió de cerca á los enemigos, continuaron éstos en buen orden al pié de la sierra, y ocuparon sus posi-

ciones anteriores en los altos de Tarata, á 14 leguas de Tacna. Valdez tuvo 13 muertos, algunos heridos y dispersos, pequeño sacrificio, que fué compensado con la salvación de su pequeña fuerza.

CAPITULO IV

El 13 de Enero, Alvarado despertó de su letargo y resolvió entrar en campaña. A la cabeza de sus tropas tomó el camino de Arequipa, y ese mismo día llegó á Locumba. Valdez, que se proponía entretenerlo con ataques simulados hasta la llegada de Canterac, ignorando este movimiento, mandó á Ameller á hacer un reconocimiento con tres compañías de Gerona y un escuadrón de 125 hombres, los cuales, en vez de sorprender fueron sorprendidos, al darse de manos á boca con el ejército patriota. Su posición era á retaguardia de éste, valle de por medio, y sin poderse reunir á Valdez.

Sitana

Ameller, con la mayor serenidad, se retiró á las alturas de Candarave, perseguido por el 4 de Chile y un escuadrón de caballería al mando de Pinto, el que debía cortarle el paso luego que bajara al valle; pero el Jefe español, que era muy inteligente, de Sitana, se movió en diagonal á la derecha, para descender por el punto más lejano posible y cruzar el río, retirándose por Sinto y Mirabe á Torata. Pinto trató de darle alcance por la otra orilla del río, pero como en celeridad los realistas eran invencibles, cuando llegó, la mayor parte lo había cruzado. Ameller

hizo montar á su gente; la protegió con algunas guerrillas, y no perdió sino algunos prisioneros. El batallón chileno se componía casi todo de negros, que se caían exánimes de calor y sed, en aquellos ardientes arenales (14 En). Justo es decir, que la disciplina, el valor y la sangre fría, salvaron á Ameller; y que Alvarado cometió una grave falta en dejarlo escapar; pues una victoria fácil hubiera retemplado al soldado, y hubiera reparado con creces la pérdida de tantos días.

De esta manera, dos Jefes realistas, por falta de informes, lo que acredita el patriotismo de los tacneños, con diferencias de días, el uno en Calana y el otro en Locumba, estuvieron á pique de ser desbaratados, si un General más esperto hubiese dirigido las operaciones de la guerra.

El 17 llegaron los patriotas á la Rinconada, y el 18 entraron á Moquegua, dominada por un cerro de 300 metros de altura, accesible solo por uno de sus lados.

Desde esta ciudad hasta los altos de Valdivia, Torata
á espaldas de las alturas de Torata, el terreno va ascendiendo paulatinamente, de manera que es muy fácil defenderlo de otero en otero y de cerro en cerro, contra fuerzas superiores.

En estas fuertes posiciones se emboscaron los realistas, y aunque su plan de atraer á Alvarado lo ejecutaron con admirable precisión, ello les importó el sacrificio de 300 hombres, de los 2,200 que componían la división. El 19, Alvarado levantó su campamento y atacó á Valdez en las alturas de Yacango: los fuegos se rompieron flojamente á las nueve de la mañana, pero al aviso falso que estaban tomados los

altos de Valdivia, Valdez destacó tres compañías de Gerona en esa dirección y comenzó á replegarse. Este movimiento entusiasmó á los patriotas; incautamente se lanzaron á perseguirlo, y se dieron, de pronto, en Torata, con el grueso enemigo, escalonado en las faldas del Valdivia y dominando el camino de Puno.

A la noticia de la proximidad de Canterac, Valdez determinó dar batalla. A la izquierda colocó á Centro con Espartero, ocupando los altos, parte de Gerona, y dos mitades de cazadores montados con Asín y Gamarra; á la derecha, las tres compañías de Gerona de Ameller, que se habían reunido en Zabaya; y á retaguardia, los escuadrones Dragones de Arequipa de Horna. y el 3.° de Dragones de la Unión del Comandante Puyol.

Alvarado colocó á su derecha á Legión Peruana, frente al pueblo de Torata: en el centro, en una altura accesible de frente, con barrancos profundos á los lados, dos batallones del Río de la Plata; y á la izquierda, al 4 sostenido por el 11. El 5 quedó á retaguardia, cubierto sus flancos por la caballería.

La acción comenzó, desplegando Valdez una poderosa guerrilla, que avanzó haciendo fuego ganando terreno, al grito *aquí está Gerona*; actitud y reto que difundieron el entusiasmo entre los combatientes.

Legión Peruana, apoyada por la caballería y el 5, con el arrojo propio de un cuerpo bisoño, avanzó en dos columnas paralelas sobre la izquierda enemiga, obligando á Valdez á replegarse de altura en altura, al mismo tiempo que el 4 y el 11, bajaron y atacaron la derecha, siendo rechazados por las tres compañías de Gero-

na que Ameller condujo á la bayoneta. Flanqueando á éstas, acudieron los dos batallones del Río de la Plata, que, á su vez, fueron acometidos desde la altura por los cazadores montados, dándole tiempo á Valdez para reforzarlos, con las dos compañías de Gerona de Echazárraga y el disciplinado Centro. Dragones de Arequipa, Dragones de la Unión, cerraron el camino real, y en esta actitud, sosteniéndose unos cuerpos á otros, permanecieron las tropas hasta las tres de la tarde, que llegó Canterac.

Reconociendo el peligro de los suyos y la fuerte posición de los patriotas, comprendió que no había un momento que perder. Tomó un destacamento y lo condujo en persona al fuego. El efecto fué mágico: Valdez ordenó á su división un ataque general de frente, y él, en persona, se arrojó sobre Río de la Plata: Ameller sobre el 4 y el 11, perdiendo tres caballos; y Espartero hizo una descarga y se lanzó á la bayoneta sobre Legión Peruana. El choque fué tremendo: Espartero fué desmontado; espada en mano se batió por la vida sembrando la muerte á su alrededor, y su denuedo, no embotado por tres grandes heridas, no terminó sino con la acción.

Durante ella hubo un momento de angustia y de expectación. El segundo caballo de Valdez, al caer herido, le cogió la pierna. Patriotas y realistas corrieron y se lo disputaron, con la rabia heróica de griegos y troyanos sobre el cadáver de Patroclo. Tendido en tierra, desangrándose de once heridas, apoyado en el codo, se defendió como un león, dando tiempo á Espartero, para que con 200 cazadores lo sacara del aprieto con una brillante

carga á la bayoneta. Tanto valor y heroismo obtuvieron la victoria, quedando el campo cubierto de cadáveres.

Los españoles perdieron al Teniente Coronel D. Feliciano Asín y Gamarra, el cual murió al día siguiente de la batalla.

Nadie se distinguió de los nuestros como el Coronel La Rosa, que resistió solo al empuje de Espartero. Del ejército patriota, baste decir, que Canterac confesó que se había retirado á toque de corneta y en el mayor orden. Perdimos 500 hombres, y los realistas la mitad, siendo de sentirse que Alvarado y Martínez, después de la batalla, negasen haberla dirigido, dando lugar á que se dedujera que no había habido plan alguno.

En el día, y á la misma hora del descalabro, el congreso decretaba que se levantara en Arica un obelisco al ejército del Sur, que, serviría, desde luego, para conmemorar un triunfo del enemigo.

Protegido por la artillería, Alvarado replegó sus tropas al alto frente á Torata, donde acampaba su reserva, y al siguiente día (20), entró á Moquegua, 5 leguas del campo de batalla.

Revistada su fuerza vió que tenía ocho tiros por plaza, y que su número no era inferior al del enemigo, pero ya el desorden reinaba en las filas, y los Jefes y oficiales estaban divididos por necias y recíprocas recriminaciones. En una junta de guerra que celebró, unos optaron por retirarse, camino de Tacna, y otros por embarcarse en Ilo á la brevedad; y aunque Alvarado no era para levantar el espíritu de una tropa desalentada, la mayoría estuvo por tomar posiciones y esperar hasta que se trajesen muni-

ciones de Tacna. Caso de ser atacados antes, cargarían á la bayoneta y pelearían hasta vencer ó morir. De esta manera se perdió en desacertadas discusiones un tiempo precioso para salvar al resto del ejército, y el 21, reforzado el enemigo con los batallones Burgos y Cantabria á órdenes de Monet, dos escuadrones de Granaderos de la Guardia, y otros dos de Dragones de la Unión, se presentó ante los patriotas en actitud formidable en las alturas de Moquegua.

Alvarado desplegó sus tropas en los altos de *Huanco ó Chenchey*, apoyó su izquierda en el cementerio con tres piezas, la derecha en un cerro árido de larga cuchilla, dejando el centro protejido por un barranco doble, escarpado y pedregoso. Moquegua

Canterac examinó la posición, notó que el alto de la derecha no estaba guardado, y le ordenó á Valdez que, variando á la izquierda, cruzara el barranco un cuarto de legua más abajo, y por terreno cubierto se apoderara de él. Este movimiento lo protegió, avanzando él con cuatro columnas de ataque paralelas, dos de infantería á la izquierda, y dos de caballería á la derecha contra la izquierda de Alvarado. Burgos con el Coronel Pardo y Cantabria con el Teniente Coronel Tur, precedidos de sus cazadores en guerrillas, siguieron por el camino real bajo el fuego de la artillería patriota, caminando lentamente, para dar tiempo á Valdez, y luego, variando á la izquierda, pasaron en guerrilla el barranco y atacaron el frente enemigo, sostenidos por los Granaderos de Bedoya.

De su excelente posición le fué fácil á Valdez

arrollar la derecha. Espartero, apoyado por Gerona, y poco después por el escuadrón Unión, se apoderó del desfiladero y obligó á replegarse á las guerrillas destacadas. Cantabria y Burgos se unieron á la división Valdez; atacaron con vigor la derecha, que tuvo que formar martillo para resistir á las cargas de lanza, sable y bayoneta. El combate se encarnizó; oficiales y soldados apelaron al arma blanca; á Valdez le mataron el caballo, y de uno y otro lado se luchó con desesperación. A la una del día se pronunció la derrota, perdiendo los nuestros 700 hombres, 1,000 prisioneros, sin contar 60 Jefes y oficiales, dos piezas, muchas armas, banderas y las pocas municiones que habían quedado. El resto se dispersó en el camino á Ilo, donde Alvarado reunió 800 hombres, que remitió con Martínez á Pisco para que los organizara. Desgraciadamente los trasportes Trujillana y Dardo naufragaron sobre la costa, por lo que Martínez llevó el resto de la gente á Lima.

La victoria resultó muy cara. Los españoles perdieron muchos oficiales y la mitad del batallón de la Guardia. Canterac fué ascendido á Teniente General, y Valdez á Mariscal de campo, posponiéndose injustamente al bravo Brigadier Monet, que en la jornada de Macacona hizo lo bastante para merecer el grado. No olvidaba La Serna su negativa á firmar la deposición de Pezuela.

La ciudad de Arequipa obsequió, además, á Valdez un sable de oro con esta inscripción: "Los amantes del verdadero mérito al héroe de Torata.

De los independientes, el único cuerpo que se retiró en orden y protegió la retirada, fué la caba-

llería mandada por Lavalle en reemplazo de Necochea, herido en la batalla de Torata. Canterac la persiguió con 12 ó 13 escuadrones por el camino de la Rinconada, y no pudiendo darle alcance, le encargó á Valdez que no descansara hasta aniquilarla.

Valdez comisionó á Solé, el que encontró á los Granaderos de los Andes á media legua al Oeste de Moquegua. Se disponía á cargar, cuando Lavalle le previno, poniéndole en fuga y acuchillándolo hasta muy cerca de la ciudad. Reorganizados los escuadrones, estimulados por la venganza, volvieron en busca de los fugitivos. Un nuevo choque tuvo lugar, y aunque Lavalle cargó otra vez con su ímpetu acostumbrado, abrumado por el número, fué batido y dispersado con sensibles pérdidas. Los pocos que pudieron escapar se dirigieron á Iquique, donde Olañeta los desbarató (13 de Febrero), les quitó los caballos y tomó prisioneros á la mayor parte. De esta manera desapareció ese Regimiento de veteranos, uno de los más brillantes de la América Meridional, que había conmemorado la emancipación de cuatro repúblicas, y paseado triunfante del Plata al Maule, del Maule al Rímac, del Rímac al Guayas, el pendón de los libres, dejando bien sentada en todas partes la destreza hípica y el valor impetuoso del gaucho argentino.

Fin de los Granaderos de los Andes

Alvarado pasó á Iquique á recoger el destacamento que había dejado, y allí se dió con un buen auxiliar, el capitán realista Manuel Anaya, que se había dado de alta entre los patriotas. Comandante de ese partido, Anaya disfrutaba del influjo que da siempre el mérito y la prudencia.

La Rosa Taramona

Antes de desembarcar, sospechando que Olañeta estuviese ya en la costa, mandó al Coronel Bermúdez á hacer un reconocimiento con una compañía del Chile y otra de Legión Peruana (95 hombres), al mando la última del Teniente Coronel La Rosa y de los Sargentos Mayores Mendez Llano y Taramona. Al dirigirse al pueblo, se encontraron con toda la fuerza enemiga que los esperaba emboscada, de manera que varias descargas á quema ropa y un ataque vivo y simultáneo, bastó para dispersarlos. Los fugitivos se echaron á nadar para ganar los buques, pero hallándose éstos á gran distancia, muchos perecieron ahogados, arrojando el mar á la playa los cuerpos, entre los que se halló á los de La Rosa y Taramona. Algunos vecinos de Iquique los recogieron y los sepultaron en la misma tumba.

Limeños, de la misma edad, amigos desde la infancia, habían hecho sus estudios en la Escuela Militar é ingresado al ejército español. Cuando se estableció el cuartel general en Huaura, se pasaron á los patriotas, reconociéndoles San Martín el grado de capitán. Mucho contribuyeron á dar á Legión Peruana, la pericia y aire marcial que distinguió á este cuerpo de los demás. En la batalla de Torata, los dos se destacaron de las filas, antes de comenzar la acción y retaron al enemigo, como el espartano Aristodemo á los persas en la de Platea. Una descarga cerrada fué la respuesta, de la que escaparon milagrosamente. Este arrojo ó temeridad singular produjo un entusiasmo indescriptible. Legión Peruana rechazó á pié firme muchas cargas de caballería y bayoneta, y no se retiró sino cuando estuvo en cuadro.

El congreso dispuso que los dos héroes pasaran revista mensual en su batallón; que el Comisario los llamara en voz alta, y que el inmediato contestara, "murieron heroicamente por la libertad del Perú, pero viven en la memoria de sus compañeros de armas". La muerte no quiso separar á los que había unido estrechamente el cariño (23-27 Ag. 1823).

Muchos años después, el congreso dispuso que se trajeran los restos á la capital y se colocaran en un mausoleo, lo que no se ha cumplido, no obstante otros decretos expedidos.

Antes de retirarse, Alvarado solicitó tener una entrevista con Olañeta, con el pretexto de prestar algún auxilio á los prisioneros, pero con el propósito de conocer sus miras sobre La Serna. El Jefe español le manifestó, que se limitaría á defender el Alto Perú; que no uniría sus fuerzas con las que obedecían al Virrey, á quien daba el título de *traidor liberal*, y que tampoco le remitiría los prisioneros que había hecho en esta campaña. Entrevista con Olañeta

Este descubrimiento importante, del que después supo aprovechar Bolívar, y las pequeñas ventajas de Miller, que pasamos á referir, se pueden decir que fueron las únicas ventajas de la desgraciada expedición de Intermedios.

También se informó Alvarado, que el 2 de Chile, al saber que los realistas habían ocupado el pueblo de Lluta, el valle de Azapa y Tarapacá, se había regresado á Valparaíso, en la imposibilidad de resistir á fuerzas superiores.

Así fué como 5,000 hombres llegaron á desaparecer como por encanto. La última esperanza de San Martín se desvaneció. La mala estrella de Arenales había llegado al ocaso. Es-

taba condenado á retirarse del Perú, sin haber hecho el grandioso papel á que le daban derecho sus aptitudes.

De un lado, la emulación de San Martín le había impedido desbaratar á Canterac, y ser quizás el emancipador de la América meridional; y de otro, una camarilla de ambiciosos, temerosos de su predomino, se había opuesto á que se le diera el mando de esta expedición que, si bien no podía garantizarse su éxito por las dificultades que envolvía, por lo menos, bajo un capitán activo, habría producido acaso la destrucción de Valdez.

CAPITULO V

Miller

Las correrías de Miller parecen inverosímiles, y más propias del romance que de las páginas de la historia. Conocía el terreno á palmos y se movía en todas direcciones, de día y de noche, de manera que el enemigo lo creía tener encima cuando estaba distante, y alejado estando en la vecindad. De una actividad y penetración pasmosas, sospechó que Alvarado no haría nada importante, y consiguió que se le diera un destacamento de 120 hombres, con el que, tomando tierra en Quilca ó Camaná, llamaría la atención de las fuerzas de Arequipa y Puno, é impediría su reunión con las de Valdez.

25 Dic.

En el Protector salió para el primero de los puertos nombrados, y en la noche desembarcó acompañado únicamente de un oficial, un corneta y tres soldados. La guarnición se había

retirado, y en el pueblo tomó al día siguiente á un español Arámburu, comisionado por los comerciantes de Arequipa para mandar fondos á Europa, y que era portador de la correspondencia oficial de La Serna, que Miller remitió á Alvarado.

De Quilca pasó á Camaná, de la que el Sub-delegado acababa de salir con 80 hombres. 26 Dic.
Se le persiguió, y á ocho leguas, camino de Majes, le tomaron 25 prisioneros y le dispersaron el resto. Setenta cabezas de ganado, mulas, caballos y algunas armas tomaron los libres.

Vuelto á Camaná, supo Miller que Canterac había destacado contra él, de Arequipa, á Carratalá con el batallón Partidarios que mandaba el Teniente-Coronel Cobos (900): el escuadrón de Ferraz (180): y dos piezas al mando de Cacho, á tiempo, que el Coronel Manzanedo se movía de Parinacochas sobre él con su fuerza (600).

Miller, con 14 hombres, cruzó el desierto de Sihuas, é hizo un reconocimiento, camino de Arequipa. Al llegar al pueblo de este nombre, el capitán Urdiminea, tomado por los patriotas del lugar, confirmó lo que sabía Miller, el que no vió otro medio de escapar que pasar una nota al Sub-delegado de Arequipa, participándole que, antes de recibir esa comunicación, los libertadores tomarían la ciudad, y que se respetaría á la guarnición ó piquete que dejara. El ardid surtió efecto: la alarma fué general y los realistas se dispusieron á emigrar. Una mula de carga llegó á costar 60 pesos. Entretanto, para aumentar el efecto, se dispuso que los sihuanos encendieran candeladas en las alturas, y como Miller avanzara á

Vitor con su piquete y apresara al Coronel Vidal y á su comitiva, el susto llegó á su colmo en Arequipa, cuando este Jefe y el alcalde del pueblo, engañados por Miller, escribieron á la ciudad ratificando el avance de la supuesta división.

Carratalá voló á restablecer la calma. Entró en Arequipa el 2 de Enero y siguió para Vitor, retirándose Miller á Quilca y Ocoña, donde dejó al Mayor Lira con una guarnición. El 7, á la media noche, se apoderó de Caravelí y reemplazó á las autoridades. En esto, se le dió aviso que el Mayor corría peligro, y retrocediendo, cruzó el desierto, se reunió á Lira y condujo su fuerza al puerto de La Planchada, y el 11 se hizo á la vela en el trasporte Protector, que lo desembarcó en la caleta de Atico, veinticinco leguas al Norte.

Á esa distancia, Carratalá no podía darle alcance, ni Miller inquietarlo, por lo que tan luego que el primero contramarchó al cuartel general, con 400 hombres menos, el segundo
16 Enero recuperó Ocoña y Caraveli, y se trasladó por mar á Chala, tratando de ocupar la mayor extensión de terreno y de distraer á Manzanedo, que eran las órdenes que le había traído la
19 Enero fragata Protector.

Con este fin, Miller le escribió varias cartas con nombres realistas, le hizo proposiciones falsas de tregua y otros ardides que lo inmovilizaron.

Las derrotas de Torata y Moquegua pusieron término á sus correrías. La retirada se hizo indispensable, y para verificarla, se puso en comunicación con Brandsen, á la sazón en Cañete, (800 hombres), para que contuviera

á los realistas de Ica, (400 hombres), único destacamento que los separaba, mientras él tomaba la ruta de la costa. Entretanto que venía la respuesta, destacó al Capitán Valdivia á Palpa, el cual puso en fuga al Coronel Olaechea y sus 50 hombres, distinguiéndose en el asalto el abanderado Quiroga.

En Ica dejamos á Rodil. Para hostilizarlo la Junta destacó al Teniente Coronel Raulet que ocupó Chincha y Cañete. El Mayor Soulanges avanzó á la hacienda de Caucato (1 de nov.), hizo prisionera á una compañía del Infante, en protección de la que Rodil destacó una gruesa avanzada, á un punto denominado La Yesera, llamándole la atención mientras le cortaba la retirada.

Soulanges se creyó perdido. No tenía sino 27 hombres, y decidió jugar el todo por el todo. Arengó á su gente, se puso á la cabeza, y bajo el fuego nutrido de los realistas, desplegados en la altura, trepó, espada en mano, seguido de sus valientes, enardecidos con el ejemplo de su capitán. La posición fué tomada y muertos la mayor parte de sus defensores. La Yesera

Impuesto del movimiento envolvente de Rodil, puso en libertad á los prisioneros (36), haciéndoles jurar que no servirían hasta que fueran canjeados; y guiado por el alférez de milicia, Huavique, por caminos extraviados, llegó sano y salvo con sus bravos á la hacienda de Larán. El subteniente Silva y el porta-estandarte Solar, fueron los que más se distinguieron. Prisioneros quedaron el Teniente coronel de la Peña y el subteniente Cerda. Lanado y Paino, tenientes realistas quedaron en el sitio; herido, el teniente español Pérez.

Barandalla

Este jaque y la noticia de la aproximación de Brandsen, destacado por Raulet, obligaron á Rodil á retirarse á Huamanga, dejando las guarniciones al mando de Barandalla. Las crueldades de éste, le han dado triste celebridad. Saqueó y quemó los pueblos de Ninanaca, Reyes y Carhuamayo. Al Inter de éste último, Antonio Cerda, lo persiguió por no haber querido entregar la custodia de su Iglesia, y una vez preso, lo hizo caminar á pié con la tropa, maltratándolo y vejándolo hasta que lo fusiló.

Orantia

Habiendo quedado en Ica una pequeña guarnición, Orantia y otros guerrilleros se apoderaron de la ciudad (30 de nov.), tomando prisioneros al médico Becerra, al teniente Villar con algunos soldados, y en el botín hallaron el equipaje de Rodil, que se repartieron. Algún tiempo después, perseguido Orantia con tesón, fué sorprendido por los españoles, y se batió valerosamente hasta rendir la vida con la mayor parte de los suyos.

Correa

No fué estéril el ejemplo de Soulanges. El teniente Correa, con 50 hombres, recibió en el valle de Chunchanga la intimación de rendirse de Barandalla, que venía sobre él con dos compañías de infantería y 200 de caballería; la respuesta fué salirle al encuentro y derrotarlo por completo (30 dic. 1822).

Este revés y la noticia de la aproximación de Brandsen, obligó á Barandalla á evacuar la provincia de Ica y á trasmontar la cordillera con las guarniciones.

Los valientes de Caucato y Chunchanga fueron premiados con un escudo al brazo.

Al mes siguiente (25), sufrió un revés el subteniente Huavique, y otro el guerrillero *Cholo*

Fuerte, en Chincha. La falta de orden y disciplina, ocasiona siempre más víctimas en la guerra que el encono del contrario en batalla campal.

Por entonces se hizo notable Bruno Terreros. Las hazañas de Aldao, el alto grado que había conquistado en el ejército, y las repetidas profanaciones de los realistas, lo impulsaron á dejar los hábitos para lanzarse á los azares de la vida militar. Con singular tesón siguió toda la campaña, y después de ella, merced á la influencia de Bolivar, se le dió el curato de Mito, pueblo de la provincia de Jauja, donde había nacido, (20 agt. 1825). La vida de la caserna no embotó su piedad jamás, y continuó desempeñando su ministerio con un celo y caridad verdaderamente cristianos, muriendo ahogado al atravesar el río Jauja, al ir á confesar á uno de sus feligreses (1827.) Terreros

Volviendo á las operaciones militares, no habiendo avanzado Brandsen más allá de Chincha, Barandalla volvió á Ica, y al saber que Palpa había sido ocupada por las tropas de Miller, salió en busca de ellas y las obligó á replegarse á Acarí, con lo que regresó á Ica, temeroso que la ocupara Brandsen.

Miller embarcó su gente con ánimo de dirijirse á Iquique, pero habiéndose roto el ancla del Protector hizo rumbo al Callao, donde llegó el 12 de marzo.

Así terminó esta campaña memorable, en la que, con 120 hombres, puso en movimiento á 2,000 de los realistas. En sus correrías fué ayudado eficazmente por los guerrilleros Castañeda y Abarca, los cuales poco después, rindieron la vida en un reñido encuentro.

CAPITULO VI

Pronto palpó el congreso las funestas consecuencias de haber creado un poder ejecutivo débil y mixto, sin acción ni iniciativa, y obligado á consultarle sobre los casos más triviales de la administración. La nacionalidad de dos de los miembros de la Junta, sublevaba las susceptibilidades de la ambición y también del patriotismo. Al restringir las facultades del gobierno, jamás se imaginó el congreso que trabajaba contra sí mismo, y que, en breve, la incompetencia de la Junta traería la humillación del legislativo.

El egoísmo político de no tener iguales, de mandar á los demás sin tener que obedecer, induce á la revuelta y autoriza la licencia. El primer congreso del Perú quiso gobernar. No le bastó que su voz fuera la ley, y queriendo tener bajo sí á las autoridades, instituciones y á los ciudadanos, perdió sus augustas prerrogativas.

La debilidad de la Junta se hizo sentir en todos los ramos de la administración. Los empleados no concurrían á las oficinas. En vano se llamaba á los ciudadanos á la guardia nacional. En el ejército la deserción era tan grande, que, á cada paso, había que indultar á los desertores. Los esclavos eran sorteados para ingresar á las filas. Los jueces despachaban cuando querían. Los caminos estaban plagados de malhechores, no escaseando entre éstos los soldados y oficiales, y hubo vez que se cogió á un fraile.

Los pasajeros viajaban en caravana, bien montados y armados hasta los dientes. El piquete rural con el fatídico capellán, no era bastante respeto; y á menudo, se amenizaba la merienda con el relato de los encuentros, peligros y peripecias del camino.

Aun en las calles de Lima no se podía transitar de noche: las puertas se cerraban al toque de oración; era prohibido andar á caballo; patrullas de vecinos hacían la ronda, y, á pesar de todo, era una hazaña cruzar, después de las ocho, la plaza de armas. Se creó el tribunal de Acordada para acabar con los ladrones, pero, ya sea por la mala policía, ó porque la brevedad del procedimiento (8 días) extinguía los juicios, lo cierto es que los jueces dormían por falta de despacho.

Semejante estado de cosas distraía á la tropa de sus ejercicios y perturbaba la disciplina. Muchos dejaron la caserna por el despoblado. El ocio, fuente de todos los vicios, estimula al hombre al vandalaje, que le promete una fortuna improvisada á costa de algunos sobresaltos y peligros.

La Junta acabó de desprestigiarse al ordenar que, dentro de tercero día, salieran del país los españoles solteros con sus bienes, permaneciendo encerrados en el castillo los que, por de pronto, no pudieran hacerlo. Crueldad inútil, que por su excesivo rigor cayó por sí misma.

La penuria del tesoro recargada con el fuerte gasto que demandaba la expedición á Intermedios, no permitía que se pagara con puntualidad la lista civil y la militar; de día en día aumentaba la deuda y con ella el descontento y la deserción.

Arenales veía disminuir el número de sus soldados, sin que el rigor del castigo fuera bastante remedio. La Junta no se atrevía á reclutar para reemplazar las bajas, por no aumentar su descrédito, y entre las exigencias del General y las promesas de ésta, se iba retardando la expedición al centro que debía impedir á Canterac moverse sobre el Sur.

Los colombianos recibieron orden de no salir de Lima. Paz del Castillo se mostraba cada día más insolente con la Junta. Ya era que esperaba comunicaciones de Colombia: ya que consultaría á Bolivar: luego que su división no podía servir bajo un General extraño; más tarde, que necesitaba rancho, vestidos, paga puntual. La cuestión llegó al extremo que, habiéndose hecho una investigación en forma, á petición de Bolivar, resultó que las tropas colombianas estaban mejor atendidas y pagadas que todas las demás.

La Junta exasperada al fin, le exigió que presentara las bases de sus servicios, las cuales fueron: 1.°; que el Perú debía pagar el trasporte, sueldo, vestuario y rancho de la tropa desde la salida de Colombia hasta su regreso: 2.°; que las bajas se reemplazarían con colombianos, y á falta de éstos, con peruanos, de manera que los cuerpos tuvieran el mismo número de plazas; y 3.° que, la división prestaría su servicio en masa, es decir, unida.

Tan absurdas proposiciones acabaron de despejar la incógnita. Era menester despedir á unos auxiliares tan engorrosos; y aun cuando las condiciones rentísticas eran deplorables, sobró dinero para mandarlos á pasear. En 8 de Enero, con beneplácito general, salieron del

Callao para Guayaquil, y como se temía que desembarcaran en el Norte, se le ordenó al Comandante del convoy que impidiera el trasbordo. Los buques no debían separarse unos de otros, y someterse á cañonazos al contraventor.

Desde entonces se puede decir que nació la mala voluntad de Bolivar para con el Perú y los peruanos, de la que no pudo desprenderse jamás.

No pocos tropiezos halló la Junta de gobierno en los asuntos marítimos. Escuadra

Falto el Perú de escuela naval, obligado á valerse de tripulaciones extranjeras interesadas, y de Jefes que no paraban sino en tierra, la falta de disciplina era consiguiente, y así á poco del tratado de Guayaquil se sublevó la Prueba, y en seguida la corbeta Alejandro (18 Marzo 1822).

En 8 de Agosto se amotinó la Motezuma, la cual volvió el orden con el fusilamiento de tres de los cabecillas.

Más grave fué el caso de la Limeña (9 Dic.) Á las once de la noche, la tripulación, inglesa en su mayor parte, encabezada por el pilotín Manchistán, y sostenida por los ingleses y americanos de la goleta Cruz, más 60 ó 70 compatriotas que vinieron de tierra, amarraron á los Jefes y se llevaron la nave al cabezo de la isla, donde pusieron á los presos en un bote, los mandaron al Callao con tres cartas, una para el congreso quejándose de la falta de paga, y en seguida se dieron á la vela.

De acuerdo con ellos, á las cuatro de la mañana del 10, el Belgrano siguió al Limeña, temiéndose, como es natural, que este bergantin

esperase á Paz del Castillo y lo hiciera desembarcar en el norte.

La misma fragata Protector, que disfrutaba de toda la confianza del gobierno, se sublevó el 7 de Abril, y aunque el motín no tuvo consecuencias, se vió que la escuadra necesitaba una reforma radical.

Estos desórdenes aniquilaban al tesoro. Dinero costaba el servicio y el deservicio, y había que apelar á la violencia para proporcionarse lo necesario. No habiendo producido el empréstito sino 40,000 y tantos pesos, el congreso autorizó á la Junta para procurarse fondos y emitir papel moneda hasta la suma de 101,144 pesos, con lo que llegaría á 500,000, el medio circulante.

Emprestito

También la facultó para levantar un empréstito interno de 500,000 pesos, y otro externo, en las condiciones del que había conseguido Chile. El primero, en el que se fijó la cuota de cada comerciante, fracasó por la mala clasificación. El segundo era difícil de colocar. No siendo el Perú un estado independiente, todo contrato con él era á la gruesa aventura, en el que se podía perder el capital. Los prestamistas, además, exigían un interés elevado que compensara el riesgo del reembolso.

No es de extrañar, por lo mismo, que los comerciantes de Lima, obligados á pagar una contribución forzosa de 400,000 pesos, pidieran la aduana en garantía de 200,000 que ofrecían al contado con 50 por ciento de premio, prometiendo verificar en aquella algunas reformas. La propuesta fué rechazada.

A lo dicho se agrega, que el Perú estaba dividido por la discordia. La independencia no ha-

bía sido reconocida, y en las bolsas de Inglaterra no se podía exigir legalmente más del cinco por ciento de interés anual. Así se explican las dificultades del empréstito de un millón doscientas mil libras celebrado en Londres (11 Oct. 1822) con Tomás Kinder. Los bonos de 100 libras se tomaron á 65, con 6 por ciento de interés anual y dos de comisión. El pago se haría en seis plazos, que vencerían el 15 de Mayo de 1823; la primera entrega sería de quince mil libras (Dic. 1824), y de catorce mil las siguientes hasta la cancelación. Garantizaban el préstamo la aduana, la casa de moneda y las rentas fiscales. El gobierno podía tomar otro préstamo por dos millones de libras, pero no un tercero, sin haber cubierto los anteriores.

Á poco de haber comenzado las entregas se suscitaron cuestiones judiciales: la discordia con Riva Agüero aumentó la desconfianza. Muchas letras del gobierno fueron protestadas, y el contrato celebrado para salir de apuros sirvió para aumentarlos.

El mal éxito refluyó contra los comisionados, que habían hecho cuanto era posible para servir al Perú. El congreso, dejándose arrastrar por la opinión, dió instrucciones á Parish Robertson para allanar las dificultades; pero, aunque el nuevo apoderado se jactaba de ser de gran influencia, sus gestiones resultaron ineficaces.

No fué el país más afortunado con la deuda interna. En Junio 21 se levantó un empréstito de 120,000 pesos; pagaderos con los derechos sobre tres mil cargas de cacao, y sobre 800,000

pesos en mercaderías extranjeras, que mereció la aprobación del congreso (22 Nov).

En Agosto se celebró otro, con la garantía del Tribunal del Consulado, que se redujo á 80,000 pesos, y al fin no llegó á dar sino algo más de la mitad. En Octubre, D. José Ignacio Palacios, representante de varios capitalistas, ofreció 50,000 pesos al contado y 150,000 en víveres y mercaderías, que le fueron aceptados para pagárselos con 300,000 pesos en derechos de aduana. Entregó la mitad del empréstito, y por el resto hubo que ejecutarlo coactivamente. Ni la usura los estimulaba al cumplimiento de lo estipulado.

En esto vino la expedición á Intermedios que demandaba mayores recursos. Siendo inútil apelar al país, se pidió á Chile 500,000 pesos, reconociéndole 1.520,280 pesos más sobre el empréstito de Londres. El gobierno de Santiago con la aprobación del Senado, contestó favorablemente; pero no remitió un céntimo, no obstante de ser una de las partes más interesadas en la empresa de la emancipación.

Inercia del ejército

Aunque todos los hechos referidos eran más que suficientes para desacreditar al gobierno, nada contribuyó más á ello que la inercia del ejército. Sin la expedición al centro era segura la pérdida de Alvarado, y como nadie estaba más persuadido de esto que Arenales, que desde el 2 de Octubre había presentado su dimisión, la Junta le detuvo prometiéndole aumentar sus fuerzas, pagar á la tropa y ponerlo en breve en condiciones de abrir campaña.

El congreso para halagarlo y detenerlo, le concedió una medalla de oro con la inscripción: *El Congreso Constitucional del Perú al*

mérito distinguido; pero el General era muy austero para conformarse con alamares y dejándose de cumplimientos, expuso al congreso con claridad, el estado deplorable en que se encontraba su división, 3,500 hombres, con los enfermos y ausentes, y la necesidad inaplazable de elevarla hasta 5,000, si se quería inmovilizar á Canterac.

No había remedio. Entre la incapacidad de la Junta, la modorra del congreso y la ineptitud de Alvarado, la expedición tenía que fracasar. Arenales y sus jefes hicieron una violenta representación (13 En.), pidiendo que se hiciera un esfuerzo para operar por el centro; pero como era prohibido presentar recursos que entrabaran la acción del gobierno, el silencio de la Junta exasperó al ejército que, en actitud hostil, avanzó al pueblo de Miraflores. En esta crisis se ofreció al General mandarlo á Nazca con 2,000 hombres, pidiéndole cuatro días para alistar los trasportes, más, al tercero, llegó la noticia del descalabro del Sur, produciéndose en todos los ánimos un desconcierto tan grande, que más es para imaginado que para descrito. Rebelión del ejército

Un gentío inmenso se lanzó á las calles; por todas partes no se oían sino maldiciones contra el congreso y la Junta, y uno y otra se persuadieron de que sus poderes habían fenecido.

Agitado el ejército por Riva Agüero, solicitó de Arenales que se pusiera á su cabeza. La respuesta fué elevar su renuncia al congreso y pedir su pasaporte; y, como no se le contestara, entregó el ejército á Santa Cruz.

El ejército pidió entonces al congreso, que se nombrase Presidente á Riva Agüero; y las mi-

licias, encabezadas por el general Martínez, y el populacho por el turbulento Tramaría, agente del favorito, apoyaron la moción. Sin fuerza para sofocar el motín, la cámara aplazó el asunto para el día siguiente; pero conociendo Riva Agüero que la tardanza era un peligro, hizo que las tropas mandadas por Santa Cruz avanzaran al Balconcillo. El único que no obedeció la orden de marcha, sea dicho en su honor, fué el Teniente Coronel Videla, que mandaba el 2.° batallón de la Legión, motivo por el que, más tarde, se le relegó.

Nuevo Presidente

El 27, en actitud amenazante, el ejército entró en Lima, ocupó las Principales plazas y plazuelas, y exigió que se nombrara Presidente en el día. Ante el temor de verse disuelto por la fuerza y el de conservar la apariencia del poder, el congreso optó por lo último y declaró que había cesado la Junta gubernativa y que el mando correspondía á Torre Tagle. La soberanía quedó á cargo de las bayonetas que en la noche impusieron á Riva Agüero.

Luna Pizarro, Ferreyros, Argote, Piélago, Mariátegui, Muñoz, Iriarte, Rodríguez, Quezada, Figuerola, Zárate, Andueza, Mendoza, Ramirez de Arellano, Soto y Otero protestaron de la presión del ejército y de la nulidad de la elección. A los miembros de la Junta se les abrió el juicio de residencia. Ramirez de Arellano creyó haberse comprometido demasiado. Luna Pizarro se vió derrocado de hecho. Ambos, consultando su seguridad, emigraron á Chile, donde permaneció el último hasta que lo llamó Bolivar (Set. 28,1825).

De esta manera, el celo extremado por guardar la soberanía, fué causa de que el país caye-

ra bajo el despotismo militar: por querer levantar demasiado la espada de la ley, los representantes sometieron el país á la ley de la espada.

En la naturaleza todo está en equilibrio. El mundo físico como el moral están sujetos á la ley de reparación. La política trastornada por la ambición, el capricho ó la conveniencia, prepara los ánimos á la revolución. Ningún poder se extralimita, sin ver restringidas á su vez las facultades que le corresponden. Las leyes dadas con fines egoistas, se vuelven siempre contra los mismos que las expidieron. El congreso creó un ejecutivo débil, para ser árbitro de la situación, y el populacho de la capital y el ejército le impusieron un tutor. Nada más conservador que el celo por mantenerse dentro de la esfera propia. La usurpación de la jurisdicción ajena, es el preludio de la que se nos espera.

CAPITULO VII

La falta de entereza para repeler el vejamen arrastró al congreso á la bajeza de la adulación. Riva Agüero, sin dotes militares, fué ascendido á Gran Mariscal. Perdido el poder, no había más que captarse la benevolencia del enaltecido. Actividad de R. Aguero

Con su actividad trató de paliar su falta de méritos militares, y hay que convenir en que lo consiguió.

Principió por ascender á los motinistas y deponer á los que habian cumplido su deber, sen-

tando así un funesto precedente histórico. Santa Cruz, ascendido á General de división, tomó el mando en Jefe del ejército; Herrera hecho General de brigada se encargó de la cartera de guerra. Gamarra, Pinto, Miller fueron hechos Generales. Videla fué destituido. Con tan malos antecedentes no podía dar buenos frutos la Academia Militar.

A Trujillo se mandó á La Fuente, á formar el 4.° escuadrón de Húzares.

La noble negativa de Arenales de tomar parte en el movimiento, le valió el agravio que se le mandara organizar la reserva en Huaraz. Herido en lo más íntimo, el que tenía derecho para estar á la cabeza de todos, se alejó desengañado del Perú, dejándole al historiador la noble tarea de dibujar su caracter y de referir sus grandes hechos. En un buque de vela partió para Valparaíso. Según él "era un ensayo funesto en una naciente república, que el éxito de la usurpación autorizara la licencia."

Retiro de Arenales

Muchos hombres notables descollaron en la guerra de la independencia: capitanes esforzados florecieron bajo Bolivar, pero, aún los más sobresalientes aparecen empañados por la adulación, ó degenerados por el servilismo. Salvando su dignidad, Arenales abandonó el país de sus hazañas, en el que, sin la excesiva cautela ó prudencia de San Martín, habría conquistado glorias inmortales.

El heroe argentino fué el émulo de sus iguales, el severo fiscal de sus superiores; el padre de sus tropas; el respeto del enemigo y el parangón más acabado de los griegos y latinos.

El ejército de los Andes y Chile, reorganiza-

do con los restos del de Alvarado, vestido y equipado de nuevo, y socorrido con 60,000 pesos, fué confiado al General Martinez.

Riva Agüero obtuvo del comercio extranjero toda clase de recursos; abrió una suscripción en la que no solo se recibía dinero sino artículos de toda especie: todos los meses se daba una corrida de toros y dos funciones de teatro á beneficio del erario; libertó al país del papel moneda y de los cobres (T. I. Cap. XXII) alistó los trasportes, bloqueó los puertos entre los paralelos 14° y 22° 21' latitud austral, y no descansó día y noche hasta poner al ejército y la marina en un pié respetable. Fondos para la guerra

Los castillos recibieron provisiones para un largo sitio, y su material de guerra fué reparado en su totalidad.

La falta de brazos tenía paralizadas las labores agrícolas, por lo que se suspendió el decreto sobre el sorteo de los esclavos, y se declaró que no se podía demandar á los fundos ejecutivamente, para el pago de los réditos y pensiones, hasta que la agricultura mejorara de condición. Hay que rendir homenaje á la gran actividad del hombre, á quien solo faltaba el genio militar, para haber sido el libertador de su patria.

El gobierno de Chile le escribió á San Martín llamándole nuevamente al Perú, y en el mismo sentido lo hicieron Riva Agüero y otras personas notables. Negociaciones con Chile

El congreso envió á Chile, al D. D. José Larrea y Loredo en solicitud de auxilios, nombramiento que ratificó Riva-Agüero, por haber tenido lugar su exaltación al mando, antes que el Ministro saliera del Callao.

Chile se alarmó con las derrotas sufridas. El congreso autorizó al ejecutivo para que auxiliara al Perú, con parte de los cinco millones del empréstito de Londres, y bajo esta disposición favorable, ajustó el Ministro un tratado (26 Ab.), por el que Chile mandaría 2,500 ó 3,000 hombres del 15 al 20 de Julio, á reforzar la división chilena. Los gastos y sueldos de la tropa, así como la quinta parte de los intereses, y gravámenes del empréstito, serían de cuenta del Perú. El dinero no era ya tan necesario, porque Garcia del Río y Paroissien habían conseguido en Londres un millón doscientas mil libras (12 Oct.), contrato que el congreso se apresuró á ratificar en Marzo de 1823.

Blanco Encalada, con el carácter de Ministro Plenipotenciario, fué enviado á Buenos Aires, para despachar la expedición preparada por La Fuente, pero como Salazar, nuestro ministro, no pudiera entregarle los 50,000 pesos que se le había ordenado, y la partida se demorase hasta Junio, la misión resultó infructuosa, no obstante la cooperación del General Mosquera, Ministro de Colombia.

El General San Martín y el Coronel Urdininea, fueron los únicos en hacer toda clase de esfuerzos para que los gobiernos de Mendoza, San Luis y Córdova cumplieran con los compromisos contraídos.

Más tarde en Agosto 4, Bolivar envió á Monteagudo á Guatemala y á México para que solicitase contingentes de tropas y dinero.

Portocarrero

En 1.° de Marzo salió en la Macedonia, el General Portocarrero de Ministro á Colombia, á solicitar la remisión de tropas, con los trasportes que debían traerlas al Callao.

Bolivar, á su vez, comisionó á Lima al Coronel Urdaneta, el que celebró un tratado con el General Herrera (29 Mzo.); casi igual al ajustado entre Portocarrero y el General Paz del Castillo el 18 del mismo mes.

En ambos se comprometía Bolivar á mandar 6,000 hombres, debiendo el Perú equiparlos y montarlos, pagar la ida, el regreso y sus sueldos, según la escala peruaua; pero mientras Portocarrero había convenido en reemplazar las bajas con soldados peruanos, Urdaneta había aceptado que el reemplazo se hiciera con colombianos existentes en el ejército del Perú, ó con prisioneros españoles. Tratados con Colombia

Riva Agüero aprobó los dos, y Bolivar envió de Ministro Plenipotenciario á Sucre á Lima (14 Ab. 1823), para que manifestase que se aceptaba el de Guayaquil y se rechazaba el de Urdaneta, no obstante que el primero había sido celebrado á instigación de Bolivar por no estar autorizado Portocarrero. Riva Agüero lo aprobó con ciertas restricciones.

La primera expedición salió el 18 de Marzo, y se componía de los batallones Boyacá, Voltíjeros y Pichincha, mandados por el general Valdez, el que, como Sucre, desembarcó en Santa y siguió por tierra á Lima, continuando las tropas por mar. El 12 de Abril salió Rifles; el 12 de Mayo Bogotá; el 14, Dragones y Granaderos á caballo y parte de los escuadrones de Húzares; lo que hacía un total de 4,500 hombres. 1a. Expedicion

Estos preparativos no impidieron que Riva-Agüero intentara un avenimiento con el enemigo. Le escribió al Virrey, y en respuesta recibió una carta insolente de Canterac.

Sucre, de acuerdo con Riva-Agüero, propuso más tarde un arreglo sobre la base de la independencia; se le contestó, que debía partir del sometimiento á la metrópoli; y que si quería continuar las negociaciones, dejara el título de Enviado de Colombia y no empleara sino el de General.

Reconocimiento de la Independencia

Al imperio mexicano le corresponde el honor de haber sido el primer Estado que reconoció la independencia del Perú (15 En. 1823); á lo que correspondió el Supremo Delegado reconociendo al imperio. Luego siguieron los Estados Unidos, acreditando de Ministro plenipotenciario al S. Prevost. Él y Joaquín Campino, Ministro de Chile, fueron los primeros miembros del cuerpo diplomático residente en Lima.

Las gestiones de San Martín obligaron á los chilenos á remitir al Perú 1,500 fusiles. Riva Agüero mandó á Jamaica 100,000 pesos para armas que tomó Bolivar en Panamá, y con ellas estuvo en condición de expedicionar de nuevo á Intermedios.

Planes de campaña

En la primera Junta de guerra que celebró Riva Agüero expuso su plan de campaña. Según él, la expedición al Sur, debía ser apoyada por las fuerzas colombianas, que se estacionarían en Huaraz, impidiendo el ataque de Lima ó el abandono de Jauja.

Suere fué de parecer, que el ejército expedicionario ocupara Arequipa y Puno, á fin de atraer al grueso de los realistas y batirlos en detall; mientras otro ejército de las cuatro naciones aliadas, invadiría el centro, y por Jauja y Huamanga, arrojaría á los españoles más allá del Apurimac. Consultado Bolivar ofre-

ció 6,000 hombres y Chile 2,500 y 600 caballos.

Entrando en detalles sobre el particular, en 25 de mayo, Bolivar le ordenó á Sucre que no fuera á Intermedios sino con 2,000 colombianos; que no pasaran de 3,000 los que con los aliados atacaran á Canterac; que contra éste se movieran 11,000 hombres, y que en el caso de empeñarse el Perú en una campaña desesperada, pidiera su pase á Colombia con las tropas, las mismas que se retirarían al Norte, si los españoles con fuerzas superiores venían sobre Lima.

Plan excelente, si el Perú hubiera dispuesto de ese número de soldados para entrar en acción.

El mismo egoísmo que indujo á San Martín á disponer la expedición á Intermedios, fué la causa de la que ahora se preparaba.

No era el patriotismo, no era el cuidado por la cosa pública la que movía á Riva Agüero, á Santa Cruz y á Gamarra, sino el deseo de no tener superior, y el de rodearse del prestigio del más pequeño triunfo para contrarrestar la venida de Bolivar. "El Perú es para nosotros, se decían, y no permitiremos que otro nos gobierne aunque nos traiga la libertad". Se deseaba vencer, pero algo más gobernar. En vez de dedicarse á la formación de un ejército aguerrido, se exponía uno brillante pero bisoño, á los peligros de una derrota. El celo que le tenían á Bolivar era mayor que el odio á los españoles, y por esto, arriesgando el todo por el todo, se apresuraron á entrar en campaña antes de servir, como tuvieron que hacerlo después, de tenientes del Libertador.

¡Cuánta pequeñez de miras! ¡Esclavos aún y odiaban al Libertador! Veían á su lado, entusiastas, á los bravos habituados á humillar al leon de Castilla, y, petulantes, temerarios, desdeñaban su concurso para darle el golpe final. Estimaban como propia la contienda que decidiría del porvenir de un continente.

Error de Paz Soldan

No es incomprensible, como pretende Paz Soldán, que Bolivar aprobase en 8 de Mayo la sabiduría del plan de Intermedios, cuando 15 días después, decía que ese plan era *el tercer acto y la catástrofe de la tragedia del Perú;* por que lo primero lo dijo escribiéndole á Riva Agüero, cuyos planes y propósitos conocía, al paso que lo segundo, lo comunicaba en carta al amigo íntimo, para quien no tenía secretos, y con quien es muy probable que hubiese conversado sobre las pasiones ruines de los que querían mandar antes de ver libre á la patria. No pudiendo disuadirlos de esta pretensión absurda, comprendió que con la aprobación de sus proyectos los tendría de parte, por lo menos, y no le embarazarían en la ardua empresa de la independencia.

Con los héroes de San Lorenzo, Chacabuco y Maypú, Alvarado había sido batido por Canterac y Valdez, y no era presumible que Santa Cruz y Gamarra conquistaran laureles con tropas bisoñas, contra los vencedores orgullosos de Torata y Moquegua.

He aquí porqué Sucre, no quiso aceptar en 24 de Mayo, el Generalato en Jefe del ejército que le ofreció Riva Agüero. Su primer paso habría sido destituir á Santa Cruz para salvar su responsabilidad, y esto habría dado lugar á la división del ejército y á una guerra

abierta, dada la frialdad que existía entre ellos desde la campaña del Ecuador.

En toda la América del Sur resonaban los aplausos á San Martin y á Bolivar, y los Jefes más conspicuos del ejército, á semejanza de los niños que quieren ser payasos después de una función de circo, y clérigos pasada la procesión, se desmorecían por ser á todo trance libertadores.

De aquí se deduce que, si el compilador fué candoroso al no comprender la razón de la diferencia de esas dos comunicaciones del genio, los neófitos adalides se engañaron al creer que contaban con la aprobación de sus disparatados planes.

La nota oficial la dictó una sabia política: la carta al amigo, la sinceridad. Veamos ahora el contenido de esta última, para que se vea hasta dónde llegó la previsión de ese hombre extraordinario:

"La expedición de Santa Cruz es el tercer acto y la catástrofe de la tragedia del Perú. Canterac es el héroe; y las víctimas, Tristán, Alvarado y Santa Cruz. Los hombres pueden ser diferentes, pero los elementos son los mismos...... y nadie cambia los elementos. Por más que se hayan dado instrucciones á Santa Cruz, buenas y sabias; el resultado por eso, no será menos funesto. Tristán tuvo las mismas y su Jefe de Estado Mayor es el mismo de Santa Cruz: quiere decir el alma de una y otra expedición; con mucho valor, con mucho mérito, pero sin medios para cambiar las cosas. Alvarado es de un mérito cumplido y no tuvo mejor éxito. Con qué, está visto que no debemos contar más con la expedición de Santa Cruz,

por mucho que haga y pueda hacer este oficial, como yo espero de su cabeza y valor. Irá á Intermedios: encontrará pocas fuerzas: lo atraerán y después de todo, le sucede una de estas tres cosas; primera, disminuye su división forzosamente por marchas y contramarchas, enfermedades y combates: segunda, es batido al principio, si Valdez tiene 3000 hombres, ó él bate á Valdez si tiene menos; y entonces sucede la tercera, que es internarse á Arequipa y á Puno, donde Canterac, por una parte, las tropas del Alto Perú por otra, acaban con nuestra división ó la obligan á reembarcarse, si aun permanecen los trasportes en las playas. El resultado puede ser más ó menos infausto, más no dejará siempre de serlo. Un cuerpo flamante como el de Santa Cruz, en una retirada simple, por desiertos, no necesita para sucumbir más que ser perseguido vivamente con infantería y caballería. Si antes no lo persiguieron ahora lo harán; porque las cosas para hacerlas bien es preciso hacerla dos veces, es decir, que la primera enseña la segunda. La expedición de Santa Cruz, por más bien que le vaya, deja al enemigo la mitad de sus armas y la mitad de sus fuerzas; lo que multiplica sus medios de superioridad. En todo esto no se ha hecho mención aún de la escuadra española, que si viene, duplica las causas de la ruina total de la división de Santa Cruz. En este caso no se escapa *ni la noticia del suceso*...

Si la expedición del General Santa Cruz cumpliere su misión y volviese á Pisco ó al Callao, sin grandes pérdidas, soy de sentir, que entonces conviene hacer un movimiento general con todas las tropas reunidas, y estando yo á su

cabeza. De otro modo las divisiones intestinas serían nuestros vencedores. Pero añado también que este movimiento no deberá ejecutarse sino después de saber que los españoles no reconocen la Independencia del Perú, por que éste caso único es el que debe imponernos la necesidad de *arrancar con las armas* una decisión ya dada por la política. Lo diré más claro; perdida la esperanza, debemos buscar la salud en la desesperación de un combate, que, perdido, no habrá añadido ni quitado nada al Perú: y ganado le habrá dado la esperanza de ser independiente."

Nótese la fina observación sobre Santa Cruz: reconoce su mérito y valor, pero, al calificarlo de *oficial* sugiere que no había nacido para mandar tropas, sino como subalterno.

¡Con qué elegancia insinúa la superioridad militar de Valdez! Según él, para derrotar á Santa Cruz, no necesitaba sino la mitad de la fuerza de éste, de donde se deduce que teniendo que habérselas con él y Canterac, Santa Cruz estaba completamente perdido.

Por lo demás, la carta toda está redactada con un criterio y buen juicio que anonadan.

Bolivar no quería andar con violencias y precipitaciones. En la carta que le dirigió de Guayaquil á Sucre, en Mayo 24 de 1823, le dice: "Tengo la satisfacción ó la presunción, de haber visto siempre con desprecio á los Generales españoles y á toda su nación: no por eso puedo añadir, que veo con este mismo desprecio á los enemigos del Perú; y cuando hago esta confesión, parece que tengo derecho á que se haga caso de mi ingenuidad. No es Canterac ni Valdez los que son temibles; sus recursos, posicio-

nes y victorias les dan una superioridad decisiva, que no se pueden contrarrestar de repente, sino lenta y progresivamente".

CAPITULO VIII

R. Agüero La elevación al poder, que es principio de la gloria de los grandes hombres, fué el término desgraciado de la carrera política de Riva Agüero. Lección saludable para los pretendientes que solicitan el mando sin las virtudes que él requiere.

Riva Agüero contaba entre sus abuelos á D. Fernando de la Riva Agüero, Caballero de la Orden de Santiago, Capitán del Reino de Tierra Firme, y á D. Carlos, del mismo nombre, Comendador de la Orden citada, tío de su padre D. José, Superintendente de la Real Casa de Moneda de Lima, Oidor de la Real Audiencia de México, condecorado son la Cruz de Carlos III. Mucho se acrecentaron las relaciones de la familia, su lustre y buen nombre, con el matrimonio del último, con una descendiente de los Marqueses de Monte-Alegre de Aulestia.

El joven Riva-Agüero hizo sus estudios en España; regresó á Lima por Buenos Ayres, y sospechándose allí sus ideas separatistas, se le obligó á continuar á Chile. En Santiago se relacionó con las personas interesadas en la obra de la emancipación, y acordó con ellas llevar al Perú la propaganda, para tener listo

el terreno una vez que se diera el primer grito de libertad.

El Virrey le nombró Contador del Tribunal de Cuentas y Juez conservador de loterías. Una hoja que publicó sobre el abandono en que se encontraban los asuntos del Tribunal, le mereció algunos desaires de Abascal, que le obligaron á renunciar. Cuando comenzaron los movimientos separatistas, Riva Agüero fué un agente activo y vigoroso de los revolucionarios; y habiendo caído en manos del gobierno la carta que le escribió Jonte con el presbítero D. Cayetano Requena, se le desterró á Tarma, y después de 14 meses de calabozo, pidió Pezuela, ante el consejo de guerra, que se le condenara á muerte. La severidad del castigo desautorizó al delito.

Escribió más tarde un folleto explicando: "*Porqué los mandones y tiranos del Perú lo tenían por enemigo*", el cual quedó manuscrito; y más tarde dió á luz el anónimo, de que hablamos en el Tomo I, Cap. II.

Con San Martín mantuvo activa correspondencia antes y después que éste pisara el Perú. No había noticia de importancia que no le trasmitiera, con grandes gastos de su peculio y corriendo graves peligros. Tomó parte activa en todas las conspiraciones; se vió envuelto, como ya hemos dicho, en varios juicios, y en innumerables ocasiones habilitó de fondos á los que querían enrolarse en el ejército libertador. Fué uno de los agentes más activos en seducir al batallón Numancia, y cuando el temor de ser descubierto llegó al periodo crítico, fugó á Huaura y se reunió á las tropas.

Caballero á las derechas, de alta sociedad,

era uno de los pocos á quien no hirieron los modales finos y la elegancia de Monteagudo. Desinteresado, patriota entusiasta, hubiera sido todo un hombre de Estado bajo los sabios consejos de Mentor. Abandonado á sus ímpetus, sin grandes luces ni experiencia, y sin sospechar que lo más importante quedaba por hacer, fué una rémora para su patria, causa de pérdida de elementos bélicos, de divisiones internas y de su propia ruina. Creía que la política era la intriga, y que bastaba mandar el ejército para derrotar á los españoles. Mucho riesgo corre el juicio al pretender el primer puesto en las grandes crisis sociales. Entonces el mérito se retrae, desconfía de sí mismo, y es menester que el peligro inminente y el clamor general lo sitien y lo rindan, para hacerlo salir al frente á manejar la nave del Estado.

No era fácil tampoco calcular, que en la guerra del Perú se decidiría la suerte de las colonias; que España tenía todavía firmes, en el corazón de la América meridional, hondas raíces, y que una derrota en el Apurímac enrojecería el Maule, el Plata y el Apure.

En la Prefectura de Lima se hizo popular. La plebe le llamaba el *niño Pepito*, y la actividad y energía que desplegó en los preparativos, le hizo concebir la idea falaz que ya estaba á la altura de San Martín y de Bolivar. El mando acabó de perderle. Levantarse contra el genio cubierto de laureles, fundador de tres repúblicas, sin armas, sin ejército, sin dinero, sin amigos, presupone el vértigo de la soberbia. Más noble, más juicioso que combatir al aliado, era servir á la patria como soldado libertador. Él mismo lo había dicho: "gustoso tomaré un

fusil siempre que el Soberano Congreso considere amenazada la salud del Estado."

Desgraciadamente, sus actos no correspondieron á esta abnegación. Él escaló el poder con la candorosidad del alumno que va á recibir el primer premio, y más de una vez se le oyó decir ingenuamente: *que la libertad del Perú la podía conseguir una monja.*

La diligencia, el patriotismo y la constancia no son los únicos factores para la guerra; con ellos se forman tropas agueridas, y algo más era menester para derrotar á los que no hacía mucho nos habían asombrado con su presteza, é inspirado respeto con su disciplina.

El éxito de los primeros días, el aura popular, la falta de esperiencia y de un buen amigo, hicieron de un corazón noble como Riva Agüero, un personaje histórico desgraciado. El temor de caer bajo el despotismo de Bolivar, vencidos los españoles, atenúa su falta, es cierto; más no la excusa del todo, que, tratándose de la emancipación, ante el enemigo común, se deponen las pretensiones políticas.

Los realistas sobre Lima

Disponíanse en Lima á marchar al Sur, cuando el Virrey, animado de la agitación que reinaba en Chile, de la anarquía de las Provincias Unidas, de la división y enojo que había producido la anexión de Guayaquil, y más que todo, del deseo de aprovechar del abatimiento en que suponía á los patriotas por las derrotas sufridas, dispuso, no se sabe si de motu propio ó indicación ajena, enviar fuerzas para apoderarse de Lima. Ignoraba la llegada de los refuerzos y la determinación de atacar por Intermedios. Al efecto, ordenó que una partida fuerte de observación, compuesta de Gerona, Centro

y los Granaderos de la Guardia quedara en Huamanga, mientras Canterac, que ya había regresado á Jauja, con cerca de nueve mil hombres, escalonados hasta Huancayo, se movía sobre la capital con las tropas que fueran necesarias. En el Sur, Carratalá tenía en Arequipa 1,500, y Olañeta en el Alto Perú, 2 ó 3 mil hombres.

Este plan no agradó á Canterac, que quería disponer de todas las tropas para dar á los independientes un golpe mortal. Con este motivo le pasó al Virrey algunas notas altaneras, cuyo efecto se apresuró á desvanecer Valdez para evitar un rompimiento, pues el General había llegado al extremo de renunciar su puesto en el ejército. El Virrey se dejó persuadir y le ordenó á Valdez, que marchara con Burgos, Gerona, Centro y el escuadrón Granaderos á caballo, á reforzar los 6 batallones, 8 escuadrones y 14 piezas, con las que expedicionaría Canterac.

Antes de partir, ya se susurraba en el Cuzco la marcha de los patriotas á Intermedios; pero estando frescos los recuerdos de Torata y Moquegua, no se creía que los vencidos tomaran la ofensiva con tanta celeridad. Cuando Valdez llegó á Huamanga, se confirmó la noticia, pero calculando distancias y la rapidez de sus movimientos, vió que se podía tomar Lima y defender Arequipa. Este solo dato puede dar una idea de la soberbia organización y disciplina de los realistas. El ataque de Lima, además, podía hacer regresar á los expedicionarios; unificaría al ejército español, haciéndole conocer su fuerza; se bloquearía al Callao; dispersaría al congreso, y derrocando al Gobierno vendrían las

divisiones, y principiarían á sentir los disidentes los estragos de la anarquía.

Entretanto, en Lima, los Generales expusieron sus opiniones por escrito á Riva Agüero, sobre el plan de campaña. Se convocó una Junta de guerra que ratificó la determinación de partir, presumiendo que el enemigo no esperase ser atacado donde acababa de vencer. 5,095 hombres al mando de Santa Cruz, compondrían la expedición. El 14 de Mayo principió el embarque que terminó el 25. El 17 se presentó el General en el Congreso, y, con el mayor énfasis, juró morir ó regresar con la victoria.

La expedición se componía de los batallones Legión, Cazadores, 1, 2, 4 y 6; el Regimiento Húzares, dos escuadrones de lanceros y 8 piezas, mandados respectivamente por Cerdeña, Alegre, Eléspuru, Garzón, Pardo de Zela, Marqués de S. Miguel, Brandsen, Plasensia y Morla, los que desembarcaron en Arica el 17 de Junio.

Dejando á un lado los móviles egoístas que inspiraron esta campaña, ella fué un grave error político. En Intermedios nada había que ganar y si mucho que perder. Riva Agüero, sin el apoyo de sus bayonetas, quedaba á merced de los colombianos y al frente de un congreso hostil, que había aceptado su elevación solo presionado por la fuerza. Si resultaba favorable, enaltecería á Santa Cruz, el cual le quitaría el mando, ó por lo menos independizaría á su patria el Alto Perú, dividiendo el territorio: si desgraciada, toda la responsabilidad caería sobre él como primer mandatario.

En esta triste condición, fácil le fué á Sucre llenar su cometido. No poco le favorecieron la

composición heterogenea del ejército, las gestiones de la Municipalidad de Lima, y los actos inconsultos del mismo Riva Agüero que procedía sin conocimiento del congreso. No contento con llamar á Bolivar al Perú por cartas, comisionó en el bergantín Barcarcel (9 de Abril) al Marqués de Villafuerte y á D. Francisco Mendoza, para que coadyuvasen á las gestiones de Portocarrero.

La falta de uninad en el ejército era palpable. Los argentinos se creían superiores á los chilenos, por haberlos ayudado á emanciparse, y unos y otros miraban á los nuestros con marcado menosprecio.

Una cabeza que dirigiera, una mano de hierro con el rigor de la disciplina, era necesaria. Santa Cruz y Gamarra no tenían prestigio bastante con los nuestros, y con los aliados de ninguna especie. El afán de salir pronto, como si temieran perder el mando de las tropas, hacía sospechar que ambos patrocinaban intereses personales.

También estuvo el congreso porque se llamara á Bolivar, algunos por patriotismo, la mayor parte por contrariar á Riva Agüero. Al que manda no le faltan enemigos; y le sobran al que se eleva de improviso apoyado en las bayonetas.

Aun los diputados favorables á Riva Agüero clamaban por el caudillo colombiano, por espíritu de oposición, y de allí la unanimidad con que votó el congreso una acción solemne de gracias, y se aprobó que se recabara permiso de Colombia para que le dejara pasar al Perú.

Aun el General Martinez, en los pocos días que mandó el ejército le invitó también (18 Mayo), previendo, desde entonces, que era más político apoyar á Bolivar que temer á Riva Agüero. Lo mismo hicieron Santa Cruz, Gamarra, Salazar, el General Herrera y otros muchos que hubieran dado un ojo de la cara porque no viniera.

El congreso coronó estos anhelos é hipocrecías, comisionando (Junío 19) al poeta Olmedo y á Sanchez Carrión, para ofrecer al Libertador el poder político y militar, y el título de Generalísimo de las armas, tan luego que pisara el Perú. Los enviados fueron recibidos con los brazos abiertos: el congreso de Colombia le otorgó la licencia (4 Jun.), y Bolivar se hubiera puesto en camino si la revolución de los pastusos no le obligara á detenerse algo más.

CAPITULO IX

Venida de Canterac

Á pesar de que en Lima se sabía la venida de Canterac, cuando las avanzadas dieron la noticia de su llegada á Yauli (Mayo 29), el mayor estupor se apoderó de las tropas y de toda la ciudad. Este fué el bautismo bélico, diremos así, del cambio político operado. El teatro estaba iluminado; las decoraciones colocadas; el público impaciente; los programas llenos de seductoras promesas se leían con avidez: en breve se iba á dar principio á la esperada representación.

Muy lejos de corresponder á las espectativas, la ejecución dejó mucho que desear. La

ambición por los cargos públicos deben moderarla el juicio y el patriotismo, haciendo ver que las cualidades que exijen, no las concede el cielo con prodigalidad.

Es cordura no pretender lo que no se puede cumplir, y civismo, dejarlo en mejores manos.

Ante el peligro común, Riva Agüero y los que le habían elegido, comprendieron la lijereza de su proceder: si al primero se le echaba en cara el absurdo de dirigir una guerra sin poseer el arte militar; los segundos no se perdonaban la locura de haber derrocado una Junta impotente para crear un gobierno inhábil.

No faltaron recriminaciones recíprocas. Un congreso con pretensiones de gobernar: un gobierno levantado por las bayonetas contra el legislativo, eran un copioso combustible para fomentar la discordia. Unos diputados opinaban que se destituyera á Riva Agüero: otros que se confiara el ejército á Sucre, hasta la llegada de Bolivar, y el gobierno, como medida estratégica, comisionaba á Miller para que con un escuadrón y las guerrillas practicara un reconocimiento.

En Lima, Sucre no dejaba de tener sus inquietudes. Reconocía la importancia de la campaña, muy superior á la de Chile, á la del Magdalena y el Plata, y la incompetencia de Riva Agüero para dirigirla. Quitarle el mando de hecho, era sembrar la discordia hiriendo al sentimiento nacional; dejárselo, comprometer la suerte del Perú, y, quizás, la de todo Sud América: no quedaba sino el término medio de aconsejar al congreso que salvase los fueros del poder, sin desatender los graves cuidados de la guerra.

Tres partidos dividían la opinión: los rivagüerinos, encabezados por Santa Cruz, ansiosos de conservar el mando, sostenían la posibilidad de la emancipación sin el auxilio extranjero: los representantes que legislaban y pretendían administrar, y los verdaderos patriotas que, sin juntas ni acuerdos, deseaban á todo trance la venida de Bolivar. Partidos

Este último, desde luego, era el más poderoroso, y en él se apoyó Sucre para cumplir con lealtad su cometido, sin degradarse á *trabajar* como le ordenara áquel, *porque nada se estableciera; que multiplicara el número de mandatarios poniéndolos en oposición, á fin de que no hubiera simulacro de gobierno, de manera que á su llegada el Perú fuera un campo rosado*, y otras intrigas indecorosas del predestinado á hacer en la Historia un papel tan grande.

En cuanto á su mision diplomática, Sucre aprovechó de su influencia para hacer que en Junio 3, se aprobara sin restricciones el tratado Portocarrero, lo que comunicó á Bolivar veinte días después.

Siguiendo el plan que se había propuesto de no herir el orgullo nacional, convocó una Junta de guerra, y en ella planteó la cuestión si debería abandonarse ó no Lima. Desarrolló su plan de reforzar á Santa Cruz con 3000 hombres, ó atacar al enemigo por otro punto, evitando así la aglomeración en los castillos de fuerzas considerables. En la segunda Junta (11 Jun.) se adoptó el abandono y el ataque, y habiendo salido parte del ejército el 17, muy de mañana, tuvo lugar en el campo de San Borja otra Junta, en la que se dispuso que los auxi- Juntas de guerra.

liares y un batallón de cívicos pasaran al Callao. Notando Sucre el mismo día, que había cierta vacilación, tanto en el gobierno como en los diputados para dejar la capital, exigió una resolución inmediata, saliendo el resto de las tropas á acamparse en el Pino, haciéndole creer al pueblo que iban á librar batalla, cuando desde la primera Junta se había resuelto que se encerraran en las fortalezas.

Ejercito nacional.

La actividad de Riva Agüero había elevado el ejército á un número respetable, como ya hemos dicho. Se componía del Batallón N.° 2, del Regimiento N.° 1 y de los cuerpos denominados Huánuco, Huaylas, Trujillo y segundo de Legión Peruana; dos escuadrones de la Unión, el de Invencibles, Lanceros del Perú, dos de Guías de la Escolta, Huarochirí y una compañía de artillería volante, que si hubieran estado bien armados y disciplinados, unidos á los 1300 hombres que guarnecían los castillos, hubieran podido defender Lima y hacer frente á Canterac. Desde luego, como se supondrá, toda esta era gente colecticia, rebelde al cuartel, amante del uniforme, ingrata al pabellón.

Sucre mandó partidas de observación á Lurín, Santa Clara y Pampa Grande, esta última al mando de Miller. La caballería de Lavalle y las guerrillas á Chancay, donde pasaron á refugiarse muchas familias. Lima quedó á cargo del General Guido.

Ejercito español

El 2 de Junio, nueve batallones, nueve escuadrones y 14 piezas de artilleria, total 9,000 hombres, de lo más lucido y brillante que se había visto en el Perú, emprendieron la marcha, sobre Lima. Á su paso arrasaron con los pueblos y aldeas que se habían declarado por los

independientes. Las guerrillas de Huavique, Ninavilca y Vivas, en Chincha y Yurasmayu fueron batidas y dispersadas. El terror precedía y acompañaba al ejército. Se recordaba su paso por Ica el año anterior, en que los pueblos de Chacapalca, Huayhuay, Yullapampa, Pachacayo, Llamama, Mullunya y Cingua habían sido quemados, y ejecutados los indígenas Miguel Artica, Paula Huamán y Eufrasia Ramos, después de haberles cortado la lengua.

Canterac, jefe de estas fuerzas, era natural de Burdeos, hijo de un General francés, víctima de la revolución por sus ideas realistas. La familia emigró á España, y el jóven entró al ejército, en el que adquirió una pericia singular en las tres armas, que le mereció el respeto de sus iguales y el aprecio de sus superiores. Su competencia científica y su valor á toda prueba, que rayaba en temeridad, le inspiraron ese desdén por los jefes criollos y aún por los españoles que le habían precedido, que contribuyó no poco á fomentar la discordia entre ellos y atraerle á él mismo dolorosos desengaños. La Serna le respetaba tanto como él respetaba á Valdez: á cada paso le consultaba, más para halagarle que para seguir su opinión, pues siendo irreflexivo y violento, era de poco peso en el consejo y de mucho en el campo de batalla, por lo que en una ocasión pensó confiarle la dirección de la guera y hasta los cuidados del Virreinato, Retrato de Canterac

Gran organizador, táctico de primer orden, hipólogo consumado, cual Pompeyo, hería el suelo con el pié y levantaba legiones, que, conducidas por él, marchaban alegres al combate seguras de la victoria, Él fué el alma de la

revolución de Aznapuquio que le deparó la superioridad. Cruel é inhumano, se jactaba de servir á la Corona sacrificando su honra y ahogando en sangre á la libertad. Con la palabra y el ejemplo estimuló las atrocidades de Carratalá y otros Jefes que, pasado el fervor de la ira, se empeñaba en ocultar ó desvanecer. Su actividad era pasmosa. Sus edecanes no se desprendían de la silla; dormían sobresaltados; y el soldado le temía tanto como adoraba á Valdez. Tal fué el primer General del ejército realista; el más denodado campeón de León y de Castilla; la sombra fatídica de San Martín: el respeto de Bolivar; el único Jefe en fin, que, en el fanatismo por la bandera, no solo empleó su espada, su talento y su valor, sino que apeló á la intriga, á la falsedad y hasta á la calumnia.

En Lurín vino á imponerse de la expedición á Intermedios, y entonces vió cuanta razón había tenido el Virrey para ordenar que contramarchase la división de Valdez.

El 18 entró Lóriga en Lima, con la caballería, y al día siguiente, que se singularizó por un temblor muy fuerte, las tropas ocuparon la chácara de Conde, y pusieron sitio á los castillos donde se habían replegado las avanzadas.

Entrada á Lima.

Creyendo que la guarnición desprendería alguna fuerza para batirlo, salió Valdez el 21 para Chancay con 2 batallones, 4 escuadrones y 2 piezas. Estratajema inútil, pues tuvo que regresarse.

El 26 hicieron los realistas un reconocimiento sobre los castillos, del que se retiraron con algunas pérdidas.

Conociendo Sucre que en Lima no había que temer y que pronto la desocuparía el enemigo, mandó á Miller á Chala (4 Jul.), con 300 de caballería, peruanos y chilenos, y una compañía de artillería, con encargo de recoger bestias y ganados que llevaría á Quilca, donde esperaría el ejército.

Cuatro días después, salió del Callao al mando de éste el General Alvarado; se componía de los batallones Pichincha, Vencedores, Voltíjeros y el 4 de Chile, fuerte de 2,700 hombres. Sucre pasa al Sur

Avergonzado Canterac de ver frustrado su plan, decidió abandonar Lima, y para desaplacar al Virrey, que ya le había dado orden que se situase en Parinacochas, dejando tropas en Jauja, mandó á Valdez al Cuzco (5 Jul.) con Gerona, Centro y 400 caballos, á los que precedían los escuadrones 1 y 2 de Granaderos. Poco después se agregaron á estas tropas, Cantabria y 14 piezas.

Valdez siguió por Cañete é Ica y pasó la cordillera por Córdoba, llegando á Andahuaylas el 28 de Julio. El 29 salió para Sicuaní, y, adelantándose á sus tropas se reunió en este punco con el Virrey (2 Ag.)

Volviendo á Canterac, durante su permanencia en Lima trató á los vecinos con la mayor inhumanidad. El insulto, el robo y el saqueo estuvieron á la orden del día; no hubo vejamen que no se cometiera; crimen que no quedara impune. Arrancó á los vecinos todo el dinero que le fué posible. Se hizo pagar de los inquilinos dos meses adelantados; del comercio 500,000 pesos; sacó la plata labrada de las Iglesias y la máquina de la Moneda, y fué tanto lo que le remordía su mal proceder, que le Extorsiones de los realistas

escribió á Rodil (26 Jun.) cuidara no se supiera en Europa los bandós que había expedido.

Antes de partir, mandó varios cuerpos á Jauja con Loriga y Barandalla, y á Monet con Burgos á Córdoba (17) por Lurín, Lunahuaná, Huancavelica é Ica.

Sacrificio de de Olaya

Durante la ocupación tuvo lugar el sacrificio de Olaya. Desde 1820 era el portador de las comunicaciones de la escuadra á los patriotas y viceversa, servicio que continuó prestando á Sucre y al congreso cuando se encerraron en el Callao, sin sueldo ni remuneración alguna. Para llenar su cometido, pretextaba ir á vender efectos á la isla de San Lorenzo ó á tender sus redes á secar en una de las encenadas, yendo las comunicaciones bajo la cubierta de D. Antonio Riquero, Contador mayor de la antigua Contaduría de Valores, y las traía á Lima para D. Narciso de la Colina bajo la cubierta de la respetable matrona Señora Juana de Dios Manrique de Luna, hasta que denunciado por el mulato José Mironés, y el pescador Leocadio Laines, espías de los realistas, fué tomado por orden del Brigadier Rodil, en la calle de la Acequia Alta, á las 5 de la tarde, y sumido en uno de los calabozos de Palacio.

Olaya había conseguido arrojar el paquete de comunicaciones que traía, á la acequia de la calle de San Marcelo, sin que nadie se percibiera, y cuando lo registraron no hallaron en su alforja sino una caja de dulces con algunas cartas sin dirección, nombre ni firma, y alguna de ellas en clave.

Refiere el padre Meneses, que lo auxilió en sus últimos momentos, que al principio le hi-

cieron muchas ofertas para que revelara los nombres de los comprometidos: viendo que no cedía le aplicaron doscientos palos, le arrancaron las uñas y le destrozaron los pulgares con las llaves de un fusil, hasta que aburridos de su silencio lo ejecutaron en la plaza de Lima el 29 de Junio de 1823, á la edad de 28 años.

Torre Tagle decretó que por 50 años pasara revista como Sub-teniente; que al llamársele contestara el Comisario: *Presente en la mansión de los héroes;* que su sueldo lo percibieran su hermana y la madre, á la que se le darían las dos terceras partes; y que en la Municipalidad de Chorrillos, se pusiera un lienzo con esta inscripción: "*El patriota José Olaya sirvió con gloria á la patria, y honró el lugar de su nacimiento.*"

Olaya era hijo de José Olaya y de Mercedes Balandra, indígenas de Chorrillos. Tuvo cuatro hermanas, Narcisa, Mercedes, Josefa y Cecilia. En 1879 vivía aún en la villa, una hija de Mercedes, llamada Alberta Robles y Olaya, esposa del indígena Camilo Rodriguez.

El Consejo de Estado en 1847 (26 Marzo) opinó, que por muerte de la madre y hermana el sueldo pasara á la familia; y más tarde (Ag. 2), se decretó, que se levantara en el malecón de Chorrillos el busto del héroe, que es el que hoy día vemos figurar allí.

El 15 levantó Canterac el sitio, se reunió con Rodil en Palacio, y á media noche tomó el camino de Lurín. Las avanzadas patriotas entraron el 16, le picaron la retaguardia y le arrancaron treinta cargas de botín.

———

CAPITULO X

Congreso en el Callao

De los diputados, unos se quedaron en Lima, otros se fueron á sus provincias, y los 38 restantes, entre los que habían 9 colombianos, 4 argentinos y un chileno, continuaron funcionando en el Callao. Para dar unidad á los trabajos y facilitarlos, se declararon nulos los actos de los ausentes: se fijó el *quorum* en 28 diputados que, en la sesión secreta de 16 de Abril, se había fijado en 42 para las cuestiones constitucionales, leyes y negocios graves, y en 31 para los asuntos ordinarios.

Los temores y sobresaltos sufridos, los gastos y agitaciones de la movilidad, el dolor de la separación y demás sinsabores del viaje, recayeron, como siempre sucede, sobre el mandatario que no veía á su alrededor sino miradas de desprecio. Los aplausos y atenciones de los primeros días, cedieron á la rechifla y á la insolencia. ¡Triste destino de los pretendientes. Soñar con los halagos del poder, para despertar con la pesadilla de sus cargos y responsabilidades!

Discordia entre Riva Agüero y el Congreso

Aumentó la división política, el ofrecimiento de Sucre de sostener al Congreso con la división colombiana, garantizándole la libertad; reproche significativo de la presión que había elevado á Riva Agüero.

Envalentonado el congreso entró en pugna abierta con el ejecutivo. En la primera sesión (19 Jun.) se resolvió con frases ofensivas á Riva Agüero, que se cortara el juicio de residencia contra la Junta Gubernativa y que sus

miembros se incorporasen á la cámara; que el congreso, el gobierno y los tribunales se trasladaran á Trujillo, y que Sucre, con amplios poderes para salvar la república, velara por la seguridad del primero y del departamento en que tendrían lugar las sesiones.

Riva Agüero observó la ley, alegando, que el honor y el deber le impedían separarse del teatro de la guerra; argumento desgraciado que acababa de abatirlo bajo el peso abrumador del ridículo.

Civismo de Orue

Digno es de consignarse, que el diputado Orué ofreció al congreso la hacienda de Huaito, de su propiedad, para que funcionara, poniendo á su disposición 300 bueyes, 15,000 pesos, 3,000 arrobas de azúcar y un buque para trasportar á los diputados y sus familias. La historia más conservadora que el "Diario de Debates", recuerda el desprendimiento, y agrega, que el donante pidió y obtuvo que no se dejara constancia en el libro de actas.

Sucre se constituyó en el Callao y encontró la plaza y el ejército en el más espantoso desórden. Los Coroneles no reconocían superior: movían sus cuerpos, cambiaban armamento, los vestían y equipaban sin venia, consulta ó conocimiento siquiera del Estado Mayor.

Espías rentados mantenían activa comunicación con el enemigo: un congreso revuelto; un ejecutivo débil. Solo la dictadura podía salvar la situación. En la imposibilid de asumirla por ser opuesta á sus instrucciones y principios, y de chocar con todos para establecer el orden, presentó su renuncia y declaró que se concretaría á cuidar la división colombiana.

El peligro unificó al congreso y las opiniones. Se le ordenó á Riva Agüero que promulgara la ley del día anterior, y á Sucre, que viniera á prestar juramento para encargarse del poder militar.

La resistencia era inútil. El General Valdez, siguiendo instrucciones de Bolivar, se había apoderado de los castillos, y la negativa de Riva Agüero no habría servido, sino para fomentar la desunión y suscitar un grave escándalo al frente del enemigo, cuyas consecuencias no se podían preveer. El temor y la inquietud lo rindieron; puso el cúmplase á la ley, y á renglón seguido protestó de la violencia ante el General Novoa, su Ministro de guerra, el Dr. Perez Tudela, Fiscal de la Alta Cámara y el Coronel Carrillo y Mudarra, dejando así una prueba fehaciente de aquella vacilación é incertidumbre que eran los rasgos más notables de su carácter.

Riva Aguero protesta

Las horas pasaban y Sucre no venía. Cinco diputados fueron comisionados para traerle. Presente en el salón de sesiones se negó á jurar, haciendo ver que era absurdo crear dos poderes incompatibles. Se le prometió que el congreso de Trujillo ratificaría su nombramiento, y solo entonces, cedió y juró el cargo.

Ferreyros propuso, que mientras la Comisión de hacienda presentaba su dictamen sobre los contratos celebrados con los fondos del empréstito de Londres, se abstuviera el gobierno de girar libranzas; y Otero, argentino, que se impartieran órdenes al Comandante de Marina para que ningun buque saliera sin orden de Sucre. Aquella pasó á informe del gobierno y ésta fué aprobada.

Estas medidas acabaron de desvestir al gobierno de toda autoridad. Sucre, moderado en todo, conociendo lo que valía la cooperación de Riva Agüero, cuyas grandes cualidades había podido apreciar, celebró con él un tratado (22 Jun.) encargándole las fuerzas del Norte, para ocupar Jauja, interceptar las comunicaciones y privar de recursos al enemigo. Debía mandarle, además, dinero, gente y provisiones al Callao y atender á los soldados enfermos que se le remitieran. Sucre tomaría las fuerzas del Sur, mandaría á Trujillo el armamento sobrante, y trataría de mantener la unión entre ambos ejércitos, ofreciendo que el colombiano se mantendría neutral en la lucha fratricida que había estallado entre el gobierno y el congreso. Tratado con R. Aguero

En la sesión secreta de 22 de Junio, Ortiz de Zevallos amplió las observaciones de Sucre sobre la incompatibilidad de los poderes, y pidió, que se declarase exhonerado á Riva Agüero de la presidencia. Con este motivo se suscitó una acalorada discusión entre Arce, Ferreyros, Andueza, Mendoza, Crespo y el Dr. Aranibar, concluyéndose por aprobar la adición de éste, "que la exhoneración del mando solo tendría lugar en el teatro de la guerra".

Al siguiente día se sancionó esta ley, y no habiendo querido autorizarla Herrera lo hizo Mariátegui, indebidamente. En esta sesión se mandó expedir pasaporte á Riva Agüero para que pudiera retirarse del territorio de la república, encargándose interinamente del mando el Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. D. Francisco Valdivieso. Tampoco Ostolaza quiso autorizar esta disposición, ni sentó acta Pasaporte a R. Aguero

por no haber concurrido el otro secretario.

La discordia había invadido en el Legislativo. Sucre hizo presente por medio de una nota, que el decreto de exhoneración no tendría fuerza por faltarle el cúmplase de Riva Agüero: que era menester que el congreso se trasladara á Trujillo para evitar la tacha que procedía coactado: que los colombianos no querían mezclarse en cuestiones intestinas: que una vez que el congreso fuera libre juzgaría á Riva Agüero, y lo depondría ó no; y por último, que de no seguir sus consejos se retiraría con las tropas á Colombia.

Ese mismo día participó Riva Agüero al congreso, que había impartido órdenes al Comandante de Marina de preparar dos buques para el trasporte de los diputados y sus familias; que así mismo había mandado despachos á Trujillo, Huaraz y al departamento de la Costa, para que se movieran 4,000 hombres sobre Jauja.

El 21, á propuesta de Olmedo, se aprobó la ley mandada cumplir, por la que se confería al poder militar la facultad de disponer de las fuerzas de mar y tierra en el teatro de la guerra, mientras existiera peligro, á juicio del congresa. Tambien se aprobó, á propuesta de otro diputado colombiano, Ortiz Zevallos, que al General en Jefe se le diera el mismo tratamiento y se le tributaran los mismos honores que al poder ejecutivo.

La nota de Sucre, de que ya hemos hablado, originó un largo debate, en el que se trató de justificar que el decreto de exhoneración había sido dictado por el deseo de salvar á la patria y no por hostilizar á Riva Agüero.

El 25, Riva Agüero pasó una nota al congreso, pidiendo informe sobre la respuesta dada á la de Sucre. En ella se excusaba de no haber puesto el cúmplase á la ley de exhoneración, por considerarla inoportuna; y anunciaba, que se dirigía á Trujillo donde contestaría á los cargos que se le habían hecho. La irritación de los diputados llegó á su colmo: veinticuatro horas le dieron para poner el cúmplase, y se le mandó decir, que el congreso no continuaría funcionando si sus resoluciones no eran obedecidas inmediatamente. En este estado álgido quedó la discusión cuando se verificó la partida. Crisis final

He entrado en todos estos detalles, para que se conozca la actitud de ambos poderes cuando se separaron, sin la que no sería posible resolver más tarde el problema histórico, si era necesario ó no el absolutismo para consumar la obra de la libertad.

El decreto de exhoneración no fué fruto exclusivo de la oposición como pudiera creerse. Antes de adoptarlo, el Presidente del congreso, D. Justo Figuerola, los colombianos D. Miguel Tenorio y D. Francisco Argote tuvieron una entrevista con Riva Agüero, en la que apelando á su patriotismo, le hicieron convenir en la necesidad de su dimisión. Aun llegó á firmar la nota en la que daba las gracias por habersele desvestido de un cargo tan grave; pero en un momento desgraciado en el que sacrificó su reputación histórica, cambió de parecer y no le dió curso á ese documento que tanto le habría enaltecido. Ese es el hombre: la obra lenta del raciocinio que le colmaría de gloria, la abandona con desdén en un arranque de

ambición que lo sume en el oprobio. Muchos días de cordura los anula un rato de desvarío.

Para acabar de dar cuenta de este congreso, diré, que seis de los diputados principales, casi todos colombianos, eran opuestos á Riva Agüero: catorce se quedaron en Lima con los españoles, y el resto pasó con el gobierno á Trujillo, donde los encontraremos más adelante.

CAPITULO XI

Retrato de Sucre

Antonio José de Sucre, hijo legítimo de D. Vicente Sucre y Doña Ana María de Alcalá, nació el 13 de Junio de 1793 en Cumaná, Venezuela, y contaba entre sus ascendientes á D. Carlos de Sucre que, en unión de D. Juan de Dios Valdez, levantó los castillos de San Francisco y el Padrasto en la antigua Guayana. Se educó en Caracas y cursó matemáticas para seguir la carrera de ingeniero; pero rota la guerra de la emancipación, entró al servicio bajo el General Miranda. Fué uno de los pocos que se distinguieron el año 13 en la reconquista de Venezuela; tomó parte activa en las victorias de Cumaná, y se le contó entre los 500 bravos que, á las órdenes de Piar y de Mariño, deshicieron en tres combates al ejército español, fuerte de 8,000 hombres.

Las derrotas de Aragua y Urica le obligaron á huir á la Isla de Trinidad, en cuya ocasión naufragó, siendo recogido por sus compañeros en un bote, después de haber sido baloteado

por las olas, cogido de un baul, por más de veinte horas.

En los sitios de Cumaná y Angostura (1817) lució las presillas de Coronel. Fué Jefe de Estado Mayor del ejército del General Bermudez, y en 1817 recibió las palas de General de Brigada.

El siguiente año ajustó con Morillo el tratatado que regularizó la guerra (25 Nov.), en el que campean nobles sentimientos, la clemencia, la benignidad, el deseo de atenuar los estragos de las armas.

Libre el Eeuador con la victoria de Pichincha, Sucre vino al Perú, digno escenario de sus virtudes, de su espada y de su grandeza.

De estatura algo menos que mediana, sin ser bien parecido, tenía un rostro lleno de animación y vivacidad que disponía en su favor. Desinteresado, jamás reclamó sus sueldos, y con la mayor ingenuidad confesaba, de Gran Mariscal, que lo sostenía su mujer. Instruido, noble, moral, persuasivo, valiente, cortes, el agravio no le ofendía, y la lesión estimulaba su misericordia.

Leal amigo hasta la condescendencia, con un poco más de entereza habría impedido los extravíos del genio.

Herido en el vergonzoso motín de Chuquisaca, fué á verle la Señora Olañeta y le preguntó alarmada ¿Qué es esto, Excmo. Señor? —"¡Que ha ha de ser!—¡Que ha de ser!" le contestó sonriendo, "efecto de las travesuras de mi amigo D. Casimiro, marido de V"; y como la señora conmovida y llorosa, se esforzara por excusarlo, Sucre la calmó diciéndola—"No se aflija, señora, la herida no es mortal".

¡Que hermoso ejemplo de galantería y de moderación! El generoso Bayardo se habría enorgullecido de un acto tan caballerezco. Como el héroe savoyano, velaba el pudor de la delicadeza con los trofeos de la guerra.

Completaré el cuadro de su extremada bondad con el célebre dicho de Bolivar "Si Dios diese á los hombres el escoger familia, yo elegiría por padre á D. José María Mosquera, y por hijo al General Sucre".

Sin embargo de ser muy severo en materia de disciplina, era humano con sus tropas y las trataba con esmerado cariño. Poseía el raro talento de infundirles el espíritu marcial, y de electrizarlas con una palabra ó un gesto antes de lanzarlas á la muerte ó á los peligros. Estando en Andahuaylas en (Nov. 1), en vísperas de la batalla de Ayacucho, se supo que el enemigo le había cortado la retirada. "Tanto mejor, dijeron los soldados, ahora si que nos esperan". El General le escribe orgulloso, con este motivo, á Bolivar: "Con esta clase de gente no dudo que batiremos en cualquier parte al enemigo".

Militar acabado, gran estrateja, sereno en la acción, firme, activo y laborioso, le hizo sentir á los Generales españoles, con palabras y con hechos su gran superioridad. Como todos los grandes capitanes tenía el talento de saber expresar, en momentos supremos, una gran idea con calor y concisión. La proclama de Ayacucho pasará á la posteridad como modelo de una alocución guerrera. Su espada, como la de los caballeros de la Edad Media, no brilló sino en defensa de la opresión y de la servidumbre.

Dos naciones le debieron su autonomía, y al hablarle nadie lo hubiera sospechado. Tal era la modestia de su trato, la finura de sus modales, la moderación de sus palabras, el olvido de sí mismo. Tan expontáneo era en él hacerse querer como ajeno á su caracter hacerse admirar. Bolivar lo consideraba como su brazo derecho. Cuando la revolución de Riva Agüero, á la negativa de encargarse de las tropas mandadas á batirle, le dijo: "U. es el hombre de la guerra; y yo el de las dificultades".

La última pincelada de este tipo histórico es, que cual caballero cruzado se acordaba de su amada, la marquesita de Solande en medio de sus campañas, y le hablaba de ella á Bolivar, con aquella efusión y delicadeza que sólo pueden apreciar, los que alguna vez supieron como se rinde esclavo humilde el corazón.

Nuevo Epaminondas pudo decir en su día postrero, que moría contento dejando en Pichincha y Ayacucho dos hijas inmortales; la supremacía de Colombia sobre todo el continente, y la América libre.

El 17 de Julio, Sucre delegó sus facultades en Torre Tagle mientras venían los magistrados, y el 18 se embarcó en la Bomboná para el Sur, á dirigir las tropas que debían operar sobre Arequipa.

Torre Tagle sube al mando.

Torre Tagle declaró el 21 en asamblea los departamentos del Norte, inclusive el de la capital, á fin de poder situar el ejército del centro sobre la cordillera y ocupar la provincia de Jauja.

Canterac de Lurín dividió sus tropas en dos partes, una cruzó la cordillera y pasó á Huan-

cavelica, y la otra con Loriga ocupó Jauja y dominó todo el valle.

Canterac se retira.

Por mera fórmula dispuso Torre Tagle, que el General Martinez con el Regimiento Río de la Plata, Rifles y los Granaderos á caballo le picase la retaguardia, por que estas fuerzas á poco regresaron á Lima, y unidas á los batallones Huánuco, Trujillo, escuadrón de este nombre y la artillería volante de Chile, quedaron al mando del General Valdez.

Organizó también la fuerza cívica poniéndola en estado de entrar en campaña y duplicó las plazas de los batallones.

Á Valdez le ordenó, que con el auxilio prometido por Riva Agüero, ocupara los lugares dejados por el enemigo en su marcha al Sur, no obstante de estar persuadido que éste no mandaría tropas ni cosa alguna. Ya se dibujaban en el horizonte político los primeros nubarrones de la borrasca.

En Huancavelica, Canterac tomó dos batallones y un escuadrón, siguió á Huamanga, camino de Arequipa, ordenándole al General Monet que se incorporara en Puquio con su división, dejando sobre Ica parte de Dragones de Lima y algunas tropas más.

CAPITULO XII

Guisse en Arica.

Con el objeto de facilitar el desembarco de la expedición, Guisse, Vice-Almirante de la escuadra, estableció el bloqueo de los puertos del Sur, á principios de Junio, y el 7 atacó y tomó Arica después de un reñido encuentro.

Una vez que parte de las tropas estuvo en tierra, se destacó á Eléspuru al valle de Azapa, el que sorprendió en la noche del 16 al escuadrón Dragones de Arequipa, le tomó 239 hombres y 223 mulas, las cuales sirvieron para que el ejército se movilizara un mes antes de lo que se había pensado. Eléspuru.

En esto, Miller, llegó á Chala (21 Jul.), pasó á Atico y Chaipi, donde sorprendió en una corrida detoros á más de 60 soldados realistas, que estaban muy lejos de sospechar que estuviera tan vecino. Miller.

En 7 de Agosto, Raulet destacado á Chumpi picó la retaguardia de Valdez al pasar por S. Juan de Lucanas, teniendo la buena suerte de no ser destrozado por la prisa que llevaba en reunirse al Virrey. Raulet.

En Chala halló Sucre parte de la gente de Miller, é informado que Santa Cruz no había ocupado Arequipa, juzgó peligroso continuar al Cuzco, y le ordenó que pasara á Siguas á buscar dinero y medios de movilidad, mientras él se embarcaba para Quilca. Miller siguió por Caravelí, Chuquibamba, Apillón, Majes, Aplao, y el 26 se reunió en Siguas con el grueso del ejército. Sucre.

En el Norte, el General Lavalle ocupó Pisco (11 Ag.), y apoyado por las guerrillas desbarató tres escuadrones realistas, que dejaron 90 muertos, 37 prisioneros entre los que estaban el Comandante de uno de ellos, un capitán y un teniente. El héroe de la jornada fué el Teniente Coronel argentino Bogado. Lavalle.

Entrando ahora á describir las peripecias de la campaña del Alto Perú, me parece conve-

niente indicar primero la situación del enemigo.

Monet estaba con Burgos en Córdova. Loriga en Ramadillas con 1000 hombres, y el grueso de los realistas seguía al Cuzco á marchas forzadas.

Campaña de S. Cruz.

Una vez que Santa Cruz llegó á Arica, mandó con Pardo de Zela la mitad del 4 de Chile, y una compañía de cazadores á Quilca, para impedir que la guarnición de Arequipa amenazara su izquierda al marchar al Desaguadero. 250 realistas al mando de Ramirez le salieron al encuentro, los cuales fueron derrotados con pérdida de 16 hombres, inclusive un Teniente Coronel. Ramirez y el Teniente Coronel Soler salieron heridos.

Sucre llegó á Quilca (23 Ag.) y recibió comunicaciones de Santa Cruz, en las que le exponía su disparatado plan de campaña, y le suplicaba con instancia que ocupara el Cuzco. Supo también que Soyer, mandado por Riva Agüero fomentaba en las tropas la aversión á los colombianos, sosteniendo que la división Santa Cruz era bastante para terminar la campaña.

La posición de Sucre no era muy tranquilizadora. Carecía de acémilas, de armamento: el ejército de Chile estaba desnudo, y el de Colombia sin abrigo para cruzar la cordillera, por lo que demoró algunos días en llegar á Sihuas (26). De aquí pasó al valle de Vitor, y destacó á Miller á Arequipa con 150 caballos y alguna infantería montada, para aprovechar de la desmoralización que había producido el rechazo de Quilca; y así, no tan pronto cambió Ramirez algunos tiros con las avanzadas de Suarez y Raulet, creyendo tener encima

la divisíón Sucre, salió de Arequipa con un batallón y un escuadrón de la división Carratalá, la cual fué ocupada por los independientes el 30 de Agosto.

Sucre recibió aquí otros despachos de Santa Cruz, en los que le participaba con orgullo, que no necesitaba de su auxilio, y que sus tropas las escalonaría de Chucuito á Oruro para dividir á los realistas, privar á La Serna de los elementos y recursos del Alto Perú, disponer de un territorio inmenso capaz de sostener doble ejército del que tenía, y batir en detall á Olañeta, Carratalá, Valdez y al Virrey.

Su ejército lo dividiría en dos cuerpos, uno mandado por él, que desembarcaría en Ilo, seguiría á Moquegua y el Desaguadero para tomar La Paz, y otro por Gamarra que pasaría á Tacna y se internaría á Oruro.

El teatro de acción sería un triángulo con Tacna por vértice, base de 50 leguas de La Paz á Oruro y lados de 80 y 90 leguas, respectivamente.

Santa Cruz tomó la escuadra el 19, desembarcó al día siguiente en Pacocha, entró en Moquegua y el ejército acampó en Torata. Gamarra ocupó Tacna y ambos, como de convenio, reposaron hasta el 23 de Julio, mientras las tropas de Valdez á razón de 7 leguas por día, en mes y medio, se trasladaban de Andahuaylas á Puno, sin hacer caso de Sucre, á quien hubieran puesto en apuros, si hubieran retrocedido á Arequipa, después que se les reunió Carratalá.

De Torata partió Santa Cruz el 23 con 4 batallones, 3 escuadrones y 2 piezas, cruzó el despoblado de Puno, pasó el Desaguadero, se

apoderó del puente (29), y entró en La Paz (Ag. 7), mientras Gamarra con 3 batallones y otros tantos escuadrones, por Tacora, y S. Andres de Machaca lo vadeaba y pasaba en balsas por Nasakara y acampaba en Viacha.

El error de dividir el ejército les impidió guarnecer Puno, asegurando la comunicación con Sucre, y lo que es más, la retirada. Obrando de concierto hubieran podido batir al Virrey ó á Olañeta. Pero Santa Cruz le temía más á los colombianos que á los enemigos, no viendo en aquellos sino á los que querían arrebatarle la gloria de ser el libertador de su patria.

Aun de Alvarado y Pinto creía, que solo por envidia, le habían aconsejado á Sucre que viniese á Arequipa.

Olañeta, ignorando estos movimientos, se puso en marcha de Potosí con 1500 hombres, y en Ayo-ayo se informó con sorpresa de la posición y fuerza de Gamarra. En el acto se puso en retirada dando lugar á que reforzado con el escuadrón Húzares y una columna de 300, Coronel Vargas, por Calamarca (Ag. 10) se reuniera con 600 hombres de Lanza y ocupara Oruro sin disparar un tiro (Ag. 21). 22 piezas de diferentes calibres, útiles y pertrechos, hospitales, talleres y recursos de toda clase encontró en la plaza.

Olañeta cometió la falta de replegarse á Potosí, en vez de hacerlo á Chayanta y ocupar las provincias de Chuquisaca y Cochabamba para hostigar el flanco de Gamarra. De aquí resultó, que Lanza se apoderó de la última y llamó al Coronel Urdininea que estaba al Norte de Jujuy con mil hombres, y al General Arenales,

que, de regreso á su patria, había sido nombrado gobernador de Salta.

Lanza fué la pesadilla de los realistas del Alto Perú. De 1811 á 1824 sirvió en el ejército libertador, y desde que llegó á ser Jefe, tanto le dió que hacer á los suyos como á los enemigos. Práctico del terreno se aparecía donde menos se le esperaba. Sus ataques eran sorpresas; sus retiradas desapariciones misteriosas que difundían en el enemigo el temor y el sobresalto. Siempre á la cabeza de sus tropas, el silbido de las balas le rejuvenecía: un encuentro era un simulacro; una batalla la mejor fiesta. No se preguntaba dónde estaba, sino, *si no estaba allí.* La Serna, que tantas veces desdeñó celebrar treguas con San Martin y Sucre, así como Olañeta, pactaron armisticios con él, único medio para procurar á sus tropas algunos días de descanso y de tranquilidad. Retrato de Lanza

D. José Miguel era natural de La Paz, y sus grandes é increibles hazañas que lo elevaron á la categoría de la leyenda, forman contraste con sus escasas luces y su poca inteligencia. Valiente hasta la temeridad, patriota decidido, guerrillero infatigable, hombre desinteresado, merece que la poesía lo cante y la historia lo inmortalice.

El gobierno de Buenos Aires le concedió más tarde las palas de General, y ni las heridas embotaron su actividad, ni los años el filo de su espada.

Continuando el relato de la campaña, el Virrey que se mantenía en observación en el Cuzco, reforzado con los fusiles y pertrechos de guerra que le había traido la fragata de co-

mercio americana Cantón, é informado de la partida de Santa Cruz del Callao por el Comandante Stewart del navío americano Franklin, se movió á Sicuani donde esperaba encontrar á Carratalá y á Valdez, llamados de Arequipa y Andahuaylas, como ya hemos dicho.

La tropa de Valdez llegó muy fatigada (2 Ag.): la dejó descansar, y con un batallón, un escuadrón y 2 piezas de la del Virrey, siguió á Puno (16 Ag.) para amagar el flanco izquierdo de Santa Cruz. Supo en el camino que el Coronel Cerdeña estaba en Pomata, y, sin esperar á Carratalá, marchó en su busca y lo obligó á cruzar el río.

Batalla de Zepita

El 22 se le reunió Carratalá. El 23 avanzó al Desaguadero é hicieron un reconocimiento. El 24, fuerte Santa Cruz con algunos cuerpos más, pasó el puente, dejó 2 piezas y una compañía de cada batallón para guardarlo, y poseido del mayor entusiasmo que consiguió comunicar á las tropas se puso en marcha para dar batalla.

No obstante que Valdez era superior en caballetía, ocupó los altos de Chuchuhani, á retaguardia del pueblo de Zepita.

El 25 se destacó á Brandsen con Cazadores y el 2.° de Húzares, mientras que, merced á un aviso falso se dirigía Santa Cruz con el grueso de su gente en otra dirección. Una vez que se reunieron, rompieron las guerrillas sus fuegos al acercarse al pueblo, y la columna aceleró el paso para obligar al enemigo á entrar en acción.

Santa Cruz dispuso su línea colocando Legión á la derecha, el 4 al centro y Cazadores á la izquierda; guardó los flancos con los escua-

drones 2.° y 3.° de Húzares, y en la reserva dejó á Vencedor.

El enemigo colocó sus dos piezas al centro, á media loma, para barrer la llanura, y en la pendiente á los barallones Cazadores, Partidarios y tres compañías del 1er Regimiento, lo que hacía un total de 1,400 hombres, sin contar la caballería (400) que situó tras las últimas posiciones.

El fuego de las guerrillas se mantuvo casi todo el día sin ventaja de una ú otra parte. En la tarde, Santa Cruz apeló á un ardid para sacar á los realistas de sus fuertes posiciones. Simuló un ataque por la derecha con Legión como para tomar las alturas; Cazadores y el 2.° escuadrón siguieron por el camino real, y dos compañías del 4 apoyadas por Vencedor emprendieron por el centro, para replegarse en aparente desorden á una señal convenida. El plan surtió su efecto. Creyendo los españoles que la derrota se había pronunciado, bajaron entusiastas al llano, donde dos cargas de Soulanges y del teniente Arámburu desbarataron á la caballería realista que, en su fuga, atropelló á parte de su infantería.

El resto de ésta cargó y dispersó á su vez á los Húzares, y le dió tiempo á los fugitivos para que se rehicieran. En este encuentro no se dió cuartel á nadie, en represalias de las crueldades de Canterac. Los españoles tuvieron 100 muertos y perdieron 184 prisioneros, 240 fusiles y otros útiles de guerra, que, por sí solos revelan que la acción estuvo muy lejos de ser decisiva. Allí perdimos al capitán A. Morante de Húzares y 28 soldados; 84 cayeron heridos, entre los que mencionaremos al bravo Coronel

Cerdeña, al capitán Valerino y á los tenientes Guzmán y Palma.

Santa Cruz concedió una medalla de plata á la tropa y una de oro á los Jefes y oficiales, y mientras ella se entregaba al regocijo del triunfo, él adoptaba las medidas necesarias para evacuar una posición que, en su concepto, no se podía sostener.

CAPITULO XIII

La Serna en campaña.

La Serna se reunió con Valdez en Pomata, y sus fuerzas ascendentes á 4,500 hombres las organizó en dos divisiones, una que dió á Carratalá y otra á Villalobos, dejando la caballería á Ferraz y nombrando al primero Jefe de Estado Mayor.

Ansiosos de tomar la revancha del jaque recibido, abrió la campaña con un avance general sobre el Desaguadero.

Fortificarse en el puente, llamar á Gamarra de Oruro y á Sucre de Arequipa, habría bastado para detenerlos, ó, por lo menos, para conservar la retirada á Tacna ó á Puno, ó en último extremo, para internarse al Alto Perú y acabar con Olañeta en combinación con Urdininea y Arenales. Pero muy lejos de proceder así, Santa Cruz cometió el error de dejar en el puente una pequeña guarnición, marchando á toda prisa á reunirse con Gamarra que estaba á 50 leguas.

No pudiendo La Serna forzar el puente se desvió á la derecha, y, por Huacullani, Pisacoma y Santiago de Machaca, cruzó el río por

Calacoto (13 Set.), construyendo balsas y venciendo muchas dificultades. De allí pasó á la hacienda del Marqués y llegó á Viacha (5 Set.), veinticuatro horas después que habían salido los independientes. Los dos ejércitos tenían el propósito de no batirse hasta no haberse reunido respectivamente con Olañeta ó con Gamarra.

El Virrey tomó por Calamarca, Molinos, Sicasica y Panduro: no encontrando á Santa Cruz dedujo que no daría batalla, por ser ésta una posición excelente, con retirada fácil, caso de un descalabro, para Oruro, Cochabamba ó la costa. De Viacha, Santa Cruz emprendió por Calamarca, Ayo-ayo, Sicasica y Panduro, donde reunido con Gamarra (8 Set.) avanzó á Sorasora, 6 leguas al Sur de Oruro, para impedir que Olañeta, que venía de Potosí se replegara al Virrey. Mucho más estratéjico hubiera sido dirigirse á Paria para contar con el apoyo de Lanza.

En Sorasora, los dos determinaron dar batalla y esperaron todo el dia al enemigo (13 Set.), el cual de Panduro se movió á Quererani (Set. 10), y luego á Sepulturas (11), quedando reducido á 4,000 hombres por las marchas forzadas, la falta de recursos y el frío de las cordilleras.

Aquí también pudo Santa Cruz salvar al ejército. Tenía 5,000 hombres; mejor caballería que la española y había conseguido que Lanza se le reuniera; pero no era el valor heróico su distintivo ni la guerra su elemento; otro escenario más tranquilo se adaptaba á sus aptitudes. La politica haría resaltar las dotes del gran estadista. La paz, el genio organizador

del gran administrador. No era el miedo la causa de su desaliento: el remordimiento de haberse dejado arrastrar por la ambición; la pedantería de desdeñar el auxilio de Sucre; el abandono del puente después de Zepita; el no haber aprovechado la excelente posición de Panduro, le abatieron de tal manera, que se puede decir que en Oruro principió el desbandamiento.

Desbandamiento

En dos días recorrió las 25 leguas que hay de Sicasica (17 Set.), y cuando todo el mundo pensaba descansar, levantó el campamento á las tres de la mañana y se puso en marcha para Ayo-ayo. Habia tenido razón. Admírese la organización y celeridad de los españoles. De Sepulturas pasaron á Oruro y de allí á Sorasora, interponiéndose entre los patriotas y Olañeta que se les reunió en este lugar el 14. Notando aquí que el ejército de Santa Cruz comenzaba á dispersarse á bandadas, retrocedieron á Oruro, descansaron dos horas y siguieron por Anconuño, Imilla-Imilla y Sicasica, 25 leguas en dos días (17), en los que tomaron 13 oficiales, 70 prisioneros y muchas provisiones. Cerca de este lugar, Brandsen quiso contenerlos con la caballería, pero se le opuso el escuadrón de gauchos de Tarija, denominados *Cosacos*, y no hubo más remedio que continuar la retirada en el mayor desorden, dejando regado el camino de fusiles, cartucheras, caballos y pertrechos. En tres días los realistas habían caminado 39 leguas, llegando á Calamarca pocas horas después que los libres, á quienes tomaron 90 prisioneros, 120 fusiles, caballos, municiones y la imprenta.

Santa Cruz sólo descansó 6 horas (de 8 á 2

p. m.), dejó los enfermos y cansados á Lanza, y abandonando bagajes, artillería y municiones, preso de pánico siguió á Viacha, donde se le informó que sus lanceros habían sido dispersados por dos escuadrones, escapando á uña de caballo con algunos el Comandante Navajas.

Convencido La Serna que todo había concluido (18 Set.), dispuso que Valdez con la caballería y 800 infantes le persiguiera, cuidándo más de avanzar y de ganar terreno, que de recoger los trofeos de tan fácil victoria. Persecución

Valdez acampó á tres leguas de Viacha; destacó dos mitades de Granaderos y una compañía de la Guardia para tomar el parque y la artillería patriota, que se escaparon milagrosamente, y continuó á Tiahuanacu (19), seguido del Virrey, que destacó á Olañeta á La Paz.

Defensa del puente

En la tarde, los libres dejaron Viacha, restablecieron el puente de balsas de totora del Desaguadero, lo cruzaron, y dejaron para guardarlo al capitán Machuca, chileno, y al teniente Ríos, con dos piezas, de manera que cuando llegó La Hera, mandado por Valdez con 200 infantes y 60 caballos, tuvo que construir parapetos para flanquearlos. Roto los fuegos, Machuca se sostuvo cuatro horas, y no viendo venir ningun refuerzo se rindió al fin (22).

El día anterior había salido Santa Cruz de Zepita á Puno, en cumplimiento de lo resuelto en la Junta de guerra que se celebró con asistencia de Gamarra, pero en el camino supo que Sucre no estaba allí, y que los Húzares de Soulanges, después de cometer muchos excesos se habían dispersado, por lo que convocó otra Junta, en la que se dispuso que se pasaría á

Golpe fatal

Moquegua por Santa Rosa. En el camino los alcanzó Carratalá con 400 hombres y 100 jinetes, les quitó 3 piezas, las armas, el botiquín, las banderas y el equipaje de muchos jefes y oficiales. 1,000 soldados y 25 oficiales cayeron prisioneros, dispersándose el resto que, por partidas, fué llegando á Moquegua.

El infortunio trajo el buen sentido: se reconoció que el vencer á los españoles era una tarea de titanes, y que la América consternada pedía á gritos que su suerte fuera encomendada al valor, á la pericia y al genio.

La presencia de Sucre levantó los ánimos abatidos. Conferenció con Santa Cruz, hizo que se reconociera á Bolivar, á la sazón en Lima, como encargado del mando supremo de las armas del Perú, y en seguida se regresó á Arequipa, ordenándole á Gamarra que se embarcara con las tropas en Ilo y las llevara al Callao.

Santa Cruz, que esperaba 2,500 hombres de Chile y 600 caballos, y que según sus avisos debían estar en Arica, no hizo observaciones á estos mandatos, pero cuando llegó á este puerto y supo que aun no habían salido de Chile, pero que pronto se embarcarían, regresó á toda prisa y le ordenó á Gamarra que llevara la gente en la Macedonia á Árica, donde lo reforzaría Pardo de Zela con 300 hombres, pretestando excusar su mal proceder, con el alegato de distraer al enemigo para que no cargase en masa sobre Bolivar.

Su propósito era tener la fuerza á órdenes de Riva Agüero y gozar de la importancia que da siempre el mando. Gamarra, que era muy astuto, y que no había recibido sus órdenes sino

de palabras, para no comprometerse, le entregó la gente á Eléspuru y se embarcó en una goleta.

Eléspuru embarcó los infantes en la Monteagudo, los Húzares de Legión Peruana en la Mackenna, y partió á llenar su cometido. Á los dos días de navegación, movida la gente por Navajas, se sublevó, y enmendando el rumbo siguió al Callao. La Mackenna

En la travesía la Mackenna fué apresada y llevada á Chile [25 Oct.], por el corsario General Valdez, armado por Quintanilla, Gobernador de la Isla. Soulanges, Correa [Cirilo.] Wilt, el Marqués de San Miguel y 24 oficiales más, fueron trasbordados al corsario para mayor seguridad, y tuvieron la desgracia de morir ahogados cuando éste se fué á pique.

La última catástrofe de esta expedición malhadada, fué la que aconteció á 40 dispersos. Sus tenientes D. Valerio Arisueño y D. Fernando Ophelan los embarcaron en Mollendo con rumbo al Callao, en el bergantin Carmen, capitán Feyjoó. Durante la travesía asesinaron á éste, por haber descubierto que los llevaba á entregarlos á los españoles, y variando de dirección navegaron sin rumbo por carecer de piloto. Llegaron á Huacho en un estado lamentable (25 Ab. 1824), después de haber sufrido no pocas peripecias y ayunos. Bergantin Carmen

En cuanto al famoso Lanza, la derrota no le hizo efecto. Elevó su fuerza á más de mil hombres, y en breve la puso en un pie respetable. Cuando Olañeta tomó posesión de La Paz (24 Set.), comprendió que no gozaría de tranquilidad mientras no lo destruyera, y así, luego que contó con fuerzas suficientes, se vino Lanza

sobre él y lo desbarató en Alzuri (16 Oct.), donde el bravo Coronel Jose Félix Castro al frente de la Columna Patriota, y 70 soldados de caballería del Departamento de Lambayeque, dejaron bien puesto el nombre del Perú. Lanza escapó milagrosamente con algunos y se refugió en las montañas.

De esta manera tan desastrosa terminó la campaña iniciada por la petulancia, mandada por la ineptitud, y ganada por la estrategia sin disparar un tiro.

Santa Cruz y Gamarra, persuadidos de la pericia de La Serna, solo instigados por el interés, el egoísmo y las malas pasiones, podían haber cometido la temeridad de arriesgar la suerte de la patria, dirigiendo ellos las operaciones de la guerra.

Un despliegue brillante, un cambio de frente, una retirada en orden de los realistas, los confundía y desorientaba de manera, que la estrategia y la disciplina no hacían sino completar la derrota que ya había iniciado la reputación y el nombre de un buen capitán.

Realistas y patriotas acreditaron en esta campaña, la celeridad incomparable del soldado indígena, con la diferencia que hay del que ss precipita al ataque, al que pone en fuga desalada el miedo.

CAPITULO XIV

Campaña de Sucre

Volviendo á Sucre, á quien dejamos en Arequipa, después que Ramirez se retiró más que de prisa por Cangallo y Apo, recibió comuni-

caciones de Santa Cruz (12 Set.) en las que le participaba la victoria de Zepita. En ellas le suplicaba por primera vez que se le reuniera, presintiendo el descalabro que se le esperaba, por lo que comprendiendo el peligro, destacó en el acto á Raulet sobre Puno con una columna de infantería y caballería, proponiéndose seguirlo con 2,809 hombres, dejando en Arequipa á Pinto de Jefe político y militar.

Felizmente la falta de bestias le detuvo hasta el 24 de Setiembre, pues si hubiera salido antes y llegado á Puno, el enemigo le habría destruido cortándole la retirada. Se repliega.

En Apo recibió la doble nueva de la dispersión de Santa Cruz, y que La Serna avanzaba sobre Arequipa con 5,000 hombres, fuera de los 500 ó 600 de Ramirez, y de los que en el Cuzco pudiera tener Canterac, por lo que ordenó que las tropas que ya habían avanzado tres jornadas, contramarcharan y se situaran en Cangallo, para recoger los dispersos é ir á Moquegua ó replegarse á Arequipa.

Una carta de Gamarra anunciando la dispersión total (24 Set.), y otra de Brandsen, participando que solo le habían quedado 200 hombres, disiparon las incertidumbres.

Sucre, con la caballería, pasó dos veces á Moquegua (27 Set. 1.° Oct.), y volvió á Arequipa (5 Oct.), para salvar de la ruina á su división. Ya era tiempo.

Ferraz con tres mitades de Granaderos, una de la Guardia, otra de Dragones americanos y de Cazadores Dragones, más 300 de Cantabria al mando de Tur, se venía sobre Arequipa á marchas forzadas, desbaratando á las avanzadas y poniendo en fuga á 200 de caballería Los realistas en Arequipa

que se atrevieron á quererle cortar el paso. El 8, de sorpresa y como un rayo cayó sobre los arrabales de la ciudad. Sucre, con la mayor compostura en la plaza principal, dispuso que Miller con Guías y los Dragones lo contuvieran, mientras él salía con el ejército á las diez de la mañana por la ruta de Uchumayo.

Miller fué arrollado y batido; pero más de una vez volvió caras é hizo retroceder al enemigo que, al fin, no le dejó sino dos ó tres con los que llegó al puente. La división se había salvado

Sucre se embarca

Pocos días después se embarcó en Quilca Sucre con las tropas, venciendo la resistencia del General Pinto que pretendía llevarse su división á Chile. El 25 llegaron á Pisco, y por Cañete siguieron á Lima, donde pidió que se le abriera juicio. El gobierno lo absolvió declarando, que había salvado su división.

Miller con los dispersos de la caballería y algunos infantes, siguió por Camaná, Ocoña, Caravelí, Sondor, Chala é Ica, donde se detuvo y esperó al cuerpo de Pardo de Zela que se le mandaba para cuidar de las provincias de Ica, Chincha y Cañete.

En cuanto á La Serna, avanzó á Cangallo (9 Set.) y entró á Arequipa (10 Set.) llenando de terror á todos los vecinos, que acudieron en masa á implorar su clemencia.

Ascensos realistas

En 5 de Octubre ascendió á Mariscales de campo á Olañeta, á Maroto, á Monet, á Alvarez, á La Hera, á Loriga, á Carratalá, á Villalobos y á Tristán. Brigadieres á los Coroneles Atero, Echevarría, Somocurcio, Aguilera, Rodil, Cacho, Landázuri, Pardo, los dos Rami-

rez, Manuel y Mateo, Ferraz, García Camba, Ameller, Espartero, Barandalla y Bedoya.

Dió al ejército nueva organización creando dos divisiones, una del Norte de la que nombró General en Jefe á Canterac, y otra del Sur que con el mismo carácter confió á su favorito Valdez. El primero con tres batallones y un escuadrón se puso en camino por Uchumayo, Vitor, Sihuas y Majes (15); limpió el terreno de libres, entró al Cuzco (20 Set.) y siguió á Huamanga. Dos divisiones

En cuanto á Valdez, dejó en Vitor á Ameller con el escuadrón de la Guardia y 50 hombres, para que observase á la caballería que Sucre había mandado á Ocoña, y se regresó á Arequipa, de donde se habían destacado fuerzas (12) para obligar á embarcarse á las reliquias de Santa Cruz, y á las que Portocarrero tenía en Arica. Valdez

En esto llegó á este puerto la tan deseada expedición chilena, fruto estéril del tratado Larrea–Cruz [26 Ab.]. Se componía de tres batallones mandados por Aldunate, Voches y Rondisoné, 2,000 hombres, y el Regimiento de Coraceros, 400, con el Coronel Viel. Jefe de Estado Mayor era el Coronel José María Benavente, quien traía orden de entregar las tropas al General Pinto. División chilena

De día en día se había postergado su salida: ya era que faltaba el equipo; ya los pertrechos y provisiones; ya que era menester aumentar las plazas, hasta que, como siempre sucede se vino á dar á la vela [15 Oct.] cuando ya todo había concluido.

La expedicióu obligó á Valdez á reforzar á Carratalá que estaba en Moquegua, y en se-

guida avanzó á Tacna con Gerona, Cazadores y el escuadrón del mismo nombre, lo que bastó para que se reembarcaran. Dejó en la ciudad á Bobadilla, para que recogiese á los caballos dejados por Sucre, y retrocedió á Moquegua donde acantonó á los escuadrones de Granaderos y Cazadores. Gerona y Cazadores los mandó á Puno, y los Dragones á Arequipa. La Serna volvió al Cuzco á ponerse al frente del cuartel general.

Manejos de Guisse y S. Cruz

Tanto Santa Cruz como Guisse, amigos de Riva Agüero, trataron de traerse á Benavente á Huanchaco, haciéndole ver que el verdadero gobierno residía en Trujillo, y que el congreso y Torre Tagle eran una facción rebelde. Para apremiarle, Guisse quemó los víveres que habían en la isla del Alacrán, frente á Arica, ascentes á más de 200,000 pesos, y le negó toda clase de subsidios y recursos.

Junta de guerra

El Jefe chileno, en esta situación complicada, convocó una Junta de guerra en la que manifestó la discordia que dividía al Perú, y la poca voluntad del gobierno de Santiago para contribuir á la emancipación bajo Bolivar. Unos opinaron que lo más prudente era regresarse; y otros, que abandonar al Perú estando en guerra con España, sería atraerse el menosprecio de todo el continente. El regreso podía tomarse por miedo á los realistas, consideración que les prepararía un mal recibimiento en su patria. A esta idea, todos, como movidos por un resorte, resolvieron seguir á Huanchaco donde se entregarían como prisioneros de guerra, caso que se les quisiera obligar á intervenir en la contienda civil.

Alvarado

Durante la travesía se dieron con los Gene-

rales Alvarado y Pinto, que iban á encargarse de las fuerzas peruanas y chilenas de orden del gobierno.

El General Pinto no halló en Arica víveres para la tropa, ni forraje pora los 300 caballos traídos para remontar al Regimiento de Granaderos, y en consulta con Hidalgo, Comandante del Lautaro, los hicieron degollar para que no cayeran en poder del enemigo. Los chilenos siguieron al Sur y la goleta que los conducía fué atacada por un corsario. El capitán Winter logró derribar el mástil de éste con el único cañón que tenía, y abandonándolo á su suerte, siguió su rumbo y dejó las tropas en Coquimbo. Pinto.

Las razones que expuso Pinto para justificar su retiro no satisficieron al gobierno. Freire le escribió á Bolivar (Dic. 23) diciéndole que, lejos de haber ordenado el regreso, le incluía las instrucciones impartidas al General que acreditadan todo lo contrario.

Santa Cruz en la Protector siguió por algún tiempo al Sur, llevado de la esperanza que podría llevarse á los chilenos á Huanchaco, pero una vez que se desengañó, enmendó el rumbo y puso la proa á este puerto. S. Cruz.

En cuanto á las tropas peruanas, Alvarado le ordenó á la O'Higgins y á los otros trasportes que lo esperasen en la isla de San Gallán, orden que no cumplieron, siguiendo todos al Callao, con excepción del Boyacá que el Coronel Orbegoso llevó á Pacasmayo.

Alvarado mismo no tuvo buque en que regresarse: la escuadra obedecía á Sucre, por lo que siguió la ruta de ésta en el Barcareel. Alvarado.

Corl. Sanchez.

En demanda de la división chilena pasó á Lima el Coronel Sánchez, pero el tono inconveniente que adoptó, le hizo regresar sin conseguir lo que pretendía. Más tarde el Coronel Aldunate, cangeado por el Marqués de Valle Umbroso, á quien se creía preso en Río Janeiro, desde que cayó prisionero en la toma del Maypú [Jun. 7–1822], condujo á Chile, de orden de Freire, los 300 chilenos que aun quedaban en Lima de la división. La venida del Libertador aumentó los celos del gobierno de Santiago, y si venciendo serias resistencias mandó un batallón más tarde, fué para que el nombre de la república no dejara de figurar en la campaña final.

CAPITULO XV

En todas las empresas el éxito depende de la unión: en las guerras es más propio decir que él estriba en la obediencia.

En las de emancipación se ha observado que muchos quieren mandar; ninguno se cree libre mientras no sea el señor, porque está en la naturaleza humana envidiar la gloria ajena sin recordar lo que cuesta, sus fatigas y los peligros. La grandeza del mando está en el deber. El génio se preocupa menos de la gloria y de los honores que de su refutación.

Congreso de Trujillo.

Los diputados se dieron á la vela en la Vigía, Riva Agüero en la Peruviana, y una vez en Trujillo, su primer afán fué conseguirse actas de adhesiones populares.

El congreso se estableció en la casa de D.

Tiburcio Urquiaga, calle del Progreso, y sus sesiones fueron secretas para no dejar traslucir el desacuerdo que reinaba entre ellos. Riva Agüero pidió que se declarasen nulos los actos del congreso del Callao y no siendo admitida la proposición disolvió el congreso, creó un Senado de diez vocales elegidos por los diputados fieles, uno por cada departamento, y desterró á Figuerola, á Aranibar, á Arias, á Unánue, á Salazar [Federico] y dos más, que le eran hostiles.

La necesidad del Senado pretendió justificarla, con actas que levantaron unos cuantos en Piscobamba, Cajacay, Oimos, Nepeña, Pomabamba, Parobamba, Chiquián, Carhuaz, Huayanca, Llata y Pallasca.

Falto del apoyo legal, no había más que confiar en la fuerza. Aumentó sus tropas, y comisionó al Coronel Salvador Soyer donde Santa Cruz, como ya hemos dicho. Soyer

No satisfecho con la respuesta de Santa Cruz [Julio 24], mandó al Coronel Orbegoso con pliegos cerrados, con orden de entregarlos á Gamarra, solo en caso de muerte del primero: precauciones adoptadas, merced á un acuerdo celebrado en Trujillo entre los Generales, Jefes y algunos personajes adictos á Riga Agüero [2 Ag.], con el propósito doble, de sostener á éste en el gobierno y de luchar por la emancipacion, excluyendo todo poder extraño. Orbegoso

El aislamiento y la soledad de Trujillo vinieron á hacerle ver á Riva Agüero, lo impolítico del paso de haber enviado á Santa Cruz al Sur, desvistiéndose de la fuerza que le habría hecho respetar, y para una empresa en la que, como ya he dicho, todo el provecho sería para el que la llevara á cabo.

Se llama á Santa Cruz

Ansioso de reparar el error, comisionó á varias personas, y Orbegoso llevó también comunicaciones para Sucre, Soyer y Portocarrero, en las que les explicaba sus propósitos y les suplicaba que apoyasen las órdenes impartidas.

Según ellas, Santa Cruz debía abandonar la campaña, embarcarse con las tropas para Casma ú otro puerto al norte de Pativilca, y de allí mandar exploradores que preguntasen por el estado del ejército de Trujillo.

La gravedad de esta disposición exigía, que Santa Cruz anunciara previamente su salida, la cual debía verificarse dentro de 45 días, porque de lo contrario, se le confesaba ingénuamente, "se perdería el Perú, no quedándole al exhortante sino la disyuntiva de salir del país ó de pegarse un tiro".

Parece impropio de la seriedad de la historia, aliar los sucesos con lo que se dijo ó escribió en los arranques intempestivos del momento, pero sin descender á estos pormenores, es imposible formarse una idea perfecta de la puerilidad eventual del carácter de los principales protagonistas.

Estos detalles son como chispazos eléctricos que iluminan y permiten ver en claro, lo que está envuelto en la oscuridad de la tumba.

Guisse

Guisse recibió orden de poner la escuadra á órdenes de Santa Cruz, y de tratar, durante el viaje como sospechosos á los buques colombianos y á las procedencias del Callao.

V. Castañeda

Después de Orbegoso se comisionó aún á D. Vicente Castañeda, pero uno y otro llegaron á Arica, cuando ya Santa Cruz había sido destruido.

Orbegoso encontró al pueblo sumido en la mayor consternac:ón. No se sabía que resolución adoptar. Era idea general que el Perú estaba perdido; que en breve los españoles dominarían en todo el territorio, por lo que siguiendo sus instrucciones, levantó una acta llamando á San Martín, que firmó con Portocarrero, Soyer, Guisse, Postigo, y Longer que hizo de Secretario [Set. 28]. Póstigo fué encargado de ponerla en manos del héroe, y se hizo á la vela, el mismo día, en la fragata americana Cantón. Acta llamando á San Martín

San Martín contestó que un llamamiento semejante le había hecho el Coronel Iturregui, y entre otras cosas les aconsejó, que se mantuvieran unidos; que se dejaran de quejas y resentimientos mezquinos; que se reconociera al congreso, bueno ó malo que fuera hasta botar á los españoles, concluyendo con la célebre frase "Muramos, pero no como viles esclavos".

El sabio consejo lejos de ser acatado, parece que estimuló á las repúblicas sud-americanas á verter su sangre á torrentes en luchas fratricidas. Muy lejos de combatir por graves derechos políticos, la grandeza de una idea, la elevación de un principio, los pueblos de este continente se han degollado y se degüellan aún como esclavos, por llevar á la presidencia á una multitud de nulidades que, mi pluma, sin odios, ni prevenciones, sabrá delinear distintamente, para legarlas como tristes ejemplos de la ambición política, á la posteridad. Luchas fratricidas

Más tarde, cuando los aprietos de Riva Agüero fueron mayores, volvió á importunar á San Martín con el mando supremo; pero comprendiendo éste que la oferta era para ha-

cer gala de civismo y desinterés cuando el puesto político se había perdido, le escribió manifestándole, lo indigno que era apelar á la honradez y á la sinceridad para ocultar sus reprobados manejos.

Portocarrero

Ninguno se desanimó tanto como Portocarrero. Era un hombre vacilante y receloso de todo. Nadie estaba tan dispuesto á la culpa como al arrepentimiento. Firmada el acta llamando á San Martín, voló á Arequipa para informar á Sucre. Después de la derrota de Santa Cruz, tenía en Arica fusiles y caballos que tanto le pedía éste como áquel: incierto estuvo por algunos días hasta que por fin se les entregó á Sucre. Por la desobediencia, Santa Cruz le ordenó que dejara la plaza, remitiéndole la guarnición, los pertrechos y los buques á Ilo. Pero ya era tarde: se había pronunciado contra él, y permaneció en Arica esperando la expedición chilena por orden de Sucre. Sus comunicaciones cayeron más tarde en manos de los patriotas, y revelaron que estaba en tratos con los realistas. Se le puso preso y se le envió en la escuadra á Huanchaco. Desterrado á Chile, logró trasbordarse á uno de los buques huaneros de la costa de Arica, y tomando tierra se fué al Cuzco, donde lo recibió bien La Serna, conociendo la influencia que tenía en Moquegua. Vanos esfuerzos hizo después de la independencia para obtener un cargo público. La deslealtad le cerró todas las puertas.

CAPITULO XVI

No se ocultaba á Torre Tagle lo difícil de su situación mientras existiera la autoridad de Riva Agüero, y para minarla, su primer paso fué publicar las sesiones del congreso en las que se le exhoneró de la Presidencia de la república. Luego, hizo una gran alharaca sobre la disolución del congreso de Trujillo, la deportación de los diputados y la incompetencia militar del caudillo, y mientras en 21 de Julio apremiaba al Presidente del congreso para que ratificara el decreto de exhoneración y se nombrara otro Presidente de la república, el 2 de Agosto le escribía á Riva Agüero prometiéndole, maliciosamente, que le entregaría el mando si venía á Lima. Manejos de T. Tagle

Igual felonía impulsaba á Valdez [3 Agt], al ofrecerle que reconocería su autoridad, si se ponía en marcha para Jauja con las tropas de Lima y de Trujillo.

Entretanto, Torre Tagle destituía á los presidentes de las provincias afectas á Riva Agüero: Tramarría, José Freire y cinco más, amigos suyos, fueron deportados á Calcuta en la barca inglesa Horleston [28 Agt.] sin previo juicio. Afortunadamente, el capitán se compadeció de ellos y los dejó en Guayaquil. Se dió de baja del ejército á los Jefes y oficiales que no inspiraban confianza á Torre Tagle.

Para acabar de darle el golpe final, se hizo una representación [4 Agt.] solicitando la reunión del congreso. En Lima no habían sino tres diputados, incluyendo á los que se habían

quedado cuando la ocupó el enemigo, por lo que se apeló á llamar á los suplentes de los suplentes para poder instalarlo. Esta camarilla ratificó [16 Agt.] el decreto de exhoneración; declaró á Riva Agüero y á los que lo reconocieron, reos de alta traición, y benemérito á la patria al que lo entregara vivo ó muerto.

Torre Tagle Presidente

Días después, invistió á Torre Tagle con la Presidencia de la república, le concedió facultades para combatir la anarquía, y lo declaró *Restaurador de los sagrados derechos de los pueblos, Padre de la patria, y el más virtuoso y digno hijo del Perú y su única esperanza.*

Torre Tagle organizó tres ministerios: el de Relaciones lo confió á Valdivieso; el Guerra y Marina á Berindoaga, y el de Hacienda á D. Dionisio Vizcarra. Algunos Senadores de Trujillo se vinieron é ingresaron á las cámaras.

Riva Agüero había sido Presidente como lo era ahora Torre Tagle, es decir, de puro nombre. El congreso verdadero se evaporó con la venida de los realistas. En el Callao, en Trujillo, en Lima, no se ve al representante genuino del cuerpo político, sino un grupo de patriotas que el apremio de las circunstancias reune, para encarnar las aspiraciones nacionales.

Espíritu de las R. Sud-americanas

En la historia de la emancipación sud-americana, es menester hacer notar las bases deleznables que en su origen tuvieron los poderes públicos, para poder explicar ese espíritu revolucionario que ha ido infiltrándose poco á poco en todas estas repúblicas, al extremo de caracterizarlas. Cómo merced á él, se ha ensangrentado el suelo en luchas fratricinas, durante más de medio siglo, del Magdalena al Plata; cómo su acción perenne produjo la deprava-

ción moral de posponerse en las cámaras, por una gran mayoría, al hombre honorable por el político especulador: cómo difundió en los gobernantes la desentendencia á la ley, en los electores el convencionalismo, y en los gobernados el poco respeto á la autoridad; cómo con el trascurso del tiempo, inspiró al mérito y á la fortuna indiferencia por la cosa pública, y al pueblo simpatías y aplausos por el conspirador; cómo, en fin, la política se redujo al arte de declamar con calor sobre los grandes intereses de la patria, para vivir cómodamente á costa del Estado. Sobre esta disposición social me expreso así en otra de mis producciones.

"Nuestras dolencias políticas son muy graves, y tanto, que nadie se atreve á examinarlas, y nadie, tampoco, tiene valor para referirlas. Las tenemos inoculadas en la sangre; en la médula de los huesos; forman ya parte de nuestro organismo, de nuestro modo de ser.

"Ellas emanan de la mala educación que hemos recibido, de que el corazón no ha aprendido á vibrar á la voz del patriotismo, y de aquí esa igualdad sorprendente de los candidatos políticos, que el bajar del poder, por la razón ó la fuerza, no nos dejan otra cosa que esperanzas desvanecidas, garantías rotas, leyes conculcadas."

La opinión de unos cuantos ciudadanos influyentes, la voz del ejército y algunas veces de uno ó dos batallones, la idea emitida por la capital, bastan para crear un Presidente, el cual es derrocado y sustituido por otro, con igual facilidad.

En el terreno jurídico, la única autoridad le-

gal, después de San Martín, fué la Junta Gubernativa creada por un congreso representante genuino de lo soberanía nacional.

Entrar á discutir la legalidad de Riva Agüero, la del congreso y senado de Trujillo, la de Torre Tagle y el congreso que lo proclamó, es una tarea ímproba que solo serviría, para suministrarle argumentos y referencias históricas á los revolucionarios, siempre solícitos de justificar sus atentados, con funestos precedentes.

La historia no tiene por qué encabezar la lista de los Presidentes del Perú con los nombres de Riva Agüero y Torre Tagle. Ellos estuvieron precariamente al frente del Perú, como Masaniello y Rienzi dominaron, respectivamente, en Nápoles y Roma.

Estado del Perú

Desconocida la soberanía del pueblo con el Protectorado, convertida la autoridad en verdugo de crímenes políticos extraños, el ejército en discernidor del mando, y el congreso en una agrupación de representantes simulados de las provincias, la fé en la república y en los principios constitucionales y democráticos, tenía que flaquear aún en los más entusiastas, y de este general desaliento se aprovecharon los políticos astutos, para crear una nación de magistrados débiles, súbditos indiferentes, autoridades serviles.

La abnegación y la virtud son las únicas bases de la democracia. El interes personal de Luna Pizarro creó la Junta Gubernativa; el deseo de dirigir una campaña. movió á Santa Cruz á apoyar la ambición de Riva Agüero. Torre Tagle no actuaba sino por propia conveniencia, y el congreso admi-

tía todo, menos que se pusiera en duda su legitimidad.

Con semejantes progenitores la descendencia tenía que salir llena de vicios políticos. Sin ideas grandes, elevadas, generosas; sin el deseo constante de engrandecer á la patria con nuestros hechos; sin el sacrificio diario del individualismo en aras del bien común; sin probidad y desprendimiento, en una palabra, sin noble emulación histórica, no puede haber república, porque ésta reposa únicamente en la libertad, y la verdadera libertad no es otra cosa que el encadenamiento perenne de la voluntad al bien.

Discordia del cong. en Trujillo.

Veamos entretanto lo que había pasado en Trujillo. Los diputados emigrantes convalescieron de salud é ideas con la navegación, y se dieron cuenta que no era posible llevar adelante la cisión de la república. De buena gana hubieran ratificado el poder militar conferido á Sucre, pero las súplicas primero, y después las cábalas y manejos de Riva Agüero, los retrajeron de un paso que habría apresurado el restablecimiento de la paz y de la concordia. Esta disparidad de pareceres retardó la reunión de ellos hasta el 15 de Julio, día en el que se congregaron en casa del Dr. Urquiaga, limitándose á nombrar al agente que celebraría el contrato del empréstito en Londres. El 17 convocó Riva Agüero al congreso, y le manifestó la conveniencia de que se pusiera en receso, constituyendo antes un Senado que lo convocaría cuando fuera menester. La mayor parte aceptó la idea, pero habiendo solicitado algunos que se ratificara el decreto que confería el poder supremo á Sucre, se suspendió la

16

sesión por oposición del Dr. Tudela. Abierta de nuevo por haber sido secreta, algunos diputados que habían salido, dieron parte á la cámara que el local estaba rodeado de tropas, y en ese mismo instante, se les presentó un pliego de Riva Agüero, exigiendo el portador que lo contestasen en un cuarto de hora. El temor se apoderó de la mayoría: unos protestaron, otros se quisieron retirar sin abrir el pliego, pero calmados los ánimos se impusieron del contenido, el cual se reducía á suplicarles de nuevo, que declarasen disuelto el congreso, constituyendo preeviamente un Senado con diez diputados.

Es disuelto.

La presencia de las tropas acreditaba que no era posible andar con evasivas y vacilaciones: no había más remedio que firmar ó resignarse á sufrir las iras del poder. Algunos accedieron acogiéndose al subterfugio que, "estando el congreso disuelto *de hecho*, obedecían la orden como meros particulares". Ortiz Zevallos, Ferreyros, Andueza, Mariátegui, Quesada, Arce y Colmenares se negaron á hacerlo, por lo que se les encerró en un cuarto de la casa con centinela de vista, donde los tuvieron sin darles de comer hasta las cinco de la tarde.

Veloz Trujillana.

Á las dos de la mañana se les despertó: se les hizo montar á caballo, con un soldado al anca y pasaron á Huanchaco. Aquí se les acomodó en la bodega de la goleta Veloz Trujillana, Capitán Echarris, guarnecida por 20 soldados al mando del Mayor Basaldúa, el que debía entregarlos en el Sur á Santa Cruz.

El primer paso del Senado, en represalia de lo hecho por el congreso en Lima, fué declarar-

lo facción usurpadora, y traidores á la patria á los representantes.

Riva Agüero duplicó sus esfuerzos para reunir 3000 hombres, y por medio de sus agentes en el Sur y Norte, abrió negociaciones con el enemigo para hacer salir del país á los auxiliares.

Esto no fué bastante para aplacar la ira que le produjo el destierro de Tramarría. Se necesitaba una víctima, y se la halló en un pobre zambo Manuel de la Cruz Velarde, espía de Berindoaga en Trujillo, á quien se le imputó el propósito de asesinar á Riva Agüero. Sin juicio, ni testimonio de ninguna especie el infeliz fué fusilado el 30 de Agosto. Fusilamiento.

Volviendo á la Veloz Trujillana, la falta de agua la obligó á arribar á Chancay. La nueva circuló rápidamente, y el pueblo en masa exigió del capitán la entrega de los diputados, so pena de oponerse al desembarco. Sin aquel elemento indispensable no hubo más que capitular.

En tierra los festejaron; se cantó un *Te Deum*, y el 13 de Agosto, algunos hacendados los acompañaron á Lima. Un cañonazo anunció á las 8 de la noche su llegada; comisiones salieron á recibirlos; banderas, cohetes, algazara y atronadores repiques los escoltaron á la casa de Figuerola, Presidente del congreso, y de allí á la Municipalidad, y á juzgar por las arengas que les dirigieron, se hubiera dicho que regresaban después de haber lanzado al invasor del territorio. Entrada a Lima.

Al siguiente día se incorporaron al congreso. Torre Tagle les dió modestamente la bienvenida y luego llovieron los discursos de los tribunos en los que, con singular desparpajo, sa-

caron á Bruto de su tumba, desenterraron á Cesar y Marco Antonio, y concluyeron por hacerle perder la paciencia á Tito y la moderación á Marco Aurelio.

Congreso de *hecho* en Lima.

Tantas atenciones y agasajos inmerecidos, que no tenían otro objeto que hacer la guerra á Riva Agüero, hicieron sonreir á los hombres sensatos, y abrumaron á los favorecidos con el peso del ridículo.

Con este valioso refuerzo, se puede decir que el congreso de Lima fué el representante de *hecho* de la soberanía. Las circunstancias eran muy críticas para que fuera posible reunir uno que expresara la voluntad nacional. Perdido el ejército del Sur, el patriotismo aconsejaba aceptar un gobierno cualquiera, antes que dividir el Estado en facciones al frente del enemigo. Pero estaba decretado que las cosas pasarán de otra manera.

Se trasmontó el Rubicón: prendió la guerra civil, y la contienda quedó á cargo de las bayonetas.

Perez Tudela, Ostolaza, Diegues, Arrunátegui, Morales (Julian), Cuellar, Dávalos, y Torre Ugarte que hacía de Secretario, creyeron darle mayor autoridad y crédito á Riva Agüero, declarando nulo el decreto de 19 de Junio, por el que resignaba el poder y los demás expedidos hasta la fecha [17 Nov. Trujillo], aumentando así las dificultades de un avenimiento.

CAPITULO XVII

Todo estaba preparado para la venida de Bolivar: el congreso, los partidos, los ánimos, ¡qué digo! hasta los españoles orgullosos de sus últimas victorias, deseaban tomarle cuentas en batalla campal al que les había hecho morder el polvo en Carabobo, Boyacá y Bombonná. Bolivar en Lima.

Lima se aprestó á recibirle; se vistió de limpio; engalanó sus calles y plazas con cortinas, banderas y gallardetes, y las bellas de todas las castas se ataviaron con sus mejores adornos para presentarse amables al reputado galanteador. Mi abuelo, testigo ocular de la ceremonia me refería, que, cual astros errantes, había visto brillar ese día bellezas peregrinas desconocidas, que jamás volvió en su vida á ver.

En treinta leguas á la redonda era general la requisición de bestias para trasladarse á Lima. Una nube de polvo marcaba, á lo lejos, en los valles vecinos la dirección del camino. En pocos días veinte mil personas entraron á Lima: los posaderos no se daban abasto, y se duplicó el valor de los artículos de primera necesidad.

El 7 de Agosto se embarcó Bolivar en Guayaquil en el bergantín Chimborazo, y el 1.° de Setiembre llegó al puerto del Callao, en circunstancias que el Dr. Perez Tudela y el Coronel Iturregui, comisionados por Riva Agüero para traerle, se embarcaban en Huanchaco y se disponían á darse á la vela.

Recibimiento.

Torre Tagle rodeado de sus ministros y de los Generales y Jefes del ejército, fué por la carretera y lo recibió en el Callao. Un gentío inmenso lo seguía ensordeciéndolos con sus gritos. Jinetes en excelentes caballos, desfilaron por la doble hilera que formaban las tropas, y á las tres de la tarde llegaron á la portada. El estruendo de la artillería anunció el ingreso á Lima: todo el mundo se lanzó á la calle, y una aglomeración de gente como no se había visto jamás, apenas les permitía caminar: todos querían conocer ó por lo menos estar cerca del hombre más grandioso del continente. Las iglesias echaron á vuelo sus campanas, el pueblo no cesaba de lanzar vivas y aplausos, y las bellas arrojaban á porfía flores y sonrisas de los apiñados balcones. Una comisión del congreso compuesta de seis miembros, pasó á felicitarlo en el domicilio soberbio que se le había preparado, y en la tarde se le invitó á comer en palacio.

Banquete oficial

El 9 fué el banquete oficial, al que concurrió lo más selecto de la capital. Á los postres, Figuerola, Presidente del Congreso, habló en verso, y luego Torre Tagle en prosa con más gusto y propiedad.

Bolivar, lleno de animación, con aquella palabra febril que lo caracterizaba, se puso de pié y brindó: "Por el buen genio de la América, que trajo al General San Martín con su ejército Libertador, desde las márgenes del Río de la Plata hasta las playas del Perú: por el General O'Higgins, que generosamente le envió desde Chile: por el Congreso del Perú, que ha reasumido de nuevo los derechos soberanos del pueblo, y ha nombrado expontánea y sa-

biamente al General Torre Tagle Presidente del Estado; y porque á mi vista los ejércitos aliados triunfen para siempre de los opresores del Perú".

O'Higgins contestó diciendo, que ese día era el más feliz de su vida, porque veía mandados á los ejércitos de las cuatro naciones principales de la América Meridional, por el hijo predilecto de la victoria.

En conceptuoso discurso Unánue dijo entre otras muchas cosas, que deseaba "que las amables ninfas del Apurimac celebrasen á Bolivar con igual placer que las del Apure".

El General Guido brindó porque la civilización hiciera desaparecer en breve el fanatismo, la superstición y la discordia.

"Fortuna, exclamó entusiasta el inspirado Conde de San Donás, emprende tu magestuoso vuelo desde las faldas del Chimborazo hasta las cumbres de los Andes, y allí espera al inmortal Bolivar, para ceñir su frente con laureles del Perú".

Bolivar, que era un volcán en perpetua ebullición, se estremeció á este rasgo de elocuencia y fuera de sí, cogió una copa y como arrebatado por el estro, dijo: "Brindo, Señores, por el campo que reuna las banderas de Chile, del Plata y de Colombia, con los pendones de Castilla, y sea testigo de la victoria de los americanos ó de su completa ruina".

Mosquera y Torre Tagle hablaron también, pero como era la primera vez que se disfrutaba en Lima de los goces inebriantes de la elocuencia política, el gusto de haber oido hablar al Libertador y el deseo de volverlo oir, desautorizaba á los demás oradores. Pasado algún

rato, fué general el clamor y la exigencia para que volviera á tomar la palabra, y entonces poniéndose de pié pronunció aquellas célebres palabras: "Brindo, señores, porque los pueblos americanos no consientan jamás que se eleve un trono en todo su territorio: que así como Napoleón fué sumergido en la inmensidad del Oceano, y el nuevo Emperador Itúrbide derrocado del trono de México, caigan los usurpadores de los derechos del pueblo americano, sin que uno solo quede triunfante en toda la dilatada extensión del Nuevo Mundo".

Figuerola puso término al banquete, pidiendo al cielo entre otras cosas, "que colocase al genio de Colombia en el templo de la inmortalidad á la derecha de Washington".

Sesión solemne del congreso.

Días después tuvo lugar la sesión solemne del congreso, en la que Bolivar hizo gala de su singular elocuencia. Todos los asientos estaban ocupados; un gentío sofocante se oprimía en el recinto: la galería estaba atestada de señoras. Al presentarse el Libertador, vivas entusiastas y aplausos atronadores se dejaron oir por largo rato, á los que siguió un silencio sepulcral solo interrumpido por el crujido de la seda. Bolivar se puso de pié bajo el dosel presidencial y dijo: "Señor, el Congreso Constituyente del Perú ha colmado para conmigo la medida de su bondad; jamás mi gratitud alcanzará á la inmensidad de su confianza. Yo llenaré, sin embargo, este vacío con todos los sacrificios de mi vida: haré por el mucho más de lo que admite mi capacidad, porque cuento con los esfuerzos de mis generosos compañeros. El Presidente del Estado, por sus servicios, patriotismo y virtud, habría él solo salvado su

patria, si se le hubiese confiado este glorioso empeño: el poder ejecutivo será mi diestra y el instrumento de todas mis operaciones. Cuento también con los talentos y virtudes de todos los peruanos, prontos á elevar el edificio de su hermosa república: ellos han puesto en las aras de la patria todas sus ofrendas: no les queda más que su corazón; pero este corazón es para mi el paladión de su libertad. Los soldados libertadores que han venido desde el Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco, no volverán á su patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán, y dejarán libre el Perú, ó todos morirán. Señores, agregó, levantando la voz y golpeándose el pecho, yo lo prometo".

El entusiasmo que produjeron estas palabras es indescriptible. Los vivas al Perú, á Bolivar y á la libertad no tenían cuando terminar, y Figuerola tuvo que detenerse un gran rato para poder contestar al Libertador. Su respuesta fué pálida. Aun resonaban en los oídos la elocuencia del héroe. Entusiasmo del auditorio.

No tan pronto cesó de hablar, cuando se levantó Bolivar de nuevo y dijo: "Señor, yo ofrezco la victoria confiado en el valor del ejército unido, y en la buena fé del congreso, poder ejecutivo y pueblo peruano: así, el Perú quedará independiente y soberano por todos los siglos de existencia que la Providencia le depare".

De esta manera concluyó la sesión legislativa más grandiosa y solemne que se ha verificado en el continente. El auditorio se quedó mudo de asombro. Jamás habían oído á na-

die expresar conceptos tan elevados con tal perfección. No se sabía qué admirar más, si la sagacidad con que trataba á los aliados sin olvidar á ninguno; la delicadeza empleada con el congreso y el pueblo peruano divididos, ó la certidumbre sin jactancia que bajo su mando se conseguiría la victoria. Casi un siglo ha trascurrido y al leer su discurso ante el congreso, hay que dejar á un lado el libro para exclamar; así se expresan solo los genios creados por Dios para redimir á los pueblos sumidos en la servidumbre. ¡Grandiosas promesas que crearon entonces muchos incrédulos, convertidos después en fanáticos inveterados y sublimes profetas, cuando los hechos superaron á las palabras!

El congreso le consultó el decreto que le confería el poder, y él, siguiendo el sistema de rechazar lo mismo que ambicionaba, respondió que el mando le embargaba y que sólo ponía su espada á disposición del Perú.

Esta discresión produjo el efecto apetecido. Se le concedió el poder político y militar sin reserva alguna, y se dispuso, que Torre Tagle se consultara con él cuando sus atribuciones estuvieran en pugna con las facultades amplísimas otorgadas al Libertador. No dejó de llamar la atención, que el último demorase siete días en poner el cúmplase á esta ley.

Al presentarse en la noche en el palco del teatro, toda la concurrencia, como movida por un resorte, se puso de pie.

———

CAPITULO XVIII

Bolivar nació en Caracas (24 Jul. 1783) del matrimonio de D. Juan Vicente Bolivar y Ponte con Da. María de la Concepción Palacios y Sojo, descendientes de noble y rica familia española de casa solariega en Vizcaya. Hizo sus estudios bajo el maestro D. Simón Rodriguez, célebre pedagogo, que desempeñó su cometido con el cuidado y esmero que, según Homero, educó Fénix á Aquiles. Retrato de Bolivar

Rodriguez era un hombre muy instruido, de gran experiencia y de gran vivacidad, realzadas por una chispa llena de gracia, que sacudía alegremente á los que con él conversaban.

No se escapó al maestro la gran inteligencia y genio del discípulo, y así, en vez del desapego y la distancia que generalmente norman esa clase de relaciones, se desarrolló en ellos la más sincera amistad. Su tío, el Marqués de Palacios, lo envió á Madrid á completar sus estudios, y cuando, concluidos éstos, salió de España á viajar por Europa, Rodriguez le acompañó á Italia y juntos juraron luchar, sobre el Monte Sacro de Roma, por la libertad de su patria. En París estuvo en las escuelas Normal y Politécnica, y á los veinte años casó, con la hija del Marqués de Toro, la señorita María Teresa Rodriguez de Toro, con la que regresó á América, teniendo la desgracia de perderla algun tiempo después, víctima de la fiebre amarilla. Se casa

Conocía México, Cuba, los Estados Unidos, Alemania, Francia, Inglaterra, Suiza, Italia y

España; estuvo presente en la ceremonia de la coronación de Napoleón I, y de todos estos viajes parece que sacó la consecuencia, que si las instituciones libres aseguran el progreso y adelanto de los pueblos, de lo que eran un ejemplo patente los Estados Unidos, las declamaciones de los demagogos, que predican la licencia para lanzarse voraces sobre la vida y la propiedad, hay que reprimirlas con mano férrea en la cuna, si se quiere dar una base sólida al Estado. A menudo aludía en sus conversaciones á los sangrientos días del *Terror*.

Este antecedente explicará porqué Bolivar, después de haber emancipado al continente, trató de imponer un gobierno absoluto, para ir dándole á los pueblos poco á poco, á medida de su cultura, el goce de los derechos políticos.

Caracas se levanta

Sublevada Caracas el 19 de Abril de 1810, la Junta de Gobierno lo mandó á Londres de su representante, consiguiendo que el gobierno inglés declarara que no intervendría en los asuntos de América

De regreso á Venezuela con un trasporte cargado de armas, trabajó hasta conseguir que se sentase el acta de independencia [5 Jul. 1811], y abierta la campaña contra la Corona y derrotado en Cura, Urica y La Puerta, huyó á Nueva Granada y pasó á Jamaíca, de donde zarpó de los Cayos con 300 hombres para Margarita, dando principio á aquella guerra legendaria, en la que levantó á los llaneros del Orinoco y del Apure, tan valientes y tan buenos jinetes como los hunos y tártaros de las huestes de Atila.

Emancipada Venezuela, pasó á Nueva Granada y en Gameza, Vargas, Donza y Boyacá li-

bertó al país, reuniendo en Angostura un congreso de los representantes de ambos países que declaró formada la República de Colombia [17 Dic. 1819]. Rep. de Colombia

Rotas las hostilidades, después del tratado celebrado con España para regularizar la guerra, con el triunfo de Carabobo aseguró la libertad del nuevo estado, y pasando al Ecuador inició con la victoria de Bomboná, la campaña que terminó con el triunfo de Pichincha.

Bajo, delgado, de piernas cortas; pecho angosto y estrecho; cabeza enérgica de negros rizos; pálido, avellanado, de tez porosa; frente grande á surcos, y deprimida en los parietales; pómulos salientes, mejillas hundidas; nariz recta, perfilada; boca severa, de amargura indefinible; hermosos dientes; labios sensuales delatores de sus pasiones; bigote y patillas castaño claro; ojos negros, grandes, rasgados, de chispa fugaz enclavados en lóbregas cuencas; movimientos febriles, azogado, posturas esculturales; hablar rápido, incisivo y hasta indiscreto, y cierto aire de superioridad, caracterizaban á este hombre extraordinario.

Alegre y jovial en su trato, con nadie era familiar. Activo y perseverante, jamás se dejó abatir por la derrota ni asustar por el peligro, y fueron no pocas las ocasiones en que alcanzó triunfos estando todo perdido.

En Pativilca, convaleseciendo del tabardillo, flaco, macilento, hecho un espectro, se paseaba por el corredor de una casa del pueblo, que todavía se conserva, apoyado en una caña. Cuando se cansaba, se sentaba en un sillón de baqueta que recostaba en la pared. El General Mosquera vino á verle, y, después de los saludos de

estilo, la conversación versó sobre la deplorable condición en que se encontraba el Perú. El ejército de Santa Cruz había desaparecido; celos vivísimos dividían á los argentinos y chilenos; traición de Moyano, deserción de Torre Tagle y de Berindoaga; Lima en poder del enemigo; los buques del Callao perdidos; dos regimientos, uno argentino y otro peruano se habían pasado y no quedaban sino 4,000 colombianos y 3,000 peruanos escalonados de Santa á Cajamarca.

—¿Y qué piensa Ud. hacer ahora?—le preguntó Mosquera.

—Triunfar—le contestó Bolivar entusiasta, haciendo un esfuerzo y poniendose de pie.

Este arranque de soberbia en medio del abatimiento, da á conocer la perseverancia inquebrantable del genio.

Gran organizador, disciplinaba y armaba un ejército á los pocos meses de haber perdido otro; una falta, un descuido propio ó ajeno lo reparaba en el acto con un ataque vigoroso, una maniobra simulada: á todo atendía en persona; al vestuario, al armamento, al equipo, á las sillas, á las herraduras y hasta á los clavos para remacharlas. Su pasmosa activad en el orden administrativo, era poderosamente secundada por su Secrerario General D. José Domingo Espinar, que no dejaba la pluma de día ni de noche, sustituyéndole el General Perez ó el Coronel Santa Ana, cuando estaba impedido ó con licencia.

Gran jinete y trotador infatigable, no hubo en su tiempo quien le superara, y muchas veces desesperó á sus edecanes con jornadas de 30 leguas en un día, en su famoso caballo Palomo.

Severo con los Jefes, era suave con la tropa que lo idolatraba. Al Coronel Ortega [C. M.] por haber asumido un título superior lo amenazó con el fusilamiento. Á Gamarra por haber marchado con lentitud de Huacho á Trujillo, gastando raciones y muchos alojamientos, le lanzó una filípica tremenda. Á los oficiales los reprendía moderadamente; les hablaba de la grandeza de la carrerra, haciéndoles ver que en ella no se podía alcanzar renombre sino apelando siempre á la dignidad. Cuidaba mucho al hacerlo de no herir el orgullo, algo más, de despertar en ellos la emulación. Á los que se distinguían los sentaba á su mesa, de la que había desterrado el ceremonial para que dominara la conversación amena, el chiste agudo y la jovialidad.

Su limpieza inducía á sus edecanes á vestirlo con elegancia. La indiferencia por la ropa rayaba en mendicidad. En cuanto al dinero, era lo más desinteresado que es posible imaginar. Poco le importaba el presente, y la aspiración por la gloria le embargaba el porvenir. Puesto al frente de la revolución en Venezuela, su primer paso fué dar libertad á mil esclavos suyos; convirtiéndolos en ciudadanos armados, ansiosos de luchar por la libertad de su patria. Rechazó de plano los 50,000 pesos anuales que le ofreció el congreso del Perú, y en su patria, es público y notorio, que su sueldo de Presidente, lo repartía en limosnas á los niños y huérfanos, y en socorrer á las viudas desvalidas de sus compañeros de armas. No era así con los dineros del Estado. Nadie podía disponer de ellos sin su beneplácito ,y ni el mismo, sino en servicio de la cosa pública. Á Santa Cruz le

mandó que fusilara en Tarma al capitán Bueno [Nov. 23 1824], por haber vendido algunos caballos del ejército. En Trujillo hizo fusilar al Capitán cajero del batallón Caracas, por haber jugado los 700 pesos de la caja, á pesar de ser su paisano, y, según dicen, hasta su deudo. En la Gaceta se daba cuenta minuciosa de la inversión de los fondos fiscales; sabia disposición que nuestros mandatarios relegaron al olvido.

De temperamento ardiente, el amor era para él una necesidad inaplazable; más de una vez humilló á sus amigos y edecanes con equívocas comisiones. Estando en Huaraz, Heres le escribía de Lima "que le mandaba la paisanita". La Manuela Saenz, su favorita, vivió más agitada por los celos, que enamorada por la correspondencia. Su asistente, Luis Eusinoso, era tan hábil para una comisión de Marte como para llevar un recado de Cupido.

La belleza ó la gracia de las hermanas ó parientas era una buena recomendación. El deleite le estimulaba más que el respeto social. Sobre este punto, poco ó nada le importaba su reputación. Justo es decir, sin embargo, que esta debilidad jamás lo distrajo de sus vastos proyectos.

Instruido, no dejaba los libros ni en sus campañas, y discurría sobre todos los temas con tal lucidez, que fué el asombro de los que le conocieron.

Orador elocuente, escritor de primera fuerza, pensador profundo, basta leer sus proclamas antes de Junín y después de Ayacucho, para comprender que el hombre que trazó esas lí-

neas inmortales encarnaba al genio de la guerra.

Hombre de mucho mundo y sagaz, con una palabra desarmaba al enemigo más implacable, y, á las veces, se lo atraía como amigo. Estando en Huamachuco en camino para Otuzco, le denunciaron á un Sargento Mayor, chileno, de la maestranza, que había sido enviado no se sabe por quien, para asesinarle. Bolivar lo hizo llamar, le trató y habló con deferencia, y le dió un destino lejos de él para que viviera con comodidad. La gratitud hizo más de lo que hubiera hecho la prevención.

Sombras de esta figura grandiosa eran la conciencia de su superioridad, que lo hacía arbitrario; la vanidad, que lo inducía á la ligereza y á la inconsecuencia. Había que oirle y obedecer: la observación le inspiraba desdén; la desobediencia, odio; la rebeldía, agravio mortal: la resistencia cancelaba antiguos merecimientos, y así cual Saturno, se le vió seguir inpertérrito su marcha devorando á sus propios hijos. Observándole uno á San Martin que había estado poco tiempo en Guayaquil, le contestó: "Para conocer á Bolivar me he estado mucho".

Penetrante, no tenía necesidad de mirar á uno de frente para conocerle. Hombre de cálculo, de gran previsión y fino tacto político, muchas veces predijo con sus menores detalles, como ya hemos visto, el curso de los acontecimientos.

Su amor á la libertad se equilibraba en él con la ambición de la gloria. Jamás se hubiera conformado con ser el ídolo de su patria, el más esclarecido de sus conciudanos: otras es-

feras, más vastas regiones necesitaba su grandioso espíritu. Él aspiraba á ser el libertador de todo un mundo.

Tal fué el genio singular que barrió con las huestes españolas del Orinoco al Magdalena, del Magdalena al Guayas, del Guayas al Apurimac, y si avanzó triunfante á la cumbre de del Potosí, fué para ver si flameaban más allá aún los pendones de Castilla.

En América, él será el genio tutelar que asegure su independencia y señale su rumbo libre en la historia.

El 11 de Setiembre todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas reconocieron al Libertador, y en seguida pasó al congreso á recibir el homenaje de los representantes, con lo que dejó consolidada su autoridad.

CAPITULO XIX

Torre Tagle

No era Riva Agüero el único disgustado con la venida de Bolivar. Otro ambicioso le miraba también de reojo, y ambos entraron en tratos con los españoles para conservar el primer puesto que les había arrebatado. Remigio Silva fué el comisionado del primero (8 Set.), y Terón y Herrán los del segundo.

Con arreglo á este plan, Torre Tagle llamó de Cañete al regimiento de Granaderos: al de la Guardia que estaba en Chancay al mando de Navajas, le ordenó que pronunciados los castillos se vinieran á Lima, y en ésta, trabajaba porque los cuarteles se entregaran á los españoles.

En Trujillo se instaló el Senado con los diputados Cuellar, Arrunátegui, Cárdenas, Diegues, Ostolaza y Perez Tudela, desempeñando la Vice Presidencia el primero (9 Set). Se pidió que se autorizara á Riva Agüero para tratar con los españoles, asegurándose que se reportarían más ventajas que las alcanzadas en México y Buenos Aires. El Senado, ignorante de lo que pasaba y creyendo á Riva Agüero hombre de buena fé, resistió al principio, pero al fin lo autorizó para tratar si se reconocía la libertad é independencia del Perú. Tratos con los realistas

Decimos esto, porque desde el 26 de Agosto, Riva Agüero había autorizado á Santa Cruz para entablar negociaciones con La Serna, sobre las bases de armisticio por 18 meses para celebrar la paz, respeto recíproco de la situación de los beligerantes, comprometiéndose áquel á despedir á los auxiliares, y si éstos se resistían, obligarlos por la fuerza marchando de acuerdo españoles y peruanos. Estas mismas instrucciones se dieron á Silva.

La Serna contestó que estaba dispuesto á entrar en negociaciones, pero que sería candoroso, después de haber deshecho á Santa Cruz, renunciar á las ventajas obtenidas. (Arequipa 12 Oct.)

Esta disposición para entrar en trato con el enemigo, emanaba en parte de las noticias que se recibieron de la península.

Una vez que triunfó en ella el partido liberal, se creyó conveniente renovar las relaciones comerciales con las demás colonias, cuya interrupción ocasionaba mutuos y graves perjuicios. Las cuestiones sobre la independencia debían dejarse á un lado, y á los comisionados

D. Antonio Luis Pereira y D. Luis de la Robla no se le dieron poderes bastantes, sino un simple despacho del Ministerio de Ultramar, que anunciara á los gobiernos americanos, que estaban autorizados para celebrar un tratado preliminar de paz, con armisticio por 18 meses, encargándose el gobierno de Buenos Ayres de obtener el asentimiento de los otros Estados.

Con vituperable lijereza, Rivadavia celebró un tratado con ellos, que, merced á su influencia, fué ratificado por el congreso de Buenos Ayres (Jul. 23), no sin vencer antes algunas resistencias.

Luego comisionó á D. Félix Alzaga ante los gobiernos de Chile, Perú y Colombia, y al General Las Heras ante el Virrey, para que celebraran tratados iguales ó parecidos, debiendo el General Alvarado ser Jefe de la línea de ocupación divisoria. El primer paso de la culpa es inducir á otros á caer en ella.

Alzaga fué mal recibido en Chile. El ministro peruano Larrea, le hizo tenaz oposición, haciendo ver que la oportunidad era brillante para conseguir de una vez la independencia. En el Perú, el congreso dispuso, en sesión secreta, (5 Set.), que no se aceptara ninguna resolución sin acuerdo de Bolivar. De esta manera terminaron á la vez las gestiones de España para un avenimiento, y la de Rivadavia para buscar prosélitos de su desatino.

Fué en esta situación que el Dr. D. José María Galdeano y el Coronel D. Luis Urdaneta partieron de Lima, de orden de Bolivar, en mérito de la autorización que le dió el congre-

so, (Set. 4), para obligar á Riva Agüero á que se sometiera. El 11 de Setiembre llegaron á Huaraz, donde estaba el cuartel general..

Al frente de las tropas estaba el General Ramón Herrera, el que disfrutaba de la amistad y de toda la confianza de su superior. Con él trataron y le ofrecieron, amnistia completa, reconocimiento de grados y empleos militares, dejarle el mando de las tropas, garantías para Riva Agüero si se retiraba á la vida privada, ó un asilo en Colombia si prefería dejar el Perú, siempre que reconociera al congreso de Lima y la autoridad de Torre Tagle.

Herrera exigió que el congreso y la autoridad de Lima desaparecieran; que se convocara otro congreso; que los pueblos eligieran al nuevo mandatario bajo la garantía del Libertador, ofreciendo por su parte no sólo que Riva Agüero renunciaría la presidencia, sino hasta el derecho de ser elegido. También pidió que se levantara el secuestro de las propiedades, y que se pusiera en libertad á los detenidos por causas políticas. No estando autorizado para tratar de estos puntos, Galdeano y Urdaneta pasaron á Nepeña á tratar directamente con Riva Agüero; pasos todos que fracasaron, por haberse descubierto que éste solo quería contemporizar para llevar su idea á cabo.

Ya se proponía mandar un emisario á Bolivar y otro á Chile; ya, comprar buques y armamento y levantar más tropas; ya, abrir las hostilidades con la escuadra al mando de Guisse y amenazar con el ejército que le suponía á Santa Cruz; en una palabra, queria conciliarse el ánimo de los suyos, y el respeto de sus aliados y enemigos.

En política, los términos medios inspiran indiferencia que, con el trascurso del tiempo, degenera en menosprecio. Querer agradar á todas es un recurso seguro para no estar bien con ninguno. Lo primero le pasó á España; por no rendirse á la evidencia de los hechos, perdió el amor de sus colonias, un mercado valioso para sus productos y la supremacía del mundo latino.

Es poca penetración en muchos historiadores, considerar las rencillas del Perú como una simple disención política. 22,00, soldados vencedores, mandados por hábiles y valientes capitanes, defendían los derechos de la Corona: jamás habían corrido mayor peligro los derechos de los pueblos; y habría sido una falta histórica imperdonable en el genio, confundir una guerra intestina con la crisis tremenda por la que atravesaba todo el continente.

Tampoco fué con el objeto de lanzarlo del Perú, que Bolivar le hizo entender á San Martín que era menester que se eliminara de la escena; y es indudable que, á no mediar grandiosos fines históricos, ni éste se hubiera dejado arrebatar el primer puesto, ni áquel lo hubiera pretendido.

Hay que confesar, desde luego, que la emancipación del Perú fué para Bolivar una empresa secundaria subordinada á la autonomía de su patria. Si el Perú hubiese sido derrotado en Ayacucho, la América Meridional hubiese vuelto á caer bajo el dominio de España, aunque hubiese sido por algunos años más.

Batir á los realistas del Cuzco y Jauja, era, pues, una cuestión primordial, que no era prudente continuar dejándola en manos de los mi-

litares pretenciosos é incapaces que figuraban en Lima. Para realizarla, era asunto previo cortar las facciones que dividían al Perú; unificar á éste lo más pronto que fuera posible, apelando si era menester al engaño y á la intriga que, estando de por medio la libertad de un pueblo, ó mejor diré, de un continente, habría sido demasiada sinceridad prestar oídos á las rencillas y quejumbres de políticos lugareños.

El genio es el único que percibe la vaz estentórea del destino, que solo vibra en el éter y atruena los espacios infinitos. Obedeciendo á ella, sigue impertérrito su rumbo sin cuidarse de respetos socialos ó políticos, de creencias acatadas por los siglos ó de temores teologales. Bolivar en Pativilca se reía de la constitucionalidad, como Savonarola en la hoguera de la incorruptibilidad pontificia; Galileo en Roma de los inquisidores y del concilio, y Colón en Salamanca de los teólogos y del escolasticismo.

Riva Agüero, Torre Tagle, los congresos de Lima y de Trujillo, eran pues entidades de poco ó de ningún peso en el ánimo del Libertador: sombras fugaces que no distraían su mirada de águila, del campo de batalla en el que desplegaría sus bravos colombianos ante los orgullosos leones de Navarra, de León y de Castilla.

Entraba en la política de Bolivar el guardar las apariencias, y así sometió al congreso las bases de Riva Agüero, persuadido de que la ira de los diputados excedería en mucho á su menosprecio. Se le autorizó para reducirlo por la fuerza [Set. 29].

Siguiendo el mismo plan y queriendo llenarse de razón, nombró á los Coroneles Francisco Araos é Ignacio Salazar, y al Teniente Coronel Antonio Elizalde para tratar con Riva Agüero, dándoles instrucciones más terminantes que á los anteríores: Riva Agüero nombró por su parte á D. José María Novoa y á D, Manuel de la Fuente Chavez.

Abiertas las conferencias, los de Bolivar exigieron que las tropas de Trujillo marcharan á Jauja en el términо de 48 horas, so pena de ser tratadas como rebeldes; y los de Trujillo que se declarase la nulidad del congreso: pretensiones ambas inadmisibles.

Perez, secretario del Libertador le escribió á Riva Agüero, que se le castigaría en caso de no aceptar, y, desdeñando la amenaza, nombró á Gutierrez de La Fuente con poderes más amplios, para tratar con los comisionados que estaban en la hacienda de Guadalupito.

La Fuente observó que los poderes dados por Bolivar no eran bastantes, y convino con ellas, en que uno pasaría á Lima con él, para entenderse directamente con el Libertador.

En la capital, dos palabras bastaron para ganarse á La Fuente, ya disgustado de su superior, por haberle oido decir "que un capitán español valía más que un General de la patria".

Extralimitándose de sus poderes, ofreció reconocer la autoridad de Torre Tagle [Oct. 20], con tal que á Riva Agüero se le dejara el mando de sus tropas con el grado de Gran Mariscal, ó se le encargara en Europa una misión diplomática. Deberían aprobarse todos sus actos; tenerse por válidos los destinos concedidos, y darse al olvido las disenciones anteriores. Bo-

livar exigió el reconocimiento del congreso de Lima, que no fué aceptado, y se convino en que las partes nombrarían dos comisionados cada una, para el arreglo final que se verificaría en Pativílca.

Riva Agüero desaprobó el tratado por haberse reconocido á Torre Tagle, y las negociaciones continuaron entre los nombrados, reemplazando á Elejalde el Coronel Antonio Morales.

En ellas se volvió á exigir [12 Nov.] que el congreso y Torre Tagle cesaran en sus funciones; Riva Agüero renunciaría el derecho de elegir y ser elegido, y pasaría á Londres con una misión diplomática. Representantes del congreso de Lima y miembros del senado de Trujillo, nombrarían un Presidente provisorio que mandaría el ejército del Norte, sin perjuicio de ejercer Bolivar el mando supremo.

Rotura de las negociaciones

No pudiendo aceptarse el desconocimiento del congreso que había investido á Bolivar del poder supremo, se rompieron las negociaciones, marchando el ejército colombiano á Huaraz para interponerse entre los disidentes y el enemigo, al mismo tiempo que las goletas Guayaquileña, Limeña y Monteagudo establecieron el bloqueo de los puertos del Norte. También tomaron parte en esta campaña, los restos de Santa Cruz que trajo el Coronel Otero y el N.° 3 del Perú que estaba en cuadro.

Bolivar sale al frente

Como ya he dicho, Sucre se negó á dirigir la campaña, y Bolivar tuvo que salir al frente. Dejó en los castillos al batallón Vargas; en Lima al General Heres; levantó un empréstito de 80,000 pesos con su garantía; mandó á O'Leary á Chile para que coadyuvase al

ministro Salazar á negociar un préstamo de 2 millones, entregándole los 400,000 pesos billetes del empréstito de Inglaterra que le había dado Torre Tagle, para que los cambiase por armas ó dinero, y pidiera tropas para la expedición á Intermedios, asegurando que la apoyaría invadiendo la sierra con 5,000 hombres. Al efecto, autorizó al Vice Almirante [Nov. 6] para que percibiera los derechos de importación y exportación de los puertos del Sur, con el fin de sostener la escuadra. Más tarde, en Mayo 3, 1823, le escribió á O'Leary, cuando la sublevación de los castillos, que pidiera un buque para estrechar el bloqueo del Callao, y 400 ó 500 hombres de caballería que desembarcarían en Santa.

Dispersión de los rivagüerinos

El 11 de Noviembre salió Bolivar con las tropas para Pativilca, continuando éstas al callejón de Huaylas. Remigio Silva con las de Riva Agüero, emprendió la retirada perseguido por el Coronel López, y á poco, se le desbandaron cerca de Caraz. Los Jefes y oficiales se repartieron la caja militar, y algunos de ellos se presentaron á López aprovechando de las garantías que les había ofrecido. Dos escuadrones llegaron á Cajamarca y algunos grupos pernoctaron en Cajabamba: Silva, Novoa y Mancebo no pudieron ser habidos. Con la llegada de Bolivar á Cajamarca (Dic. 15), muchos de los dispersos se enrolaron en las filas.

Antes de esto, en 26 de Noviembre, se mandó que la Guayaquileña, la Monteagudo y la Limeña salieran en busca de un corsario de 20 cañones qus había aparecido.

Riva Agüero entretanto, se disponía á la fuga, y como la inconsistencia era una de sus de-

bilidades, mandó á Chile de Ministro á Iturregui, como hemos visto, para desautorizar la plenipotencia de Salazar y Baquíjano enviado por Torre Tagle, y hacerle presente al gobierno, el peligro que corría si dejaba que Bolivar dominara en el Perú. También se le encargó llamar á San Martín para oponerlo á éste; pero el héroe argentino se limitó á aconsejarle que aumentase y organizara el ejército. Por lo demás, la doble legación sirvió de pretexto á Chile papara encubrir su mala voluntad al Libertador, alegando noquerer intervenir en contiendas civiles. Iturregui fué recibido en 8 de Noviembre. Misión de Iturregui

Riva Agüero conocía que sus tropas no podían resistir al empuje de los colombianos. La indisciplina, la falta de recursos las tenían desmoralizadas. Refugiarse en la sierra, como aconsejaba Anaya, era prolongar la vergüenza y los sufrimientos sin esperanzas de alivio, y así detuvo un buque inglés en Huanchaco (Nov. 12) y se proveyó de fondos bastantes, para dejar el país en unión de su primer Ministro el General Ramón Herrera.

Este propósito no impidió que Bolivar y Riva Agüero se escribieran invitándose á una entrevista, la que habría tenido lugar sin los acontecimientos que paso á referir.

El guerrillero Ninavilca y su segundo Francisco Herrrera, estaban presos en el castillo hacía tres meses, cuando en la noche del 9 de Noviembre lograron escaparse y se fueron por la quebrada de Macas á Huaroquín, 6 leguas de Canta. Allí órganizaron una montonera á nombre de Riva Agüero, y como á los pocos días supieron que el Comandante General de guerrillas, Coronel Villar, se aproximaba, le asal- R. Agüero trata con los realistas

taron en Canta y le tomaron prisionero. No se sabe como pudo escapar, y en la fuga, tropezó con un hombre sospechoso á quien aprehendió y lo obligó á entregar las comunicaciones que llevaba cosidas en el pellón: eran dos cartas de Ninavilca y Herrera á Riva Agüero (Huaroquín Nov. 27), y las proclamas á los pueblos, en que decía que los colombianos habían venido para invadir nuestros hogares, y que Bolivar era un tirano usurpador. Villar las remitió en el acto á Huaraz.

Estos descubrimientos y el más importante que vamos á referir, produjeron el desenlace de la guerra civil.

Disgustado La Fuente de la desaprobación de sus actos, pasó á Santa á ponerse al frente de su Regimiento, compuesto de tres escuadrones mandados por Fernández, Castilla y Barriga, que era un excelente instructor de caballería. Aqui tuvo un disgusto con el Gobernador, favorito de Herrera, con motivo del alojamiento de un oficial, por lo que le hizo presente al Ministro que, ó lo mandaba á otro lugar, ó nombraba á quien lo reemplazara en el Regimiento. Herera se negó ello, y entonces La Fuente pidió permiso para mandar un propio á Trujillo. Momentos después, el Ministro le dijo que con el expreso remitía unos pliegos á Riva Agüero, y cuando los recibió La Fuente, el capitán Cárdenas le insinuó, que muy bien podía ser que en ellos se desfigurara la cuestión y se hablara mal de él.

Abiertas las comunicaciones se descubrió, que Riva Agüero trataba con Loriga por intermedio de Silva, para admitir un Príncipe español que gobernase el Perú bajo la consti-

tución española, y que entretanto, se encargase del mando una regencia presidida por La Serna (Nov. 3). Consternado La Fuente, encargó el mayor secreto al capitán y al cirujano de ejército Reinoso, que estaba presente, y en el acto se dirigió donde Herrera para decirle que había cambiado de idea, y que era mejor que pasara en persona á Trujillo con el Regimiento, para exponer á Riva Agüero el motivo de la desavenencia. El Ministro aprobó el cambio y La Fuente se puso en marcha (23 Nov.)

Al salir, dejó en Santa al Sargento Mayor Castilla (Ramón), sabedor de lo que ocurría, con orden de apresar á Herrera al primer aviso.

Prisión de R. Agüero

En Trujillo, La Fuente se atrajo á los Comandantes Barriga y Estrada, enseñándoles los pliegos cogidos, y el 25 de Noviembre de 7 á 8 de la mañana, Fernandez prendió á Riva Agüero en la casa de Aranda, en la plazoleta del mismo nombre, á tiempo que La Fuente se apoderaba de Novoa, de Tudela, Anaya, Dávalos, Torre Ugarte y el padre Casaverde, y mandaba un propio á Castilla para que tomara á Herrera.

Al siguiente día, reunido el Cabildo é impuesto de los hechos, nombró de Prefecto del Departamento á La Fuente, sin privarle del mando del Regimiento.

Fuga Novoa

El batallón Fernandez de 700 plazas, en Santiago de Cao, no había tomado parte en el movimiento, pero habiendo persuadido La Fuente á Fernandez que lo mandaba, á unirse á los colombianos, á la noticia del pronunciamiento, Ramón Novoa se movió sobre él con

3000 hombres. Fernandez municionó su gente y le salió al encuentro. En el camino, la tropa de Novoa se impuso del cambio de Fernandez y se negó á marchar contra él, por lo que Novoa, con seis ó siete oficiales, siguió para el Marañón, en tanto que sus soldados, en el mayor desorden, tomaron la ruta de Otuzco.

Hay que convenir, en que si Riva Agüero no sospechó lo que le iba á pasar, era un hombre que sabía tomar sus medidas. En Malabrigo tenía lista la goleta Terrible para escapar, y parte de su equipaje lo había mandado á Cajamarca, para seguir por el Marañón, si no podía embarcarse.

R. Agüero en Guayaquil

Él y su ministro Herrera fueron remitidos á Huanchaco, y embarcados como prisioneros en el bergantín americano Chatesworth, que salía para Chile. Los otros presos, Torre Ugarte y el padre Casaverde los puso en libertad, y á Dávalos, lo mantuvo en el servicio como si nada hubiera ocurrido. Los presos movieron á la tripulación que se negó á maniobrar, y se les trasladó á la goleta americana Delfín que se daba á la vela para S. Blas. La presencia de algunas naves colombianas alarmaron al caudillo y al ministro, quienes temiendo ser extraidos y fusilados, se pusieron bajo la protección del gobierno americano. La goleta se hizo á la mar el 3 de Diciembre, recaló á Guayaquil, dejó á los presos en un pontón y continuó su viaje á California. Los presos fueron desembarcados y encerrados con grillos en un cuarto del Convento de Santo Domingo. Riva Agüero le escribió á Bolivar (Dic. 9) adjuntándole una orden para que se sometieran las guerrillas, poniéndose él y He-

rrera en sus manos. Un escuadrón de granaderos destacados sobre Huaroquín fué más eficaz que la orden: Ninavilca, Vidal, Herrera, Echarri y demás, desaparecieron como por encanto.

La carta y la diligencia libraron al país de un nuevo crimen. No tan pronto se supo en Lima la noticia de la prisión, Torre Tagle, apoyado en la autorización del congreso para proceder contra el tirano y sus cómplices (4 de Set.), ordenó, que en el término de seis horas, Riva Agüero, Herrera, Novoa y Anaya fuesen fusilados en secreto y sin formalidad alguna, (Dic. 1.°) T. Tagle manda fusilarlo

Nuevas cartas de Silva á Loriga (Nov. 14), y otras á Riva Agüero de la misma fecha, así como las comunicaciones sorprendidas por Araos y Elizalde (Nov. 16) y remitidas á Bolivar, revelaron al congreso el inmenso servicio prestado por La Fuente; por lo que se le ascendió á General de Brigada (Dic. 10), y se le dieron las gracias. Los senadores de Trujillo aun pidieron que se le levantara una estátua, se le diera una medalla y una pensión vitalicia, pero la triple moción pasó al archivo. Nuevas cartas

También el Coronel Marcelino Carreño del Regimiento Húzares de Riva Agüero, entregó á Bolivar cuatro cartas de Remigio Silva, y otra del General Herrera á Garcia Camba que probaban los tratos con los españoles.

Muchos años más tarde, encontramos en las Memorias del famoso General Valdez que, en una carta á Canterac de Nov. 18 de 1823, le dice: "Á Riva Agüero, si no hubiese aún transigido con Bolivar, deben ofrecerse cuantas ventajas se pueda; al efecto conviene mucho

convencerle de que todas las fuerzas enemigas cargarán sobre él, haciéndole concebir la mala fé de Bolivar en el cumplimiento de los tratados".

Los rivagüerinos fueron reconociendo poco á poco al congreso y á Torre Tagle. Portocarrero, astuto y previsor, se adelantó á los demás (Arequipa, Oct. 11), y luego siguió Santa Cruz, el que publicó un bando sometiéndose, y en seguida comisionó á Gamarra á Lima (Oct. 31) para felicitar á Bolivar.

De Corongo, mandó éste á Cajamarca á su ayudante López, á ofrecer indulto y garantías á las tropas de Silva, y consiguió que se le sometieran.

Entretanto pasó revista en Cajabamba á los Lanceros de la Victoria, y en Cajamarca al regimiento de Tiradores con los que marchó á Trujillo.

Santa Cruz se vino con Guisse en la Protector, tocó en Santa y Huanchaco (Dic. 11) y se negó á tratar con Orbegozo, mandado por La Fuente. Siguió á Piura, pidió licencia para reparar su salud, y se retiró á la vida privada anonadado por la vergüenza.

Guisse, más decidido por Riva Agüero, puso en libertad al Dr. Tudela, á Novoa y á Anaya, que estaban presos en la Terrible en Huanchaco, y no pudiendo tomar tierra mandó al bergantín Congreso á Santa en busca de víveres. De tierra le impidieron desembarcar, y entonces amenazó á La Fuente con bloquear toda la costa.

Estos buques y tres trasportes más, dejaron en Santa los restos de la división Santa Cruz

que, por orden de La Fuente, pasaron á Huanchaco.

Con la llegada de Bolivar desaparecieron las desavenencias, entrando Guisse en la senda del deber. Sus méritos realzados por su modestia, contribuyeron á atenuar el rigor contra Riva Agüero y sus partidarios, á lo que coadyuvaron tambien el mismo La Fuente y los Jefes del movimiento de Trujillo.

Guisse habla por Riva Agüero.

Debido á esto, Riva Agüero salió de la cárcel de Guayaquil y emprendió viaje á Europa, nombrando apoderado para el juicio de residencia que se le debía seguir. Novoa, Silva y Mancebo que se habian escapado robándose 100,000 pesos, fueron cogidos y puestos en Libertad por La Fuente, después de haberles hecho devolver 2,000 y pico de pesos, que entregaron á D. Pedro Diegues en Huamachuco, el cual los puso en manos del General Lara.

Esta lenidad, y una exposición que publicaron los Jefes de Trujillo, en la que pedían que á los rivagüerinos se les mantuviera en sus empleos y se les reconocieran sus grados, disgustó á Bolivar, el que con motivo de una riña que se suscitó entre los Húzares de Colombia (150) y los Coraceros peruanos (700), en la que La Fuente, como es natural, apoyó á éstos, fueron las causas por las que pidió y obtuvo que se le removiera de la Prefectura, nombrándose en su lugar al Coronel José Gabriel Perez (En. 29).

La Fuente cae.

Concluida la guerra civil, el congreso cortó todos los juicios y dió las gracias á Bolivar [En. 3].

No faltó quién hiciera contra revolución en Trujillo algunos días después. La Fuente la so-

focó en su orígen, tomó ocho prisioneros y los remitió al Callao.

Regreso de R. Agüero.

Riva Agüero no volvió al Perú sino en Diciembre 31 de 1829, entregándose á la vida privada y á los negocios. De él se puede decir que fue un ambicioso sin miras; un hombre de Estado de cortos alcances; un político sin preparación. Para él la grandeza no estaba en el ánimo, en las grandes virtudes, en las ideas nobles y elevadas, *sino en el primer puesto.*

Juicio sobre el.

Un amigo que le hubiese sugerido, que la elevación es la piedra de toque de las cualidades, y el pedestal en que resaltan más nuestros defectos, le habría salvado.

Su cerebro era impotente para trazar un plan ó resolver una complicación política. No había antagonismo en su concepto, en tratar á la vez con Bolivar y La Serna: nada sufría su criterio al optar por el sistema monárquico ó por el republicano; no padecía su dignidad al someterse á la dominación española, después de haber sido el Jefe de un estado independiente.

Él pasará á la posteridad como ejemplo provechoso, que las aspiraciones políticas no debe crearlas la ambición de mando, el lustre de la familia, la cuantiosa fortuna, sino la energía de carácter, el talento administrativo, el cálculo previsor, la prudencia en los negocios, y la sagacidad para tratar á los demás hombres.

Bolivar, sus aduladores, y alguno de los que después escribieron su historia ó su biografía le trataron de traidor: tanto equivaldría considerar como asesino al que levantara el puñal para matar á su víctima. Que él se había

lanzado en una senda extraviada, no cabe duda; que en ella, impulsado por el despecho, habría podido descender al crimen, es muy posible; pero más probable es, que en el conflicto moral entre la pasión de la venganza y la vergüenza de aliarse al enemigo, habría triunfado al fin, en una alma noble como la de él, la abnegación y el patriotismo. La posibilidad no acredita la acusación. El hecho, la realidad, es lo que constituye el delito social.

CAPITULO XX

La labor más importante del congreso fué expedir la Constitución ampliando las bases fijadas el año anterior, consignando algunos principios saludables, y omitiendo, desgraciadamente, otros, universalmente reconocidos y aceptados. Constitución.

El territorio se dividió en departamentos, provincias y distritos, al mando respectivo de prefectos, intendentes y gobernadores, que durarían cuatro años.

Con liberalismo laudable, no se establecieron diferencias entre el nacimiento y la naturalización. La amplitud para ejercer los derechos políticos, revelaba que los legisladores de entonces esperaban mucho de la inmigración.

Peruanos eran los nacidos libres en el país; los hijos de peruanos en el extranjero, domiciliados en el Perú; y los naturalizados ó avecindados por cinco años.

Ciudadano era el peruano casado, ó mayor de 25 años, que supiera leer y escribir; si bien

esto no se exigiría sino después del año 40. Debía, además, ser propietario, ó tener un oficio, profesión ó industria.

El congreso podía conceder al extranjero la ciudadanía; el casado podía nacionalizarse con diez años de residencia y el soltero con 15. La ciudadanía habilitaba para los empleos públicos. Se suspendía, por ineptitud física ó moral, servidumbre, quiebra, morosidad en pagar al fisco, falta de oficio, juicio criminal, juego, embriaguez, ociosidad, faltar al conyuge ó comerciar con el derecho de sufragio. En las virtudes privadas y en las buenas costumbres descansaba el organismo político. Se perdía, por nacionalizarse en otro país, pena afictiva ó infamante y también por la vagancia.

La nación respetaba el derecho de propiedad y demás derechos individuales. Se adoptó el sistema republicano, popular, representativo, estableciéndose la igualdad ante la ley y aboliendo los títulos de nobleza.

El gobierno se componía de tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial.

El sufragio era ineludible é indelegable. Para ser elector era menester ser ciudadano en ejercicio, vecino de la parroquia, renta anual de 300 pesos, ó poseer un arte, oficio ó industria.

Los colegios electorales eran de parroquia y de provincia, por lo que se ve que la división eclesiástica era un elemento indispensable para las elecciones. Los primeros se reunían el primer domingo de Mayo, y los segundos, el primer domingo de Junio, á fin de que el congreso se instalara en Setiembre.

Habría un diputado por cada 12,000 habitantes, y un suplente por cada tres diputados.

Para serlo, era menester ser ciudadano, natural de la provincia, ó vecino de diez años, renta anual de 800 pesos, ó ejercer un arte, oficio, industria, ó ser profesor de ciencias. Cada provincia pagaba á sus diputados.

El colegio de provincia elegiría en tres días sucesivos á los diputados, senadores y diputados departamentales.

El congreso se reuniría todos los años el 20 de Setiembre, declarado día festivo, en honor del primero que se había instalado. Duraría tres meses, y un mes más, si así lo determinaban los dos tercios de representantes, los cuales se renovarían por mitad cada dos años. Ellos no podían pretender para sí ó para otro, puesto alguno durante la diputación; sabia medida que la prosopopeya, el interés y la política relegaron al olvido.

El congreso elegiría al Presidente y Vice-presidente de la República, de los propuestos por el Senado: conocería de las acusaciones contra los diputados; y designaría por escrutinio á á los senadores departamentales de los elegidos por las provincias.

Discutidos los proyectos pasaban al ejecutivo para que los observara, y dentro de tres días los remitía al Senado. En el mismo término, el Senado los devolvía al congreso con sus apreciaciones, y éste les daba ó no fuerza de ley. En caso de demora, el congreso, sin esperar la devolución, procedía á votarlos por pluralidad absoluta de los presentes, con tal que hubieran, por lo menos, los dos tercios de los diputados. Las leyes debían derogarse y modificarse del mismo modo que se formaban.

Los decretos del ejecutivo debían ser autori-

zados por el Ministro del ramo. Habría un Vice-Presidente para el caso que vacase la Presidencia, y por falta de él, se encargaría de ella el Presidente del Senado.

La Presidencia y la diputación exigían las mismas calidades. El Presidente era responsable por los actos de su administración. No podía salir del territorio, ni mandar la fuerza pública sin permiso del congreso. Tampoco podía conocer de los asuntos judiciales, ni ordenar la prisión de ningún ciudadano, sin ponerlo dentro de 24 horas á disposición del juez competente, ni diferir ó suspender las sesiones del congreso. El cargo duraría cuatro años.

La administración quedó dividida en tres ministerios, gobierno y relaciones exteriores, guerra y marina, y hacienda; siendo responsables los ministros *in solidum* por las resoluciones tomadas en común, y en persona, por sus actos particulares.

El Senado de que ya hemos hablado, llevaría el título de conservador; se compondría de 21 senadores, tres por departamento, duraría 12 años y se renovaría cada cuatro por terceras partes.

Además de las atribuciones indicadas arriba y en el Capítulo I, tenía la de servir de cuerpo consultivo al gobierno: la de resolver cuando hubiera lugar á formación de causa contra el Presidente, sus Ministros ó los Magistrados del Tribunal Supremo: la de levantar empréstitos dentro de la república, y la de examinar las bulas, decretos y breves pontificios.

Aparte de los requisitos generales, los senadores debían tener una propiedad de más de 10,000 pesos, ó una renta anual de más de

2,000, ó dictar un curso en un colegio ó en una Universidad. Al clero se le otorgaron seis curules en el Senado.

Los juicios se ventilarían en tres instancias. Se crearon cuatro Cortes Superiores y un Tribunal Supremo con un Presidente, ocho Vocales y dos Fiscales, con la facultad singular de juzgar á sus miembros en las causas criminales. Para éstas, se creó el jurado; disposición que se quedó en el papel. Á toda demanda precedería la conciliación. Los jueces serían inamovibles.

En cada departamento habría una Junta presidida por el Prefecto, compuesta de los Vocales de las provincias, que le serviría de cuerpo consultivo. Ellas dependerían del Senado, y tendrían á sus órdenes á los Municipios.

En el Ministerio de hacienda se creó una Comisión permanente de arbitrios [Dic. 22], en vista de la penuria del erario, que no llenó el objeto para que fué creada. Se dividieron las operaciones fiscales entre una Contaduría General y una Tesorería. Se suprimieron los estancos y las aduanas interiores, y se fundó un banco de rescate y habilitación de minas.

La nación reconoció la deuda pública, y se dispuso que las contribuciones fueran proporcionadas á la renta del contribuyente.

La fuerza armada la componía el ejército, la milicia pública y la guardia de policía.

Para sofocar una revuelta, el gobierno debía ponerse de acuerdo con el Congreso, ó con el Senado en su receso. Disposición absurda cuyas fatales consecuencias no se preveyeron. Solo patrocinando la revuelta en la primera constitución de una democracia, se podrían explicar esas

convulsiones que, durantes tres cuartos de siglo, han impedido su desarrollo.

El servicio militar era obligatorio para todos los ciudadanos. El orden de cada provincia lo guardaría la milicia, organizada en ella.

En cuanto á la instrucción, se reconoció que el difundirla y propagarla era una obligación del Estado, y con este doble objeto se estableció la Dirección de estudios.

Para dar más solidez á las disposiciones constitucionales, se concedió acción popular contra ios infractores, y se dispuso que el congreso, inmediatamente después de instalado, procediera á examinar si los ciudadanos en general las habían obedecido.

Las garantías personales otorgadas en las bases fueron ratificadas.

Tal es la constitución primera del Perú, que sirvió de base á todas las demás. En ella se sentó el principio que la nación adoptaba la religión católica, con exclusión de todas las demás. Se afirmó el *habeas corpus*, se estableció la inmunidad de los representantes en lo criminal, si bien se incurrió en el error de hacerlos juzgar por la cámara, sin reflexionar que el espíritu de cuerpo doblegaría la vara de la justicia.

Fué también un adelanto, el derecho de presentar escritos y memoriales al gobierno y al legislativo; y un grave retroceso, el no haber aceptado ese principio sacrosanto del hogar, la mejor salvaguardia de la paz doméstica, *la inviolabilidad del domicilio*, consignada en las bases anteriores.

Los diputados eran las únicos que podían presentar proyectos de ley: restricción no tan

grave como la amplitud de dar parte al ejecutivo en la discusión de las leyes.

La Constitución fué expedida el 12 de Noviembre; se la publicó solemnemente el 20 y se juró el 21 por las autoridades. Como algunas disposiciones eran incompatibles con las facultades del Libertador, se suspendieron sus efectos en tanto que así lo exigiera la salvación de la patria.

No pudiendo tener lugar las elecciones por la guerra, el congreso nombró de Presidente de la República á Torre Tagle (Nov. 18), y de Vicepresidente á D. Diego Aliaga, ofreciendo nombrar á los senadores cuando clausurase sus sesiones.

Con el carácter de interino, nombró un Senado compuesto de tres eclesiásticos y cinco seglares.

Honra al congreso la expedición de la ley de imprenta (12 Nov.) que aún está vigente, y le desacredita el haber sometido á los diputados que abusaran de la prensa, á una comisión nombrada por el congreso. Ley de imprenta

Abolida la confiscación y extinguido el secuestro, decretó el gobierno que á los hijos legítimos de los españoles y á sus esposas, se le devolvieran sus bienes, y que en caso de haber desaparecido éstos, se les reconociera el valor de sus hijuelas, dotes ó gananciales. Sabia medida, tan honrosa para el fisco, como provechosa á los agraciados (Nov. 10).

Ocupado el territorio en parte, la constitución se expidió con el carácter de provisional en tanto que un congreso general la ratificara.

———

CAPITULO XXI

Bolivar cae enfermo

Restablecida la concordia entre los patriotas, las tropas se acantonaron en Pativilca donde se fijó el cuartel general. La inferioridad de ellas, respecto de las españolas no dejaba de inspirar recelos á Bolivar, el que, con aquel espíritu previsor que era su cualidad capital, conocía que necesitaba seis meses por lo menos, para darle á su ejército la solidez y disciplina que le asegurara el éxito en la contienda. El 1.° de Enero llegó á ponerse al frente de ellas, y como sin tomar descanso se encaminara á pasear las ruinas de la Fortaleza de Paramonga, la agitación y los fuertes calores del verano, le dieron una fiebre violenta que lo tuvo sin conocimiento seis días. Unanue y el célebre Valdez (*Doctor Panchito*), fueron mandados por Torre Tagle para que lo asistieran; pero en Chancay recibieron la noticia de su mejoría y se regresaron.

Ardid para ganar tiempo

Es indudable que los realistas, y sobre todo, Canterac, perdieron entonces una oportunidad brillante para atacar á los independientes. En 24 de Mayo, La Serna le decía, que no debía avanzar á Trujillo; y de la misma opinión era Valdez. Nada habría podido resistir el empuje si hubieran expedicionado al norte, y por esto es que para ganar tiempo, Bolivar se aprovechó de la misión pacificadora del enviado de las Provincias Unidas, é hizo que su secretario Espinar le escribiera á Heres, sobre la conveniencia de que Torre Tagle le propusiera á La Serna un armisticio por seis meses. Debía

darse á entender, que la propuesta no partía del Libertador; que él era opuesto á ella, y que se tuviera cuidado que los españoles ratificasen primero la convención de Buenos Aires, pues, de hacerlo nosotros, daríamos lugar á que crecieran sus pretensiones.

Cuando Torre Tagle se impuso de esta comunicación los ojos le relampaguearon de malicia. Hacía un mes que había previsto la necesidad de aproximarse á los españoles. El ejército patriota ascendía á poco más de 6,000 hombres desnudos, mal comidos, sin paga, sin caballería, artillería, caja militar ni útiles de campaña de ninguna especie. En ese estado era de todo punto imposible que resistiera al ataque del aguerrido ejército español. Las esperanzas de mejorarlo eran muy remotas, en el estado de división en que estaba la república, por lo que había entablado negociaciones con Canterac para lanzar á Bolivar del Perú, remitiendo sus despachos á Ica con el comerciante D. José Terón, ignorante de lo que conducía. Manejos de T. Tagle

El único á quien Torre Tagle descubrió su plan fué al Vice-presidente Aliaga.

Ya sea que se trasluciera algo de esta disposición funesta, ó lo que es más probable, que el estado calamitoso del ejército infundiera un desaliento general, lo cierto es, que personas de valimiento, empleados, partidas de soldados y aun cuerpos enteros, empesaron á pasarse.

En esa condición, un armisticio que le permitiera ponerse al habla con el enemigo sin inspirar sospechas, favorecía mucho sus propósitos.

Presentó la moción al congreso, el cual la discutió en sesiones secretas, y al fin la aprobó, con la calidad que la aprobara también el Libertador. (En. 14)

Berindoaga parte.

Faltaba encontrar al comisionado. Nadie quería prestarse. Guido alegó que no era peruano, y después de varios rechazos, se nombró á Berindoaga, dándole por secretario á Villa y por ayudante á un español Herrán. Berindoaga debía solicitar que La Serna se adhiriera á la convención de Buenos Aires, ó que sobre la base del reconocimiento de la independencia se pactara un armisticio. Esta condición previa debía servir para ocultar el verdadero plan de Torre Tagle.

Berindoaga salió de Lima el 18 de Enero, llegó al pueblo de Lloellapampa, y de allí pasó una nota (En. 26) á Monet, solicitando hablar con Canterac. Se le dejó pasar á Jauja donde estaba Loriga, el que remitió las comunicaciones á La Serna y le exigió á Berindoaga, que esperase la respuesta fuera del territorio ocupado por los españoles.

Antes de retirarse, mandó á Herrán donde Canterac á solicitar una entrevista, y fué entonces que entregó á éste los pliegos de Torre Tagle sin que sospechara el ministro.

La entrevista fué rechazada bajo el pretesto de no tener instrucciones: me expreso así porque Canterac era otro La Serna. Días depués (12 Feb), éste le rogaba que aceptara el Virreinato para acallar las protestas repetidas de Olañeta.

Berindoaga se limitó á conversar con Loriga, el que le manifestó, que no era posible tratar sobre las bases de la convención de Bue-

nos Aires. De un lado los diputados españoles se habían extralimitado, y de otro, el Virrey tenía instrucciones especiales.

Dos mil doscientos hombres bien organizados y vencedores en todos los encuentros, no podían suspender sus operaciones por entrar en arreglos que podían aceptarse ó nó: siendo de sentirse que Riva Agüero se hubiese demorado en mandar sus fuerzas á Huánuco, pues unidas á los realistas habrían acabado pronto con los colombianos.

Berindoaga convino en la excelencia del plan, y manifestó, que una vez que los españoles fueran dueños absolutos del Perú, bien podía celebrarse un tratado en el que, salvándose los tropiezos del de Buenos Aires se conciliara la independencia del país con las exigencias de los Generales españoles. A esto replicó Loriga, que un armisticio para negociar la independencia, quizás sería posible en España; y Berindoaga observó que eso sería obra de las circunstancias; y con esto se separaron.

De regreso á Lima (Feb. 2), comunicó al Presidente (Feb. 3) el resultado de su misión, y éste, con aire alarmado le participó, mostrándole una carta de Canterac, que el Vice-presidente Aliaga estaba en tratos con los españoles, y que el General se manifestaba agradecido del buen trato que recibían sus compañeros bajo el gobierno de Lima, é insinuaba, que la España *sabía recompensar con prodigalidad á los que la servían.* Regreso de Berindoaga

Berindoaga se quedó estupefacto ante tan grave noticia. Para sondear á Torre Tagle trató de serenarse; pero ya era tarde; había dejado traslucir lo que sospechaba, y el Presi- T. Tagle se descubre

dente no tuvo otra salida que tachar de incalificable la conducta de Aliaga, hacer gala de su patriotismo y protestar que cumpliría su deber. En este estado de desconfianza se separaron. Berindoaga le escribió á Bolivar dandole cuenta de sus actos, y entre otras cosas le decía; *que había hecho cuanto cabe para lograr un tiempo que V. E. ha conceptuado necesario para poder emprender operaciones.*

Movimiento de tropas

Para destruir las guerrillas de Riva Agüero, Bolivar dispuso que el Batallón Vargas de Febres Cordero, que estaba en los castillos, pasara á Cajamarca (19 Dic.), reemplazándolo el Regimiento Río de la Plata, Coronel Estomba.

El Regimiento pasó al Callao, y al pretender ingresar, se le negó el pase y se le obligó á acampar al raso por seis días, hasta que llegó la orden de Bolivar.

La disciplina de esta tropa dejaba mucho que desear. De Lima al Callao se desertaron muchos, por lo que se condenó á muerte á los que no se presentasen dentro de tercero día. Con esta medida se consiguió que regresaran ochenta, de manera que entraron de guarnición únicamente 194 hombres. Si la negativa del pase irritó á los del Río de la Plata, la deserción aumentó el desprecio de los colombianos.

Desaliento general

El antagonismo entre unos y otros; la penuria general y el orgullo de los colombianos; las gestiones subversivas de Santa Cruz y Riva Agüero para destituir á la Junta; los descalabros de la Macacona y de las expediciones á Intermedios, la guerra civil, en fin, habían difundido tal desaliento en el pueblo, que no se tenía respeto alguno por los directores de la

guerra. Los militares, aun los más subalternos, creían abrirse paso con la punta de su espada. El Capitán Ortiz del regimiento Granaderos de los Andes, insolentado por el licor, formó un día su compañía y se dirigió al cuartel de San Francisco donde estaba otro cuerpo argentino, para unirse á él y recabar del gobierno por la fuerza el pago de sus devengados. Felizmente el capitán Saavedra que estaba de guarnición, le disuadió de su loco intento, y le obligó á regresar. En el camino encontraron al Coronel Estomba que mandaba el Regimiento, é impuesto de lo que pasaba, amonestó á Ortiz para que volviera al orden; pero no se atrevió á castigar al delincuente. Pronto se hicieron sentir los efectos de la impunidad. Una revolución era inminente, y la gravedad del caso se puede apreciar, al saber que el General Martínez confesó que el Coronel Mudarra le había pronosticado días antes, el suceso que paso á referir.

Insolencia de los militares

Además de los 194 hombres del Río de la Plata, se completó la guarnición del castillo con los batallones 11 de los Andes y 4 de Chile y dos brigadas de artillería, una de Chile y otra volante del Perú, fuerzas todas que mandaba el General Martinez,

Revolución de los castillos

El desconcierto y la desunión reinaba entre ellas; los chilenos odiaban á los argentinos; y unos y otros menospreciaban á los peruanos. La ración era escasa; hacía dos ó tres días que no la recibían; sueldo ninguno; excesiva la severidad del servicio, y desacertada la medida de reemplazar las bajas con negros libertos, que eran rechazados del ejército nacional. En esta situación, se le pagaron á los oficiales sus

haberes, y á los soldados se les reconocieron cinco meses. La exasperación llegó al colmo.

Moyano

El 5 de Febrero montaba la guardia de prevención el sargeuto 1.° Moyano [Dámaso], y el sargento Oliva la principal, que guarda la puerta del castillo de la Independencia. Pasada la lista de ocho, pusieron sus compañías sobre las armas, prendieron á los oficiales, al General Alvarado, al Dr. Fernando Lopez Aldana, y dejando á Oliva en el castillo, Moyano recorrió el pueblo, apresando á los Jefes y Oficiales que remitió á la prevención. Todo esto se hizo sin el menor ruido, de manera que en Lima, y aun en el mismo Callao, no se vino á saber el hecho sino al día siguiente.

Moyano era un mestizo argentino que vino con el General San Martín, y fué hecho prisionero en una de las batallas libradas en Intermedios por el General Alvarado. Enrolado en el ejército de Canterac, desertó á las filas patriotas cuando este General sitió los castillos, y se le dió de alta en el Regimiento Río de la Plata, cuarta compañía, que mandaba el Capitán D. Estanislao Correa. Buena medida fué, pues, valerse de la influencia de éste para reducirlo. El capitán fué recibido con el respeto acostumbrado; se le informó que la falta de paga y el odio que se tenía al General Martinez habían sido las causas del levantamiento.

De regreso á Bellavista, puso en conocimiento de Necochea, Martinez, Las Heras y el Coronel Correa (Cirilo) su hermano, que con un poco de dinero se podía arreglar la cuestión, por no tratarse sino de una protesta armada para exigir sus sueldos. Los Generales resolvieron ir en persona á tratar con los amotina-

dos. Se les recibió con los honores de su rango; pero al iniciarse la conferencia se formó un barullo enorme por querer todos hablar á la vez, de manera que trascurrió un gran rato antes que se restableciera el orden. Al fin se convino, en que se les mandaría á los amotinados 100,000 pesos: los cabecillas se embarcarían para Chile, entregando previamente los castillos con las tropas. Entre los acalorados, como es de suponer, ninguno lo estuvo más que Martinez. Una vez que salió de la fortaleza opinó, que no se les debía dejar salir del país, sino valerse del arreglo para prenderlos y fusilarlos. Necochea y Correa protestaron de semejante infamia, lo que no impidió que Martinez le escribiera al capitán del buque que los debía conducir, encargándole que á los dos días de darse á la vela, volviera al Callao y los entregara.

Desorden de la administración

Poco se preocupaban Torre Tagle, el congreso y los limeños de lo crítico de la situación. En Lima todo era confusión y atropellamiento: copia de pretendientes; la casa de gobierno un hormiguero; mal servicio con plétora de empleados; el Presidente compraba fusiles á 16 pesos que valían 10; sables á 11 que importaban 6; firmaba en barbecho lo que le presentaban, y pasaba el día hablando de mujeres y de asuntos insignificantes.

Berindoaga no abandonaba la cantaleta de decir "*Soy mas peruano*............", á la menor sospecha que se le hiciera sobre su patriotismo, y Bolívar carecía de caballos, fusiles y recursos para el ejército, y no se podia reunir dinero siquiera para rescatar las fortalezas. La comisión nombrada por el congreso para co-

lectar fondos, presidida por Salazar y Baquijano, no llenó su cometido. La contribución directa sobre el departamento de Lima [400,000 pesos] fijada por el congreso [Set. 23–22], produjo una suma muy pequeña.

Cen gran trabajo se reunieron 20,000 pesos que se pusieron en talegas, para ver si con el bulto se conseguía deslumbrar á los a motinados.

Regreso de Correa

El 7 volvió Correa al Castillo; la avanzada le detuvo, y cuando se presentó Moyano, el ceño de éste y su actitud lanza en mano, le hicieron comprender que todo había fracasado. La carta de Martinez reveló á Moyano la magnitud del peligro. Se consultó con Oliva, el que le aconsejó un plan desesperado. Un contrato no podía resguardar á los motinistas: no había otro remedio que la deserción y los mismos que, al principio no tuvieron otra idea que hacerse pagar sus sueldos, se arrojaron para salvarse, en brazos de la traición. Correa confiesa que tuvo que retirarse más que de prisa.

Oliva sacó de Casas Matas al Coronel español Casariego (Nov. 10), se puso á sus órdenes y éste le confirió el grado de Brigadier á Moyano, y á él, el de Coronel. Los presos fueron encerrados en un calabozo, bajo la custodia de Oliva, el cual puso á la puerta dos cañones llenos de metralla.

Como la falta de dinero era la causa principal del movimiento, el comercio inglés del Callao, temiendo el saqueo, le ofreció á Moyano dinero para contener á la soldadesca. Moyano aceptó la oferta, y permitió que parte de la guarnición de la fragata inglesa Fly desembarcara, para guardar la propiedad británica, y

ordenó que se entregara á su capitán Will F. Martin, los despachos de las mercaderías inglesas que estaban en la aduana.

El 18 se enarboló la bandera española al fin en el torreón del castillo, y entonces fué el triste despertar de los que aun creían que solo se trataba de exigir del gobierno lo que se les debía. Ochenta valientes protestaron al ver arriada la bandera de la patria: todos fueron pasados por las armas. Entre ellos estaba el centinela de Casas-Matas, Antonio Ruiz, moreno argentino, denominado Falucho, el que, requerido para que presentara el arma, tomó el fusil por el cañón y lo rompió, enfurecido, contra el asta de bandera. ¡Sublime sacrificio, tan ejemplar y conmovedor como el del héroe que rinde la vida, espada en mano, en el campo de batalla! Falucho

El gobierno y la municipalidad continuaron tratando con Moyano en Bellavista, y desengañado al fin Torre Tagle, fijó carteles ofreciendo un premio al que entregara vivos ó muertos á Casariego y á Moyano. Carteles

Rodil ocupó Ica (Dic. 16) con 1,500 hombres, de los que destacó 600 infantes y 400 caballos á Pisco (23). Con este motivo salió Correa (Cirilo) con los Granaderos de los Andes, con orden de no pasar de Cañete. Sabedor de esto, Casariego, mandó una chalupa tripulada por cuatro españoles y dos oficiales á Pisco, al mismo tiempo que hacía un expreso á Huancayo á Canterac, para comunicarle tan grata noticia. Rodil

Rodil mandó al Comandante Alaix por mar, y por tierra, dos columnas de 200 cada una, que se dejaron caer por Tupara á Chincha y Alaix

por Lunahuaná á Cañete (En, 23). Olazaval, Pardo de Zela y Soler, avanzadas de Correa, se replegaron sobre Mala los dos primeros, y el tercero pasó el puente de Lunahuaná observándolos, mientras Correa con los Granaderos ocupaba la quebrada de Lurín para que Soler no fuese cortado.

El 27, ambas columnas se reunieron en Lurín con la división Monet (2,500) que enviaba Canterac, la cual tomó por Lunahuaná, Huacracocha y el camino del Tragadero. Ese día la vangnardia entró en Lima, y el 29 fueron recibidos las tropas en los castillos. Necochea se replegó á Pativilca con algo más de 400 hombres.

Error de los realistas

Es indudadable que si por entonces Canterac hubiese emprendido sobre los independientes por el centro, la causa de la libertad hubiera corrido un serio peligro. Nada había preparado: ejército peruano no exístía, y el auxiliar era insuficiente. Su inaccíón ó sus malos informes sirvieron á la libertad.

Alaix, Comandante de los fuertes del Callao, temiendo que se verificara una reacción, alejó á Moyano y á Casariego, que se había hecho odioso por los últimos fusilamientos, con el pretesto de llevar á Pisco al General Alvarado, el cual, poco después, fué desterrado en compañía del Coronel Carlos María Ortega, á la isla de Esteves.

Para concluir con los traidores, diré, que Moyano y Oliva, después de la capitulación del Callao, pasaron con Rodil á España y obtuvieron puestos elevados en el ejército. Casariego murió en Lima, después de Ayacucho, devorado por la miseria.

El Virrey nombró á Rodil Gobernador de los

castillos y Comandante General de la provincia de Lima.

Durante la ocupación, Sucre rodeó Lima de montoneras en todas direcciones: los Mayores Suarez y Sanchez en Canta; el Capitán Herrera en Carabayllo; el teniente Olivares en Cuyo; el Mayor Olivar en Sayán; el Comandante Arteaga en Chancay; el Mayor Huavique entre Mala y Lurín; el Coronel Villar y Ninavilca en Huarochirí; los Coroneles Guzmán y Delgado en Casapalca; el Coronel Gonzalez en Yauyos; el Comandante Vidal con las guerrillas tendidas de Yauli á Jauja; el Comandante Fresco en Reyes; el Coronel Fano en Pasco; y el Mayor Balaguer, el Capitán Peñaloza y el famoso fraile Terreros, vagaban sin dirección fija con algo más de 300 hombres. El Coronel Caparroz era Comandante General de las guerrillas del Norte de Lima, y el Capitán Sanchez, Jefe del espionaje de la capital. Montoneras

Para estimular á las tropas á recuperar el Callao, Bolivar ofreció 50,000 pesos al Jefe que dirigiera la empresa, y 200,000 pesos á la tropa. Carteles

El mal ejemplo cundió con rapidez, El Regimiento Granaderos de los Andes, replegándose de Cañete sobre Lima, se sublevó en la Tablada de Lurín (14 Feb.), prendió á los Jefes y oficiales y se dirigió al Callao. En el camino entraron en discordia: unos proclamaron al Rey, otros se dispersaron y el resto libertó á sus oficiales y se presentó al General Martinez. Nuevas deserciones

Los revoltosos continuaron á Bellavista, donde cobardemente lancearon á una de las partidas patriotas del sitio, á fin de prepararse en los castillos un buen recibimiento.

Conviene recordar, que en Moquegua habían desaparecido los verdaderos Granaderos, y que los escuadrones compuestos de gente colecticia é indisciplinada, no tenían del primitivo sino el nombre.

Navajas y Ezeta

El Teniente Coronel Casto José Navajas, su segundo, el Comandante Ezeta (Juan), y el Sargento Mayor Gutierrez del Escuadrón Lanceros de la guardia, se sublevaron en Supe en la noche del 16 de Marzo, apresaron al Coronel colombiano Ortega, á quien acamos de citar, al gobernador D. Lucas Fonseca, y con 89 hombres y 11 oficiales se dirigieron á Lima. Fonseca logró escaparse; reunió 90 hombres y los persiguió solo hasta Huaura, por habérsele cansado las bestias. En la cuesta de Pasamayo, el sargento Yepes se separó con 26 hombres, motivo por el que lo ascendió á subteniente, Bolivar.

En Ancón, algunos soldados conocieron el engaño de que eran víctimas y se desertaron. Navajas llegó á los castillos con menos de 60 hombres.

Gamarra reunió á los dispersos y desertores en Chancay y los remitió por mar á Huacho, y por tierra, envió á la caballada.

Caparroz

El 2 de Mayo, los Dragones de la Unión y 4 compañías avanzaron á Chancay con el pretesto de buscar subsistencias, pero en realidad, para comunicarse con el Coronel Caparroz que, con 120 hombres, guardaba la provincia. Los hacendados retiraron sus ganados á Cuyo, al acercarse los realistas, y éstos, una vez que llenaron su objeto se regresaron á Lima. En el mes siguiente (Abril 6) se pronunció Caparroz.

Sucre destacó al Coronel Velazco con 100 hombres de las milicias de Supe y Barranca, y al Coronel Deza, para que lo batieran.

Veazco disciplinó su gente, y luego que la vió lista, le salió al encuentro á Caparroz (Julio 11) y lo arrojó de la provincia; pero como en el ardor de la persecución descendiera hasta Copacabana, fué batido á su vez por las fuerzas que se desprendieron de Lima en auxilio del derrotado [Jul. 12].

Se había tocado á dispersión El Conde de Villar de Fuente, los Sargentos mayores D. Lorenzo del Valle y D. Gaspar La Riva, D. Manuel de Mendiburu, un tal Martinez y muchos empleados civiles y judiciales en número, poco más ó menos, de 130 personas, abandonaron la causa de la patria. Desertores

La guerrilla del Comandante Aldao se desertó, llevándose un cabo 56 caballos [Ab. 21].

También en Pataz se pronunciaron por los españoles, y, reprimido el movimiento, Bolivar mandó quintar á los cabecillas.

Para colmo de males, llegó en esto un trasporte al Callao con el N.° 4 de Chile, el cual se regresó luego que supo el cambio que había tenido lugar. Otro trasporte arribó después y siguió al Norte como luego veremos. Trasportes chilenos

Estos acontecimientos que, desde luego, son extraordinarios, habían sido ya previstos y anunciados al Libertador. La historia tiene que consignar el hecho para dar á conocer el espíritu observador del profeta. El General Heres en carta de Noviembre 26 de 1823 le dice: "Lima es un infierno de partido, de odios, de intereses opuestos; un ángel se corrompería en ella. Si las tropas colombianas se quedan Gen. Heres

sin que V. E. esté al frente, ó se mueren ó se disuelven por hambre, ó se vician por el roce de los partidos. Si salen, *el castillo se pierde*, no porque los españoles lo tomen á viva fuerza, sino por alguna traición, ó en favor de ellos ó de una facción."

Rodeado de traidores, agoviado por los desengaños, las deserciones, las infamias y sus dolencias, cualquier otro se hubiera abatido, pero Bolivar se levantaba como un gigante en medio de tantas ruinas, y con el mayor aplomo le escribía á Sucre (4 Feb.) esta célebre frase: *No terminará el año sin que estemos en Potosí.*

CAPITULO XXII

Descredito de T. Tagle

Desde el regreso de Berindoaga había ido creciendo el descrédito que siempre había pesado sobre Torre Tagle. De costumbres disolutas, se la llevaba en palacio conversando con sus amigos de liviandades: á cualquiera indicación contestaba *que ya se iba á hacer*, y no se ocupaba en lo absoluto de la administración, la cual seguía su curso en espantoso desorden. No dejó de susurrarse que la misión al interior, había tenido por objeto amistar con el enemigo, y de allí es que Heres, temiendo que se trasluciera que había sido idea de Bolivar, exigió que Torre Tagle le entregase la carta de Espinar de que ya hemos hablado. Torre Tagle se resistió, pero insistiendo áquel con dureza, la devolvió, sacando copia para su resguardo.

Su autoridad era limitada y tenida en me-

nosprecio. Pendiente un negociado, se lo arrebataba el congreso para aprobarlo ó desaprobarlo. El ejército no le obedecía.

Evacuación de Lima

En esta situación, exasperado Bolivar en Pativilca por las noticias desagradables que recibía de Lima, le ordenó al General Martinez que extrajera todas las mercaderías de que pudiera aprovecharse el enemigo, que se barrenasen y echasen á pique los buques que no se pudieran salvar en la bahía del Callao, que se retirasen los ganados, y que se replegase con las fuerzas escalonándolas hasta Pativilca.

Siendo el dinero el nervio de la guerra, apeló á los países americanos en solicitud de fondos. En 24 de Febrero le pidió á Colombia dos millones de pesos, á México 200 ó 300 mil y otros tantos á Guatemala.

Al congreso y al gobierno los amenazó (Feb. 10) con retirarse á Colombia, si á la mayor brevedad no le remitían fondos para atender al ejército.

Esta nota sembró la consternación. La emigración principió en grande escala. Se temía que los negros del castillo invadieran la ciudad, y que lo poco que dejaran acabaran de destruirlo los realistas que venían de la sierra.

Dictadura

En esta crisis, Espinar le escribió al Coronel Heres de Pativilca (Feb. 11-24), "que no había otra cosa que hacer que nombrar un Dictador", carta que éste se apresuró á mostrar á los representantes, quienes haciéndose cargo del significado de la insinuación, por la persona de quien venía, se apresuraron á conferir á Bolivar la plenitud del poder político y militar [Feb. 10-1824], poniendo término á la autoridad de Tagle y á sus propias funciones, hasta

que determinase el Libertador. Los diputados Forcada (Tom.) Andueza (Ant.) y Paredes (Joaq.), pasaron en comisión á Pativilca á participarle lo resuelto, y á recabar la revocatoria de las órdenes trasmitidas á Martinez, sobre el abandono de Lima, y si esto no fuera posible, pedir que se le sustituyera.

En una situación tan difícil, es indudable que no había otro camino para salvar la república.

Conociendo Bolivar que era menester levantar los ánimos abatidos, creyó conveniente dirijir á la nación la siguiente proclama:

Proclama

"Peruanos: las circunstancias son horribles para nuestra patria; vosotros lo sabéis; pero no desesperéis de la república. Ella está expirando, pero no ha muerto aún. El ejército de Colombia está todavía intacto y es invencible. Esperamos, además, diez mil bravos que vienen de la patria de los héroes de Colombia. ¿Queréis más esperanzas? ¡Peruanos! En cinco meses hemos experimentado cinco traiciones y defecciones: pero os quedan, contra millón y medio de enemigos, catorce millones de americanos que os cubrirán con el escudo de sus armas. La justicia también os favorece, y cuando se combate por ella, el Cielo no deja de conceder la victoria."

Oposición de T. Tagle

Torre Tagle se negó á poner el cúmplase á la ley que lo desvestía de toda autoridad. Aun trató de levantar un acta de protesta contra la dictadura, aprovechándose de la oposición general á la evacuación de la capital. La Junta de notables que se reunió á instigación de él, estuvo porque Lima se aprestara á la defensa, y al efecto, se formaron trincheras en el

camino del Callao y se montaron algunos cañones.

Bolivar no era de formalidades, ni el caso las permitía. A Martínez lo reemplazó con Gamarra, y luego, sin esperar el cúmplase del ejecutivo nombró á Necochea, el que le hizo presente que, con este paso, ofendería á Pinto que estaba al frente de las fuerzas. Pero no habiendo querido aceptar éste, por estar en vísperas de salir á Chile, el mando político y militar recayó siempre en Necochea, á quien Torre Tagle se lo entregó el 18, no sin haberse atraído por el retardo el odio del Libertador. Necochea

La capital era presa de un desorden espantoso: los magistrados abandonaron sus puestos: los oficiales se desertaban: los empleados no iban á las oficinas, y era creencia general que los españoies volverían á dominar todo el país. Tratos de T. Tagle

Días después cayó en poder de Necochea y Guido la contestación de Canterac al agente de Torre Tagle, en la que se hablaba de un arreglo para expulsar á los colombianos. Confiesa Necochea que, no pudiendo imaginarse que Torre Tagle fuera traidor; le ordenó que se presentara á Bolivar bajo su palabra de honor, y al mismo tiempo remitió á éste la carta con un propio. Tagle llamó á Berindoaga á su casa, y como se demorara, envió á su capellán el Rev. Padre Quintana, en su calesa, para que lo trajera.

Parece que Bolivar ya estaba informado de estas intrigas, no solo porque Tagle le dijo á Berindoaga que el Teniente Coronel Medina, ayudante de áquel, traía orden de fusilarlos, para lo que esperaba al escuadrón que había

dejado atrás, sino porque Medina informó á Necochea, que Casariego se había opuesto á que Torre Tagle enarbolase en Lima la bandera española, temiendo las represalias que tendrían lugar en caso que los libertadores volviesan á ocuparla. También dijo Medina, que Berindoaga había mandado prender á los espías que Bolivar tenía en Jauja.

Fuga de T. Tagle, Berindoaga

Notando el peligro que les rodeaba, Berindoaga le propuso á su Jefe, fugar en la Protector que le había conseguido Soyer, pero como Guisse, capitán de ella, era muy amigo de Riva Agüero, Tagle temió que no le tratara bien, si se acordaba del decreto de fusilamiento. En la conversación con el ministro, viendo que éste no proponía ningun medio para salir del apuro, entró á sus habitaciones, dejándolo solo en el salón, hizo enganchar y salió á la calle á esconderse. (Feb. 26). Poco después, entró el ayudante de Tagle, Coronel Zavala, comunicó á Berindoaga la huida de su superior, y la noticia de que á los tres los buscaban para prenderlos, por lo que salieron juntos apresuradamente y se escondieron en el monasterio de Mercedarias.

Retirada de Necochea

Desde el 24, Necochea había dado principio á la desocupación. Con acuerdo del gobierno eclesiástico, se extrajeron las custodias, vasos sagrados y las reliquias de oro y plata de las Iglesias; allanó la casa de moneda y la aduana; cargó con el parque y la imprenta, y del comercio se sacaron paños, brines, cueros, tocuyos y cuanto pudiera servir para el equipo del ejército, lo que fué embarcado por Chorrillos y Ancón, y el 27 se retiró con algo más de 400 hombres.

Ese mismo día la ocuparon las avanzadas, y el 29, Domingo de Carnaval, entraron Monet, Rodil, Ramirez y Landázuri con el grueso del ejercito.

Sufrimientos de los limeños

Es indecible lo que padecieron los limeños durante la ocupación. Los españoles no exceptuaron ni á sus partidarios, y muchos se pasaron á la patria. El atropello y el insulto estuvieron á la orden del día. La licencia más desenfrenada reinó entre la soldadesca, que alguna vez escogió el puente piedra, en pleno día, para teatro de sus torpezas. Cuando llegó á Lima la noticia de la derrota de Junín, Ramirez en Lima y Rodil en el castillo, compitieron en crueldad y en actos temerarios. La menor sospecha merecía la muerte: las delaciones estaban á la orden del día: el secuestro de la propiedad y las mayores hostilidades iban seguidas á menudo de burlas irritantes y de frío menosprecio. Es más que probable que estos excesos indujeron á Ramirez á alejarse de un país en el que había sembrado el odio, y cuando el navío Asia salió para España se embarcó en él, yendo á pagar en México parte de sus culpas con algunos años de cautiverio.

Sitiados

En los castillos pasó algo más terrible. Una policía tenebrosa y complaciente, hábil en envenenar todas las relaciones, obligaba á los hombres á huir de toda sociedad, temiendo ser delatados aún por los amigos de mayor confianza. Una voluntad de fierro decretaba todos los días un nuevo crimen, y la ejecución seguía sin fórmula á la arbitraria sentencia. Como el César Gallo se disfrazaba de incógnito en Antioquía, para recorrer las calles y oir lo que se decía de él, asi Rodil cambiaba

de vestido todas las noches y envuelto en un capote se tiraba á dormir donde le cogía el sueño, para desorientar á los que animara un espíritu de libertad ó de venganza. El menor ruido, la menor alarma lo tomaba por ataque á su persona; dolencia grave de que á menudo padecen los que no tienen el alma templada por el valor. Las víctimas que sacrificó en los castillos le arrancaron á España tantos hijos, como los que cayeron como buenos en el Perú en el campo de batalla.

Rodil promulgó un bando (18 Ag. 1824), previniendo que la persona ó familia que se refugiase en el Callao, trajese víveres para subsistir y no contase con los que tenía él almacenados, pues éstos eran solamente para la guarnición.

Necochea en Chancay

Necochea pasó á Chancay, embarcó todo el ron, azúcar y chancaca que pudo, y con este carmento consiguió Bolivar detener á Guisse (Abril 28), empeñado en dejar la escuadra, por las dificultades en que se veía todos los meses el erario para pagar las tripulaciones.

De Chancay, Necochea pasó á Cajabamba (Ab. 19) á organizar la caballería del Perú.

Fin politico de T. Tagle

Volviendo á Lima, con motivo de un bando que ordenaba que los patriotas se presentaran á la autoridad, salieron los escondidos, y al darse Tagle con su ministro, le pidió excusas del abandono en que lo dejó en su casa, alegando el peligro que había corrido su vida.

Le manifestó, además, que estaba trabajando por conseguir un avenimiento entre los beligerantes sobre la base del reconocimiento de la independencia. En este despacho (Marzo 4) el expresidente pedía, que en el caso que su propuesta no fuera aceptada, se les considerara

á el, á Berindoaga y al Coronel Echevarría (Juan), en cuya casa se había ocultado, como prisioneros de guerra.

Ni el Jefe español tenía instrucciones, ni era posible hablar de independencia después del jaque que el patriotismo acababa de recibir. Nadie estaba más persuadido de la impotencia de los libertadores, que el que principió por revelar el secreto de la misión de Berindoaga, solicitó á Xinavilca y á otros para que se pronunciaran contra Bolivar, dió al enemigo datos sobre el ejército y armada, y terminó expidiendo una proclama al país exhortándolo á lanzar al Libertador en unión con los españoles. Así concluyó su carrera política, pasando á la posteridad como otra víctima triste de la sed de mando.

CAPITULO XXIII

Con tan grandes y graves deserciones, y estando asegurados los castillos en los que dejó á Rodil con 1,000 hombres, Monet salió de Lima con 4,000 en pequeñas divisiones, llevándose el estandarte de la jura de la independencia que regaló al Virrey, y á los prisioneros de los castillos, por la quebrada de San Mateo [18 Marzo]. Monet deja Lima

El Brigadier Mateo Ramirez quedó al frente de la guarnición, 500 hombres, y 800 cívicos, y el Conde del Villar de Fuente del mando político de la capital.

Los presos eran ciento treintaicuatro oficiales de General á subteniente, y marchaban á

la desfilada en hileras de dos. La primera jornada, á nueve leguas de Lima, la hicieron con mucho trabajo. La mayor parte habían estado acantonados, y algunos de ellos, presos en Casas Matas desde las batallas de Vilcapuquio y Ayohuma. Las angustias aumentaban con la marcha: muchos llegaron á persuadirse que no llegarían á su término, y que la muerte era preferible á tantos maltratos y sufrimientos. En esta situación, el Coronel graduado Estomba y el Teniente Coronel Juan Pedro Luna, resolvieron escaparse en la primera oportunidad, y comunicaron su idea al Mayor Diáz y á los capitanes Prudán y Millán, compañeros de hilera y argentinos todos. Tres días después (21 Mayo), caminando la columna á lo largo de una acequia, se escondieron en ella cerrando los últimos el claro, de manera que la falta no se vino á notar sino en San Mateo á la hora de lista.

Heroismo de Prudan y Millan

Puesto el hecho en conocimiento de Monet, ordenó que se fusilara á los dos presos que designara la suerte. Acostumbrados éstos á la crueldad española, la noticia la recibieron con tranquilidad imperturbable. El Dr. Lopez Aldana tuvo valor para apersonarse al General y manifestarle, la inmoralidad del principio que los presos se vigilaran unos á otros, y la inhumanidad de castigar á ciencia cierta al que no era culpable. Sus razones fueron desatendidas; se le despidió con desdén y la orden se llevó adelante.

Entonces principió entre los prisioneros un certamen de abnegación y de nobleza, en el que cada uno quería ser designado, y en el que no faltó tampoco la nota discordante.

Garcia Camba debía presidir el sorteo. Se trajo un tambor, se pidió un morrión, y en él se colocaron tantas cédulas en blanco como prisioneros habían, menos dos que estaban marcadas. Los Coroneles argentinos José Videla Castillo y Francisco Bermudez se ofrecieron como víctimas para evitar el sorteo, pero los otros presos se opusieron, y en tropel se adelantaron al morrión siniestro. Á la cabeza del grupo se distinguía á un anciano venerable, cubierto de canas que, con mano temblorosa, pretendía tomar la primera cédula. Garcia Camba tomándole del brazo, le llevó á un lado y le dijo: "Con U. no reza la lista, mi General"—"Si reza", contestó el anciano lacónicamente, haciendo por desprenderse; pero á la insistencia de Camba se retiró vivamente contrariado. Era D. José Pascual de Vivero.

Videla Castillo y los cuatro que siguieron sacaron cédulas blancas. El sexto, un subteniente argentino, Manuel Tineo, se negó á extraer cédula, alegando, que el Sargento Mayor graduado Ramón Listas, le había dicho que él conocía á los que habían protegido la fuga. Listas, enfurecido, le replicó que faltaba á la verdad, suscitándose un violento altercado, que terminó con la palabra *infame* que le lanzó á Tineo en presencia de todos.

Un silencio sepulcral siguió á esta situación dramática. La ansiedad, la inquietud, el disgusto y la indignación, se dibujaban en los semblantes de los espectadores, y presa de variados y contrarios sentimientos perdieron todos la serenidad.

En esto dos jóvenes esbeltos se destacan del grupo, se cuadran militarmente, declaran ser

los protectores de la fuga, y protestan que solo ellos deben ser los fusilados. Los presos rodean á Garcia Camba; le presionan para que continúe el sorteo, desde que los declarantes no podían jamás acreditar su dicho. Millán sostiene que puede hacerlo: lleva la mano al bolsillo, y pasa al Jefe español una carta: es de Estomba. Prudán pide que se registre su maleta. Se la trae: se abre en presencia de todos, y de ella se extrae la casaca del Mayor Luna. Ante pruebas tan concluyentes se suspendió el sorteo. Garcia Camba mandó poner presos con centinela de vista á los capitanes, y ordenó que los demás volvieran á sus puestos.

Realistas é independientes enmudecieron de admiración y de dolor ante esta grandiosa escena. Veteranos cubiertos de cicatrices que habían afrontado la muerte muchas veces en el campo de batalla, sentían entrecortada el habla, un nudo en la garganta, los ojos llenos de lágrimas; de manera que la pesadumbre y el estupor dividían el campamento.

Los dos presos fueron puestos en capilla. Al día siguiente se reconciliaron, y, seguidos de sus capellanes, marcharon con paso firme al sitio de la ejecución. Un gentío respetable de las cercanías se había congregado allí. Millán vestía de parada: sobre su pecho lucía las medallas de Salta y el Tucuman. Ni él ni su compañero quisieron que se les vendara, y al llegar el momento supremo, Millán pidió permiso para hablar: "Compañeros, dijo, he combatido por la independencia desde niño: me he hallado en ocho batallas; he estado preso en Casas Matas siete años, y hubiera estado se-

tenta antes que transigir con la tiranía española. Mis compañeros de armas vengarán algún día este asesinato, y si no, lo hará la posteridad": y abriéndose la casaca, le gritó al pelotón que debía fusilarle *¡al pecho!, ¡al pecho! ¡viva la patria!*, á tiempo que Prudán caía exánime acribillado de balas, balbuciando un viva á Buenos Aires.

Las lágrimas corrían por las mejillas de todos: no se oían sino sollozos comprimidos: los más fuertes huían de las miradas indiscretas para ocultar su emoción: las indias, anegadas en llanto, repitiendo su frase habitual de cariño, besaban humildes la tierra bendecida por tan sublime sacrificio.

Faltaba el golpe final. Se hizo desfilar á los prisioneros delante de los restos, como para arrancarles los últimos alaridos del dolor.

La patria no ha premiado aún esta acción sublime perpetuando un recuerdo. Tanto mejor: mi pluma la dará á la fama, y le recordará al Perú, que la prórroga de la deuda duplica la obligación. Así como en el arte dramático, la imaginación crea tipos que caracterizan á lo vivo vicios y pasiones de entidades supuestas, así en la historia, el despotismo inmortaliza héroes y mártires ignorados, que sin la tortura ó la muerte hubieran quedado relegados al olvido.

Ni la epopeya puede encontrar asunto más digno para sus cantos, ni el arte escénico tema más conmovedor para la representación.

Prudán (Manuel) se había batido en el Alto Perú desde muy joven; fué hecho prisionero en Vilcapuquio y permaneció en Casas Matas siete años: á su muerte tenía 24 años.

Millán (Domingo), algo mayor que él, había sido vencedor en S. José, S. Lorenzo y Suipacha, y fué hecho prisionero en la batalla de Ayohuma.

Vivero había sido gobernador de Guayaquil, era mayor de 70 años, y tenía dos hijos en el ejército independiente.

Encuentros navales.

En el mar tuvieron los patriotas varios encuentros en los que no siempre tuvieron la mejor parte. Cuando la sublevación de Moyano, la Guayas y el bergantín Balcarcel cayeron en su poder, por lo que Guisse, que se mantenía en el cabezo de la isla, entró en tratos con él [Feb. 17] para la entrega de estos buques, amenazándole con sacarlos por la fuerza con los demás, entre los que había un bergantín, que el S. Thorne estaba armando contra los españoles antes del movimiento. No habiendo hecho caso de la intimación, el 19, emprendió Guisse un violento ataque contra los buques, y el 21, reforzado con el bergantín Congreso y la goleta Macedonia, de orden de Bolivar, estableció un riguroso bloqueo.

El 25 renovó el ataque. Esta vez el Capitán de la Protector Robert Biset Addison, con tres falúas tripuladas por 56 voluntarios, rompió el ataque bajo el fuego nutridísimo de los buques y las fortalezas. Guisse izó su insignia en la fragata y entró en la bahía para distraer la atención del enemigo, dando lugar á que Addison abordara á la Guayas, cortara los cables, comenzaran á moverla, y pasara luego á la Santa Rosa á repetir la operación. La falta de viento impidió la extracción de las fragatas, teniendo Guisse que incendiarlas y lanzar-

las contra los demás buques fondeados en la rada; 6 de ellos fueron pronto presa de las llamas; la bahía se convirtió en un mar de fuego, y los españoles lucharon porque el incendio no se trasmitiera á los edificios. De este laberinto y confusión se aprovechó el capitán del Barcarcel para sacar libre su buque, de manera que Guisse solo extrajo cuatro naves americanas, y obligó á dejar el fondeadero á diez más que eran neutrales.

España recobra el dominio del mar.

Al tomar el mando del puerto, el primer cuidado de Rodil fué hacerse de una pequeña escuadra. Al efecto armó la corbeta Ester de 30 cañones, á la que denominó Ica, la cual confió á su capitán Pedro Antonio Gould con el grado de teniente de navío. Armó también los bergantines Pezuela de 18, al mando del teniente de navío Manuel Quesada, el Constante de 14 al del teniente de fragata José Martinez, el Moyano que antes se llamaba Real Felipe, la O'Higgins y la corbeta Perla, naves que, unidas al Asia de 72 cañones, al mando del capitán de navío Roque Guruceta y al bergantín Aquiles de 20, que mandaba el teniente de navío José Fermín Pavía, hacían un total de 154 que devolvieron á España el dominio del Pacífico.

Pocos días antes (5 Set.), aprovechando los españoles de un día de calma, atacaron con ocho lanchas cañoneras y cuatro botes á la Prueba y á la Macedonia que estaban ancladas á sotavento del puerto, pero Guisse las cañoneó durante dos horas, echó á una de ellas á pique y las obligó á retirarse.

Además de los buques ya mencionados, Quintanilla armó otros en Chiloé, el General Valdez

y otro de su nombre, que continuamente recorrían nuestro litoral. La goleta chilena Motezuma tuvo un encuentro con uno de ellos, el bergantín La Serna, perdió el mastelero de velacho y con trabajo logró escapar, pero en Pacasmayo fué apresada por el Moyano (En. 24 1824), el que en Samanco se apoderó también de la Jerezana. El Constante cazó á la fragata Clarington, y no sé que otro buque al bergantín Boyacá.

Lopez e Ibarra pasan a Colombia.

Bolivar entretanto al saber el refuerzo marítimo del enemigo, mandó de Cajamarca á Guayaquil al Coronel Lopez para que se armase el navío Monteagudo, se reparasen los demás buques, y se tomaran precauciones para que los refuerzos pedidos no cayeran en poder de los realistas.

Un poco antes había mandado á Colombia á su otro edecan el Coronel Ibarra, para pedir nuevos refuerzos, porque según decía en Pativilca [Feb. 4]. "Este ejército es la salvaguardia del Perú, la vanguardia de Colombia y el apoderado de la América Meridional. Si lo exponemos, sin haber antes preparado su caída con nuevos refuerzos y nuevas reservas, seremos inconsiderados é imprudentes".

El genio no quería dejarse sorprender por los reveses de la fortuna.

Ibarra era bravo, activo, diligente, gran jinete é infatigable trotador; volaba de Nueva Granada á Huaraz como si tratara de un paseo ecuestre. Para él no habían estaciones, tormentas ni tinieblas, y en el camino iba dejando regados bestias, guías y compañeros. Era el Mercurio del ejército.

CAPITULO XXIV

Conociendo su alta misión y que nada era más apremiante que la organización del ejército, en 9 de Enero renunció Bolivar la presidencia de Colombia y se dedicó con tesón admirable á prepararlo para entrar en campaña. Bolivar organiza el ejercito.

La riña de Trujillo le reveló la conveniencia de separar las tropas. Llamó á La Mar [Feb. 2], para que se pusiera al frente de las peruanas que eneontró en Trujillo, y puso las colombianas, reforzadas con el batallón Istmo, 362 plazas [19 Dic], al mando de Sucre, en Cajamarca, con orden de ocupar el departamento de Huaylas al otro lado de la cordillera, cubriendo Huánuco, donde desde el 23 de Noviembre había destado á Otero con 500 hombres, para acopiar acémilas, ganados y toda clase de recursos.

Ambos ejércitos montaban á 8,000 hombres; pero disponibles no tenían, sino 7,000 incluyendo 300 chilenos traídos en la Minerva (En. 18) á Santa, al mando del Coronel Aldunate, que Bolivar incorporó á los Granaderos de los Andes. Otro trasporte chileno, con tropas, se regresó del Callao como ya hemos dicho.

Reunidas las fuerzas que debían emprender la campaña, Bolivar procuró extinguir las rivalidades entre ellas, invitando á los oficiales á su mesa, y elogiando los méritos de los pocos de nuestros compatriotas que se habían distinguido; pero debe decirse en homenaje á la verdad, que el Libertador no confiaba sino en sus compatriotas, pues aparte que los nuestros no

estaban bien disciplinados en general, los tenía por cobardes. Así lo dice en varias de sus cartas.

Juicio de Bolivar sobre los peruanos.

Esta apreciación no nos agravia. Ella no se refería al Perú. El temple del indio no puede ponerse en duda. Las últimas campañas realistas habían acreditado que en diligencia, vigor, sobriedad y constancia era uno de los mejores soldados del mundo. Bolivar se refería á los ambiciosos, á los que habían pretendido dirigir la guerra, sin dotes ni cualidades de ninguna especie, y que, como ya hemos visto, habían hecho el papel más triste en el campo de batalla. Gamarra, Tristán, Santa Cruz eran nuestros representantes en el orden militar, y es indudable que si el ejército se hubiera compuesto de sus iguales, jamás habríamos vencido. Recórrase la historia y se verá que el jefe de un ejército lo caracteriza; sus virtudes y vicios se atribuyen á sus soldados; piadosos con Godofredo; bárbaros con Atila; aventureros con Duguesclin; caballeros con Bayardo.

Culpémonos de que las miserias de la ambición y las cábalas de la política, nos habían hecho poner al frente del ejército á una serie de hombres pusilánimes. Su falta de abnegación y de civismo desacreditó á los nuestros y puso al país al borde de su ruina. Bolivar se conformaba con decirles lo que eran: la historia, más severa, los entrega al ludibrio de la posteridad.

La táctica, el manejo del arma, ejercicios continuos y la más severa disciplina, no dejando sin castigo la menor falta, convirtieron á los batallones peruanos en un verdadero ejército. La deserción y el peculado se castigaban con la pena de muerte. En 9 de Julio (23) mandó

que se borrasen del escalafón todos los Jefes y oficiales que no hubiesen abandonado Lima cuando fué ocupada por el enemigo después de la traición de Moyano. En Febrero 9 del año siguiente, hizo fusilar en Churín al soldado Manuel Aguirre por haber abandonado las filas. El General Lara fusiló en Huamachuco á un soldado de Rifles por haber hurtado una cuchara de plata. A los ladrones de camino se les hacía rezar un credo y se les pegaban cuatro tiros. El desertor tenía que ser reemplazado por su hermano, primo ó deudo, y por falta de parientes, por dos de su pueblo. El vestido y armamento del desertor los pagaba la familia ó el vecindario, á prorrata fijada por el juez del lugar. Disposiciones militares

No bastaba esto aún, Bolivar comprendió, que si no daba á sus tropas la movilidad de las españolas estaba perdido, y así ordenó que los batallones se habituaran á hacer jornadas de 10 leguas diarias, para poder contrarrestar á sus ágiles adversarios.

Trujillo en la costa y Huamachueo en el interior fueron los puntos de reunión del ejército para emprender la campaña. En 30 de Marzo la distribución de las tropas era la siguiente: Voltíjeros en Archuas; Pichincha en Caraz; Bogotá en Pomabamba; Granaderos de Colombia y de los Andes en Yungay; Número 1 del Perú en Huari; Húzares del Perú en Huánuco; Rifles y Vencedor en marcha de Trujillo á Cajabamba. Córdova acababa de llegar (25 Marzo) á Pacasmayo con 1,000 hombres, cuyo armamento trajo después la Limeña, por haber tenido que arribar á Paita para hacer aguada. La gente vino en la Miror y la Mouteagudo don- Distribución del ejercito

de la mortandad fué espantosa. En la primera, de 200 hombres, murieron 38, y en la segunda más de 100; atribuyéndose la epidemia á la estadía en Guayaquil y á la mala calidad del charqui.

Promesa de Bolivar

Conociendo que la dictadura se avenía mal con su papel de Libertador, en 11 de Marzo lanzó de Trujillo una proclama, asegurando que no ejercería el mando sino el tiempo necesario para asegurar la victoria.

Todos los ministerios los reunió en una Secretaría General para la más rápida administración, confiando este cargo al Dr. D. José Sanchez Carrión.

Administración

Organizó una maestranza completa de talabartería ,carpintería, herrería y tintorería para hacer equipos, vestidos, arreglar el armamento aprovechando Sucre en Yungay hasta los fierros de las ventanas para hacer herraduras.

Bolivar mandó vender una casa en Trujillo, las haciendas de Tulpo y Llamobamba y otras tierras del Estado; apremió á los deudores, dispuso de la plata labrada de las iglesias; de una de las de Cajamarca sacó 22,000 pesos, y al Cura de Chota, realista, que se resistía á entregar la plata de la parroquia, lo mandó prender y fusilar; pero no faltó señora que ablandara al Libertador. Embargó los bienes de los bienes de los que se habían quedado en Lima con los españoles, sin exceptuar á los frailes, pasando al fisco las rentas de sus conventos. Se apoderó de los diezmos de los curatos del Obispado de Lima, y le escribió (Julio 13) al Vicario Apostólico, entonces en Chile, invitándolo á celebrar un concordato que fijara los derechos de ambas potestadas.

De Trujillo, Huamachuco, Huaraz, Lambayeque y Piura sacó más de 400,000 pesos que, en gran parte, fueron donativos particulares. Elevó los derechos de aduana: las mercaderías que pagaban 20 por ciento, pagaron el 30; 25 las que pagaban 18 y 20 las que pagaban 16. Reprimíó el contrabando concediendo al delator la mercadería, con tal que pagara los derechos. Ningún empleado militar ó civil gozaría de sueldo sin prestar servicios, y á los que funcionaban los redujo á medio sueldo. Prohibió la extracción del oro y la plata sellados, y estableció diputaciones en Huamachuco, Pataz, Conchucos y Huaylas para el fomento y progreso de la mineria.

En medio de tantas ocupaciones organizó é instaló en Trujillo la Corte Suprema, la que privativamente conocería de los juicios de sedición, traición é infidencia. Creó, también, una Contaduría Mayor provisional, que llevaría cuenta exacta de los fondos fiscales. Corte Suprema

Decreto de trascendencia jurídica por ser la primera ley agraria del Perú, fué declarar á los indios propietarios de las tierras que poseían, poniendo término á los juicios en que, por falta de títulos, se debatía una posesión inmemorial. Este decreto salvador sirve hoy de garantía á la propiedad de los indígenas. Primera ley agraria

Reprimió la severidad de los patrones, autorizando á los esclavos á pedir que se les pusiera bajo otro dueño.

Los bienes de comunidades ó de particulares ausentes, pagarían sus réditos al fisco hasta que, emancipado el territorio, se presentaran los propietarios á depurar su conducta. Los que usufructuaban estos bienes ú otros del

fisco con escrituras vencidas, tendrían renovados sus contratos, pagando la renta en la Tesorería General.

Exigió que los informes que se dieran en los expedientes fueran la expresión de la verdad, amenazando castigar al que faltara á ella.

Elevó á Cangallo al rango de ciudad, y exhoneró por 10 años de contribuciones á los pueblos quemados por los españoles.

CAPITULO XXV

A mediados de Abril llegaron las noticias de la discordia que había estallado entre el Virrey y Olañeta, y Bolivar, que veía que los pueblos del Norte estaban agotados de recursos para sostener al ejército, resolvió variar de plan y entrar de frente en campaña.

Se abre la campaña

Al efecto, convocó en Huamachuco, en casa del párroco Dr. Soto, que era su alojamiento, una Junta de Guerra, y en ella opinaron algunos que siendo un principio de estrategia el tener guardada la retaguardia al emprender un ataque, no era conveniente expedicionar sobre el centro dejando al enemigo posesionado de las fortalezas del Callao; que en éstas habían muchas armas y pertrechos acopiados por Riva Agüero, por lo que era menester tomar los castillos para abrir la campaña del centro con esos elementos, sin temor entonces de que se nos atacara por la espalda.

Bolivar rechazó el plan alegando, que bajar á la costa era perder lo que se había ganado. Sus colombianos estaban habituados ya á ca

minar por las sierras y al frío de las cordilleras. La toma de los fuertes del Callao, agregó, no es obra de días ni de meses, sino de años, y el ejército perdería la brillante oportunidad de la discención en que se encontraban los realistas. Se determinó, según esto, abrir directamente las operaciones sobre Canterac.

Sucre que no estuvo presente, llegó dos días después, y aprobó en todas sus partes la resolución adoptada.

Muchas eran las causas de la rebeldía de Olañeta. La principal fué la elevación de La Serna por el motín de Aznapuquio, y no faltaban otras políticas y particulares. Olañeta no era militar de escuela. Cuando el levantamiento de 1810, dejó el comercio y se hizo jefe de guerrillas, de manera que, sin foja de servicios ni ascensos graduales se plantó las presillas de Coronel. Los Jefes y oficiales que habían venido de España, menospreciaban á esta clase de militares advenedizos, y de allí ese antagonismo entre unos y otros, que al fin ocasionó la pérdida del territorio. Guerra civil de los realistas

Postergado Olañeta en todos los ascensos, al fin tuvo que soportar la humillación de obedecer á Valdez, que había ingresado al ejército de Teniente Coronel cuando él investía el alto grado de Brigadier.

La carrera no le retrajo de las especulaeiones mercantiles. El Regimiento de Dragones americanos que mandaba su cuñado Marquiegui, era una caballeriza ambulante donde se vendían las mejores bestias.

Abolida la constitución del año 20 por el decreto de Fernando VII (1.° Oct. 1823), y habiéndose puesto en vigencia las leyes y orde-

nanzas de 7 de Mayo de aquel año, Olañeta anuló por sí el regimen constitucional, llamándose d*efensor del altar y del trono*, y La Serna creyéndose destituido, ó por lo menos obligado á renunciar, consultó el punto con Canterac, Valdez, las Audiencias y el clero, quienes le aconsejaron que no dejara el mando. Á pesar de esto, para librarse de la imputación de querer gobernar, le ofreció el Virreinato á Canterac, como ya hemos dicho, el cual tuvo la cordura de no aceptarlo.

Entre las comunicaciones que trajo al año siguiente el navío Asia (En. 10-1824), vino la promoción de La Serna al cargo, y la Cruz de Isabel la Católíca con que le honró la corona.

El Brigadier Espartero comisionado por él á la Corte (Ab. 1823), para dar cuenta de su administración y pedir auxilios de toda clase, contribuyó no poco con sus otros amigos, á que el Monarca le honrase con su confianza.

En mérito del decreto real ya citado, que contrariaba sus principios liberales, La Serna proclamó la constitución y el régimen absoluto (11 Marzo 1824), quitándole así todo pretexto á Olañeta para no reconocer su autoridad.

Estas disenciones llegaron á su colmo con motivo de los disgustos continuos que tenía Olañeta con Maroto y con La Hera.

Para batir á éste, sacó de Oruro, su cuartel divisionario, todos los pertrechos, armas, municiones, y con todas sus fuerzas y este gran tren fué á buscarlo á Potosí. Al aproximarse, La Hera se encerró en la casa de Moneda, se batió hasta que pudo y se rindió en Enero de 1824. Olañeta se apoderó de las comunicaciones, del dinero existente y de un número de re-

clutas que debían partir al Cuzco, y con el pretexto de proteger la frontera de Tupiza y Tarija, según lo participó al Virrey [27 Dic. 1823], marchó á Chuquisaca para coger á Maroto, el cual tuvo la buena suerte de escaparse á Oruro.

Como era natural, el Virrey desaprobó su conducta; le ordenó que dejase el batallón Unión en Potosí, el 2.° de Fernando VII y el escuadrón Voluntarios de Tarija en Cochabamba; los escuadrones Dragones americanos en Paria, y que el resto de la infantería con los escuadrones de la Constitución los dejase en Tarija, debiendo él y La Hera presentarse en el Cuzco á depurar sus actos y dar explicaciones.

La respuesta fué declararse Capitán General de las provincias del Río de La Plata, Superintendente Subdelegado de la real hacienda, correos, etc.; conferir la Secretaría general á su sobrino D. Casimiro Olañeta; nombrar á su cuñado el Coronel Marquiegui Presidente de Charcas, conferir los puestos superiores á sus parientes y amigos, y dar ascensos y grados á los que le prometían sostenerlo á todo trance. El Brigadier Aguilera Gobernador de la provincia de Santa Cruz, fué el primero que se pronunció en su favor.

Criollo, militar improvisado, ajeno á la táctica y á la severidad del servicio, no podía congeniar con militares de escuela, para quienes la carrera era una especie de sacerdocio; de manera que cuando Valdez, á la sazón en Arequipa, recibió orden de marchar á someterlo, los soldados de su división, 4 batallones, 4 escuadrones y dos piezas, se pusieron en marcha con

aquel entusiasmo que despierta una campaña triunfal y el desdén que inspira al veterano el soldado bisoño.

Valdez en campaña

Valdez fué reforzado con el 2.° del Imperial Alejandro, las tropas de Carratalá y dos escuadrones que le llevó Ferraz de Arequipa. Debía exigirle á Olañeta, que mandara al Cuzco un batallón y dos escuadrones, y caso que se negara, batirlo y arrojarlo de Potosí, que era su cuartel general y fuente de sus recursos.

Antes de emplear la fuerza, Valdez le escribió de Puno, aconsejándole que no se lanzase en el camino de la rebelión y que volviera á la obediencia del Virrey, á lo que contestó Olañeta aboliendo la Constitución como ya hemos dicho, tildando de profanadores de la religión y de la corona al Virrey y á sus partidarios. Espartero, que regresaba de Salta, al imponerse de esta proclama, lanzó otra tratando de *infame* al caudillo, y acusándole de querer unirse á los insurgentes del Río de la Plata. Valdez por su parte, le volvió á escribir invitándole á una reconciliación, asegurándole que si el Virrey no declaraba abolida la Constitución, lo haría él sin esperar sus órdenes, y al efecto en 29 de Febrero, hallándose en Oruro, hizo con toda formalidad la declaratoria.

De estas sagaces medidas resultó únicamente, que Olañeta convino en tener una entrevista con él en Tarapaya, á la que, desde luego, no asistió. Poco después exigió, que se le cediese previamente el mando de las provincias del Alto Perú, á lo que Valdez impacientado, le contestó, que si no acudía á la nueva cita que le había dado rompería en el acto las hostilidades.

Reunidos al fin en Tarapaya, Olañeta abrió la conferencia diciendo, que habiendo anulado el Rey todo lo hecho durante el régimen de la Constitución, ni La Serna era tal Virrey, ni sus Jefes subalternos Generales del ejército, y que solo los reconocería si se le otorgaba el mando del territorio de Buenos Aires, ofreciendo por su parte auxiliarlos con víveres y dinero, y marchar al encuentro de los colombianos, para defender unidos la causa del Rey. Tratado de Tarapaya

Aprovechando de esta buena disposición, celebró Valdez el tratado de 9 de Marzo. Según él, Olañeta remitiría al Cuzco un contingente mensual de 10,000 pesos; sus ascensos quedarían aprobados; él defendería la costa de Iquique á Arequipa y operaría de frente cuando se le mandara, reteniendo el mando militar de las provincias del Desaguadero y Potosí: Maroto y La Hera no volverían á sus puestos, y Aguilera se quedaría de Gobernador de Chuquisaca.

Firmado el contrato por las partes y ratificado por La Serna no surtió sus efectos. Olañeta no quería sino ganar tiempo: su rencor contra el Virrey era en proporción inversa de su impotencia, por lo que al aproximarse Valdez con Gerona N.° 1, dos compañías de Gerona N.° 2 y el primer escuadrón de los Granaderos de la Guardia evacuó Potosí, llevándose las alhajas de los templos, los empleados, cuños, libros, balanzas de la casa de moneda, y los fondos del banco de rescate de San Carlos. Mandaba su retaguardia el bravo Coronel Francisco Valdez (Barbarucho), á quien llamaremos por su apodo á fin de no confundirlo con el héroe de Torata. Se rompen las hostilidades

Esta campaña fué uno de los más graves errores de La Serna, no solo porque en ella distrajo fuerzas veteranas que habrían decidido en favor de la Corona la contienda principal, sino porque encomendó la dirección al Jefe que más había humillado á Olañeta. La desobediencia al superior la acerbó el odio al subalterno: la envidia al favorito aumentó el resentimiento del fiel servidor.

Pero ni con la mejor buena voluntad se hubiera podido cumplir el tratado. Olañeta no tenía fuerzas para mandar al Virrey, y para defenderse de Lanza y de los gauchos de Tarija. Tampoco podía remitir dinero, pues Valdez y su círculo le acusaban que para sostenerse tenía que apelar á grangerías y vergonzosas especulaciones. La presencia de sus tropas en el cuartel general, más habría servido para romper la unidad ó retardar las operaciones, dada la poca instrucción y disciplina de ellas, que para abrumar con su númerro á los colombianos.

Abandonado el rebelde á su suerte, vuelto Valdez contra Bolivar con los bravos de Gerona, las probabilidades del triunfo estaban por los realistas, quienes, una vez vencedores, hubieran sometido fácilmente á Olañeta sin disparar un tiro.

La conminación última del Virrey declarándole rebelde si no se rendía; las cartas de Canterac llenas de amonestaciones; las insinuaciones amistosas de Valdez y los consejos de muchos amigos de la corona, no pudieron disuadirlo de la guerra intestina, la cual estalló furibunda con sus lástimas y sus estragos.

Valdez ocupó Potosí, dejó á Carratalá y pasó

á Chuquisaca, donde acogió á algunos de los del bando de Olañeta. La poca gente con que se presentó, estimuló al Barbarucho á darle batalla con la tropa que hizo regresar de Tarabuquillo. Valdez cometió la imprudencia de adelantarse para hablarle á los soldados, quienes lo recibieron á balazos, trabándose un combate reñido en que ambos contendientes hicieron derroche de valor. Durante la acción Valdez escapó de milagro: una bala le hirió el caballo y otras dos le perforaron la pistolera y el pantalón. Un refuerzo que recibió á tiempo le evitó un desastre, viéndose obligado el Barbarucho á batirse en retirada hasta unirse con Olañeta en el valle de San Juan. Acción de Tarabuquillo

En la acción éste perdió 350 soldados y el segundo escuadrón de La laguna, más 140 hombres con su Comandante Rivas que se pasaron á Valdez, cuya pérdida fué solo de 9 hombres y 25 heridos (13 Julio).

De allí avanzó á Tarija la cual se rindió con la guarnición, librando al General Carratalá que había sido sorprendido y apresado en Potosí por una de las muchas partidas volantes que cruzaban el país.

Para hacer más efectiva la persecución, Valdez retiró á los heridos, cansados y enfermos, y con los equipajes y efectos, bajo una buena escolta, los remitió á Potosí con Carratalá, y mientras él se apoderaba de un tercio de la fuerza de Olañeta en Santa Victoria, que mandaba el Coronel Marquiegui, el Barbarucho hacía otro tanto en Salo con el convoy de Carratalá. Felizmente, este General sedujo á la tropa qne lo conducía, y con su escolta se presentó á Valdez. Este jaque y otro que en Char-

Cotagaita cas dió Aguilera á un cuerpo de caballería, obligaron á Valdez á evacuar Tarija y á retirarse á Potosí. En la marcha, halló fuertemente situado al Barbarucho en Cotagaita, y no pudiendo flanquearlo, destacó á La Hera para que lo atacara de frente. En el choque salió este Jefe herido.

La Lava Valdez acampó en La Lava (16 Ag.), á nueve leguas de Potosí, y allí vino á presentarle batalla el Barbarucho con un arrojo y decisión que supo sostener hasta el último momento. La batalla fué reñida y de las más sangrientas. Gerona hizo prodigios, y á costa de sus valientes y de su comandante el bravo Brigadier Ameller, cogió por el cabello la victoria. El Barbarucho y muchos de sus Jefes y oficiales quedaron prisioneros, y 300 de sus soldados muertos en el campo de balalla.

Valdez cede el campo a Olañeta Aunque Olañeta contaba todavía con algunas fuerzas, y que el Barbarucho llegó á escaparse, abusando del buen trato y soltura que le dispensara Valdez, el golpe había sido tan rudo, que es indudable que aquí habría terminado la insurrección, si la llamada apremiante del Virrey no lo hubiese obligado á abandonar la persecución. Precisado á sacar partido de tan dolorosa disyuntiva, comisionó de parlamentario donde el rebelde al Coronel Gaspar Olañeta, secundado por sus ayudantes de campo, Vigil y Archondo, y puso en libertad á los Marquiegui y á los demás Jefes que habían caído prisioneros, para disponerlo á una conciliación. Olañeta había fusilado á todos los que habían caído en su poder, entre los que mencionaremos al Coronel Lezama, al Teniente coronel Rivas y al capitán Auñón.

En las negociaciones no se pudo arribar á ningun resultado. El tiempo pasaba y los apremios para marchar al Cuzco se repetían. En 26 de Agosto, Valdez, haciendo de tripas corazón, llamó á Olañeta á La Paz, le informó que los independientes se venían sobre el Cuzco; le hizo presente, que era menester que los españoles se unieran para sostener al Rey, deponiendo antiguos resentimientos, como único medio de evitar la ruina general; y sin esperar promesas de acuerdo y fidelidad porque el apuro no lo permitía, le dejó el mando del Alto Perú hasta el Desaguadero. No tan pronto se despidió de él y se puso en marcha con las tropas para el Cuzco, Olañeta invadió y se apoderó de toda la provincia de Puno.

Olañeta no fue traidor

Á pesar de esto, hay que defender su memoria de la tacha de traidor. Él recibió comunicaciones y le contestó á Bolivar, pero su promesa de *celebrar tratados con los independientes, útiles á éstos, á la causa que sostenía y al Perú todo*, era tan halagadora á los que luchaban por la libertad como á los que defendían los derechos del trono. El mismo San Martín no estuvo á mayor altura en sus propósitos en las conferencias de Punchauca, y sería injusticia notoria calificar de crimen en el subalterno, á quien aguijoneaba el resentimiento, lo que pactaba tranquilo y después de madura reflexión, el gran político y caudillo supremo que podía mandar.

Bolivar explotó la debilidad de Olañeta de haberle escrito, llamándole con malicia en sus proclamas, *libertador de la América*, como Canterac irritado de la deserción y pase del Coronel Plasencia, le escribía cartas confiden-

ciales supuestas, para que se le tomase por uno de sus espías.

El tratamiento indignó á Olañeta; lo despertó de su letargo, y lo hizo desconfiar de su sobrino D. Casimiro, su asesor, á quien Bolivar se había sabido ganar.

Terco, insubordinado, rebelde, huraño á la disciplina y al arte militar, hijo amante del terruño, enemigo de los peninsulares, cristiano rancio, idólatra de su rey, tal fué Olañeta; pero es indudable que sin la discordia entre ellos, el empuje de sus cuatro mil bayonetas, y más que las armas, el temple del Barbarucho y el coraje de Ameller, habrían decidido en contra nuestra la contienda final.

CAPITULO XXVI

Campaña final

Las sangrientas batallas del Alto Perú, le hicieron comprender á Bolivar que el cielo le había enviado un podeeoso aliado imprevisto en uno de los generales enemigos, y que era llegado el momento de dejar los preparativos para tentar de una vez la suerte de las armas.

Ejercito y E. Mayor

Contando con las guarniciones y destacamentos, el ejército libre había ascendido á 9,400 hombres, de los cuales no habían sino 7,000 como ya hemos dicho, al abrir la campaña: 3,000 peruanos, 4,000 colombianos, 1,100 chilenos y 1,300 argentinos, divididos en tres divisiones, dos colombianas bajo Córdova y Lara, y una peruana bajo La Mar; Jefe de Estado Mayor de ésta fué Santa Cruz, y de aquellas O'Connor. Bolivar nombró á Su-

cre General en Jefe del Ejército Unido Libertador, delegándole las facultades extraordinarias que le confirió el el congreso, limitándolas á Huánuco y á la costa.

Miller, de regreso de Chile, á donde había sido enviado á pedir refuerzos, fué encargado de la caballería peruana que debía marchar á la vanguardia: Carvajal de la de Colombia: Bruix de la de Buenos Aires, estando todos bajo Necochea. Aldunate fué nombrado Jefe de Estado Mayor del Ejército Libertador, y Gamarra Jefe de itinerario, como conocedor del terreno. Se llamó á Morán que estaba de Comandante general de Piura, y se le reemplazó con el Coronel Torres Valdivia.

Las gestiones de O'Leory en Chile y de Mosquera en Buenos Ayres habían resultado infructuosas. Funes le escribía á éste, que el Ministro de Guerra no quería dar auxilios al Perú (Nov. 16-23). Los chilenos miraban con desconfianza á Bolivar: Martinez, Raulet, Brandsen y otros Jefes del Sur se habían ido á Chile (24 Ab.); Lopez é Ibarra no habían podido conséguir más soldados en Colombia, no obstante que Santander exagerando la crisis en que se hallaba Bolivar, había exigido del congreso 50,000 hombres.

He aquí el pequeño ejército con el que emancipó al Perú; consolidó la libertad de Chile, Colombia y Buenos Aires; batió á triple número de tropas mandadas por esforzados capitanes, y puso término á una dominación severa que pesaba sobre la América muy cerca de tres siglos.

Los realistas tenían 18,000 hombres, ó mejor diré, soldados enardecidos por la gloria. Ejercito realista

4,000 con Olañeta, 3,000 en Arequipa, 6,000 con Canterac escalonados entre Tarma, Huancavelica y Ayacucho; 1,930 en Ica; 1,000 en el Cuzco y 2,000 en guarniciones.

Felizmente para los nuestros, dos bravos Jefes, Espartero y Loriga, habían salido para España, el primero con el encargo de que hablamos en la página 198, se embarcó en Quilca en el bergantín inglés Tiber (Jun. 5-1824); y el segundo, comprometido á casarse con Da. Juana Pezuela, hija del Virrey, se embarcó en el Callao á mediados del mismo año.

Actividad de Sucre

Sucre, que en los últimos meses se había triplicado, porque no había necesidad del ejército á que no atendiera con solicitud y esmero: distribuyó los víveres acopiados en los pueblos del tránsito, siguiendo en esto los consejos oportunos de Gamarra.

En 18 de Marzo le escribía á Espinar; "solo nos queda un mes en que hacer todo lo que esté á nuestro alcance, y este mes es preciso aprovecharlo hasta en los minutos".

En esta penosa tarea fué ayudado eficazmente por D. Francisco de Paula Otero, servicio que le valió después de la campaña, las palas de General de brigada.

Bolivar había reconocido como Arenales la conveniencia de seguir el camino de la cordillera. Las subidas y bajadas, el frío de las punas y lo quebrado del terreno estaban compensados con la ventaja de ocultar los movimientos, por lo que Canterac solo vino á darse cuenta que los patriotas estaban en Junín, cuando ya los tenía algunas leguas á retaguardia.

A mediados de Mayo, ordenó Bolivar, que el General La Mar abriese la campaña pasando

de Cajamarca á Cajabamba con los batallones Legión 1, 2, y 3, el primer Regimiento de caballería, al mismo tiempo que el escuadrón Húzares de Colombia, Rifles y Vencedor, marcharan á Huamachuco, donde estaban Vargas, Bogotá, Voltíjeros, Pichincha, el escuadrón Granaderos de Colombia y los Granaderos de los Andes. Él salió de Trujillo para Huamachuco por la ruta de Otuzco, pasó á Chavín, en Huari, donde estaba ya la primera división colombiana, y á fines del mes entró en Huaraz. Tanto para conocer el país como para dirigir la marcha de la segunda división de Colombia, pasó á Aguamiro, en la provincia de Huamalíes y en seguida á Baños. La infantería peruana la halló escalonada de Pachas á Lauricocha, y ordenó que la caballería avanzara á Baños, Lauricocha y Yanahuanca, en cuya quebrada se reuniría todo el ejército á mediados de Julio. Él entró en Huánuco y se detuvo allí dos días, á fines de Junio. Ruta seguida

La segunda quincena de Julio la empleó el ejército en aproximarse á Pasco, por la quebrada ya mencionada y la de Huánuco.

El 1.° de Agosto llegó á Rancas, pequeño pueblo á 9 leguas del Cerro; allí revistó á los colombianos, y al día siguiente, en las estancias del Diezmo y de la Sacra Familia, pasó revista á los peruanos. Revista de Rancas

El espectáculo fué de lo más imponente: el aire marcial de la tropa, la precisión y rapidez de los movimientos al formar en columna cerrada por divisiones, acreditó que ya estaban listos para la pelea, llenándose los Jefes y oficiales de orgullo y satisfacción.

Lo que más cautivó á todos fué la excelen-

cia de la caballería. Bolivar había conseguido reunir las mejores bestias de los valles del Norte. En Lima se multó con 900 pesos al que no presentara sus caballos. No había habido hacienda ó chácara que no hubiese sido revisada, yeguarizo rebuscado, pesebre removido. Un Coronel no hubiera desdeñado la cabalgadura de un sargento. Los soldados caminaban en mulas, y para el combate cada uno llevaba del diestro su palafrén.

Bolivar se adelantó y pronunció con voz clara la siguiente proclama:

"Soldados! Vais á completar la obra más grande que el Cielo ha encargado á los hombres:—la de salvar un mundo entero de la esclavitud.

Celebre proclama

Soldados! Los enemigos que debeis destruir, se jactan de catorce años de triunfos; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras que han brillado en mil combates.

Soldados! El Perú y la América toda aguarda de vosotros la paz hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. ¿La burlareis? No! No!! No!!! Vosotros sois invencibles."

Jefes, Oficiales y soldados, llenos del mayor entusiasmo, prorrumpieron en frases de aplauso y de admiración: solo Monteagudo se expresó como si hubiera escuchado al genio de la guerra.

Profecias de Bolivar

Bolivar no dudó un momento de que la victoria coronaría sus esfuerzos. Muchos son los testimonios que he encontrado de esta persuación; citaré algunos. Á Heres le escribía en 15 de Abril: "Este medio mes debemos emplearlo

en preparativos; el de Mayo en marchar y el de Junio en combatir." A Sucre: "Los enemigos vendrán con 8,000 hombres, y como nosotros llevaremos al campo de batalla otros tantos, la victoria es nuestra sin remedio......"

Al revistar á sus compatriotas les dijo señalando al Sur, con espíritu profético: "El 7 de Agosto vencimos en Boyacá; otro aniversario se nos ospera".

No faltó en Europa tampoco un profundo político, que anunciara á España la pérdida de sus colonias. El célebre Canning, en nota de Enero 30 de 1824 le decía á Mr. X. Court, embajador inglés en Madrid, que le hiciera presente al gobierno español, que la Inglaterra había decidido categóricamente, "que el reconocimiento de aquellos nuevos estados que han establecido de hecho su existencia política, separada, no podía ya diferirse por mucho tiempo". Mas tarde, el 1.° de Diciembre del mismo año, ocho días antes de Ayacucho, dijo en el parlamento estas palabras memorables: "La batalla ha sido recia pero está ganada. El clavo está remachado. La América española es libre, *novus sæculorum nascitur ordo*." Otro profeta

Los libertadores siguieron por la margen occidental del lago de Lauricocha hasta Conocancha, mientras Canterac se movía por la otra orilla en dirección contraria de Cacas á Carhuamayo [1 Ag]. Traía dos divisiones de 4,000 infantes cada una, al mando de Monet y Maroto; 1,400 caballos con el Brigadier Bedoya, y una brigada con nueve piezas de artillería. De Carhuamayo se adelantó con sus escuadrones á Pasco (5 Ag.) donde supo, con no poca sorpresa, que no se trataba de Ruta de Canterac

una división, como se le había dicho, sino de todo el ejército independiente, el que, variando de Conocancha á Junín, podía cortarle la retirada.

En esta situación, Canterac retrocedió en protección de su infantería, al paso que Bolivar, confirmando su previsión, dispuso en la mañana del 6, que Córdova marchase á la vanguardia con La Mar y Lara, para cortarle el paso y obligarlo á dar batalla. La diligencia fué inútil: á las dos de la tarde se divisó de una altura, que el enemigo á la distancia de dos leguas, se retiraba de prisa, un poco al sur de Reyes, protejido por la caballería. Bolivar dejando á los infantes, seguido de Sucre, La Mar, Santa Cruz, su Estado Mayor y sus edecanes, voló á ponerse al frente de la caballería, y le ordenó á Necochea que les diera alcance, pasando á la vanguardia al trote en columna sucesiva por mitades.

Batalla de Junin

La rapidez y precisión con que se ejecutó el movimiento, la voz enérgica y la actitud del Libertador, produjeron un entusiasmo indescriptible; y era de distinguirse entre los semblantes enardecidos de todos, las miradas fieras de los vencedores en San Lorenzo y Maypú, Boyacá y Pichincha, Marengo y Borodino.

A las cuatro se estrecharon las distancias. Canterac vió que la infantería no podía continuar retirándose sin correr peligro, y volviéndo cara desplegó al frente dos escuadrones de Húzares de Fernando VII y dos de Dragones del Perú, reforzando los flancos á retaguardia con dos columnas de los cuatro escuadrones de Dragones de la Unión, de manera de poder

extender su línea ó rechazar un ataque de flanco cuando fuera menester.

La caballería patriota cruzaba en columna un desfiladero estrecho entre un pantano y montañas escarpadas. Al salir de él, Necochea ordenó desplegar en batalla por retaguardia de la primera subdivisión, y antes de que el primer escuadrón estuviera en línea, cargó sobre él Canterac con aires violentos á una distancia desproporcionada. El choque fué tremendo: los colombianos lo recibieron con sus largas lanzas en ristre, pero rodeados por el enemigo y agobiados por el número, volvieron caras y llevaron la confusión y el desorden al resto de la caballeria que salía del desfiladero. Solo Braun, seguido de algunos, se abrió paso con su espada hasta la retaguardia del enemigo. En vano Necochea, Sowersby, Lizárraga, cubiertos de sangre y batiéndose como simples soldados, trataban de contener á su gente; la fuga fué general, y el mismo Bolivar abandonó el campo para impedir que la infantería se desmoralizara.

Los realistas acuchillaron sable en mano á los libertadores en todas direcciones, dividiéndose y dispersándose por la victoria. Necochea fué hecho prisionero, debiendo la vida al soldado realista que lo capturó, que había servido á sus órdenes en el ejército de los Andes.

Carga terrible de Suarez

Dos escuadrones peruanos que mandaba el Teniente Coronel argentino Isidoro Suarez, y que no habían tomado parte en la refriega, se habían quedado á retaguardia, protegidos por un pantano. Por su flanco vieron pasar en horrorosa confusión á los vencidos y vencedores. Suarez recibe orden de retirarse, pero notando

que el momento era propicio para reparar el desastre, le habla á su valiente escuadrón, se pone á su frente, y como una avalancha carga por retaguardia, sablea, hiere y mata á los que se creían dueños de la victoria. El ímpetu y la oportunidad del ataque superó á las espectativas. El capitán Sandoval rescata á Necochea y rinde la vida, espada en mano. Bruix, Braun, Miller, se rehacen y persiguen á los realistas en todas direcciones, teniendo la infantería española que hacer frente para protejer á unos cuantos fugitivos.

La acción duró 45 minutos: solo se empleó el arma blanca. Los ya mencionados y Silva, Carvajal, Medina se cubrieron de gloria, pero ninguno como el bravo Suarez á quien se debió la victoria. Necochea recibió siete heridas; el Mayor Lizárraga murió de diez lanzadas; el Capitán Urbina y el Teniente Cortez quedaron en el campo; Sowersby, vencedor en Maypú, Riobamba y Pichincha, veterano en la campaña de Rusia en Moscú y Borodino, murió al día siguiente en Carhuamayo: tenía 29 años y era natural de Bremen. También salieron heridos Braun, Carvajal y el Capitán Peraza.

Los españoles perdieron 19 oficiales, 235 soldados, 80 prisioneros y multitud de dispersos. Los patriotas 150, entre muertos y heridos. Bolivar que se creía perdido, recibió un parte de Miller y regresó al campo, y á los gritos de ¡Viva la caballería de Colombia, dijo, lanzando su interjección habitual ¡............Viva la caballería del Perú! decretando días después, que uno de los escuadrones del Perú llevara siempre el nombre de Glorioso Regimiento de Junín.

El no haber hecho uso de la artillería y de las guerrillas como lo intentó Maroto, la falta de reserva y el haber cargado á distancia contra los principios de Murat, ocasionaron la derrota, confesando Canterac que no se daba cuenta cómo había tenido lugar. Causas de la derrota

En la carrera se rompieron las filas, y la fuga de los contrarios acabó de dispersar á los que se creían vencedores. Con excepción de unos cuantos al mando del Comandante Marsilla, dice Torrente, se perdió una brillante división de caballería, una mitad de la que se pasó al enemigo, algunos días después, y el resto quedó tan desmoralizado que no fué de provecho alguno durante la campaña.

Después del desastre vinieron las recriminaciones recíprocas, que siempre se ha de buscar en nuestra debilidad ó descuido, el efecto del valor ó de la pericia del contrario. Ya era Canterac que acusaba á Maroto de haber abandonado su division; ya era el Coronel Gascón que imputaba al mismo, el haber llamado á gritos, después del combate, á su asistente López portador de su dinero, cuando era llegado el momento de dejarse de disputas y de sostener la causa del Rey reuniendo y organizando á los fugitivos. Disgustos entre los realistas

Canterac emprendió una retirada desastrosa. En dos días llegó á Huayucachi (32 leguas); el 11 á Huando, donde hizo volar el puente de piedra de Izcuchaca, no obstante la protesta de Maroto que se separó del ejército dirigiéndose al Cuzco donde el Virrey. Su puesto fué dado al Brigadier Juan Antonio Pardo. Canterac continuó de fuga perdiendo gran cantidad de gente, armas, pertrechos, y lo peor de todo, esparciendo á su paso el desaliento. Retirada

El 17 los realistas cruzaron el Pampas, cortaron el puente y descansaron 15 días en la fuerte posición de Chincheros. Habían hecho 150 leguas, casi sin detenerse, y perdido 300 caballos, 700 fusiles, municiones, ganados, seis provincias y 2000 hombres que, en parte, engrosaron al ejército libre. El reposo no fué sino para emprender con nuevo aliento la fuga. De Chincheros cruzaron el Apurimac y también cortaron el puente. En vano les aconsejaban que se detuvieran. La precipitación fué tal, que al soldado ó rabona que se cansaba ó no podía seguir se le fusilaba. Para calmar á Canterac, La Serna le mandó un refuerzo de 1,800 hombres y se adelantó á Limatambo, ordenándole antes á Valdez, que estaba en el Alto Perú, como ya hemos dicho, que se replegara al Cuzco á la mayor brevedad.

Avance de los libres

El apuro fué tanto más inexcusable cuanto que los vencedores lejos de perseguir á Canterac, retrocedieron á Reyes para reunir sus dispersos (7 Ag). El pueblo había sido saqueado por los españoles, motivo por el que Bolivar más tarde (Tarma Oct. 30) le demominó *Heroica villa de Junín*. El 8 pasaron los independientes á Cacas, el 9 á Tarma, el 11 á Jauja, luego á Concepción y el 14 á Huancayo, donde expidió Bolivar una proclama (15) en la que daba á Olañeta el título de Libertador del Perú, para inducirlo á que se pronunciara por la independencia, ó para indisponerlo algo más con el Virrey. Tres días después se reunió al ejército O'Higgins. El 22 pasaron á Huanta y el 24 á Huamanga, donde se creyó conveniente descansar algunos días de tantas fatigas.

No así Bolivar. De las agitaciones de la mar-

cha pasó á las del bufete. En 30 de Agosto exhimió de contribuciones por 10 años á los pueblos quemados por los españoles: dió el título de ciudad á la villa de Cangallo por su heróico comportamiento: dispuso (Set. 15) que los emigrados peruanos tuviesen derecho á sus bienes vendidos por el enemigo, pero no á pedir indemnización á los poseedores de sus bienes ó á los jueces que los hubiesen desposeido: declaró responsables á los Prefectos y Municipales que, consultados sobre la conveniencia de una persona para un empleo, informaran mal de los buenos y recomendasen á los inaparentes: y por último, que el ejército y la marina fuesen pagados de preferencia á los acreedores del Estado (Oct. 16)

Por entonces se sorprendió entre Huancavelica y Huamanga á un destacamento que conducía el Teniente Coronel Diaz, el cual quedó prisionero. Se le quitaron 472 fusiles y muchos pertrechos.

Una vez que observó Bolivar que la gente se había repuesto de sus fatigas, para fomentar la unión y espíritu de cuerpo, pasó una revista general que resultó mucho más brillante que la de Rancas. Nueva revista

Al terminar, Sucre dirijió la palabra al ejército y entre otras cosas, dijo: "Bajo la dirección del Libertador solo la victoria podemos esperar". Bolivar improvisadamente le contestó con extraordinaria habilidad, concluyendo con esta elegante frase que llenó á todos de satisfacción y orgullo: *Para saber que debo triunfar, solo basta conocer á los que me rodean.* A la revista siguió un gran banquete.

En aquella se cogieron á tres espías, huéspedes Espías

de la Señora Paula Recabarren de Herboso y del clérigo D. Vicente Fuentes. Bolivar ordenó que los cinco fueran remitidos al Jefe realista inmediato, suplicándole que no renovara el intento, y asegurándole que se le rodearía de atenciones, cada vez que pasara al ejército libre á imponerse de su estado.

El ejército continuó la persecución hasta Challhuanca donde se estableció el cuartel general (Set. 24), que más tarde (2 Oct.) pasó á Sanayca cubriendo la línea del Apurimac y ocupando algunas provincias del Cuzco.

Ultimas órdenes de Bolivar

Bolivar, de Huamanga siguió por Vilcashuaman, Carhuanca, Huancaray, Chuquibamba y Sanayca, de donde le escribió á Olañeta (Oct. 6) ofreciéndole la amistad de Colombia y del Perú, al mismo tiempo que autorizaba á Sucre, ó á La Mar en su defecto, para que tratara con él. Dispuso, además, que el Coronel Carreño ocupara con los montoneros Abancay; reconoció en persona las dos riberas del Apurimac; le entregó el ejército á Sucre señalándole las provincias de Andahuaylas y Abancay para cuarteles de invierno, y se puso en marcha para la costa por Andahuaylas, Huamanga, Marca, Huancayo y Jauja.

Razones de su retirada

Muchas razones lo obligaron á dar este paso. La más sólida fué, que el congreso de Colombia lo desvistió de las facultades extraordinarias, las cuales recayeron en el Poder Ejecutivo, único que podía mandar el ejército de Colombia por si ó por apoderado, y dirigir las operaciones en el teatro de la guerra ó en los países libertados. Bolivar, según ésto, no tenía más poder sobre los colombianos que el que le competía como Dictador del Perú.

Desde que recibió esta comunicación en Huancayo, quiso encomendar á La Mar el mando del ejército, como al Jefe más antiguo y de mayor graduación, pero siendo el elemento colombiano el que predominaba en él, La Mar temió romper la unidad que, desde la victoria de Junín, se había felizmente establecido.

Sin embargo de la confianza que tenía en sus tropas, Bolivar no quería exponer la suerte de la América Meridional á eventualidades. Necesitaba un ejército de reserva, y Junín le había venido á revelar que, sin el heroismo de Suarez, hubieran mordido el polvo sus bravos colombianos. Pedir refuerzos á Colombia; remitir al Centro los que hubiesen llegado al Perú en los últimos meses y las altas de los hospitales; estrechar el sitio del Callao, atender al empréstito de Londres que se había llegado á colocar, y cuidar que el Asia y el Apuiles, que ya surcaban el Pacífico no dieran un jaque á las naves que mantenían la comunicación con Colombia, fueron los móviles que lo indujeron á descender á la costa.

Tampoco se figuró, que estando tan avanzada la estación de las lluvias, los españoles tomaran la ofensiva y abriesen la campaña; y en esta creencia le ordenó á Sucre que se acantonara entre Andahuaylas y Abancay, y no presentara batalla hasta que volviera él á encargarse de las operaciones.

De pasada en Jauja, restableció los tres ministerios (Oct. 28) dando la cartera de Gobierno y Relaciones Exteriores á Sanchez Carrión; la de Guerra y Marina al Coronel T. Heres, y la de Hacienda al Dr. Unanue. Tres ministerios

De Jauja siguió á Canta, Santa Rosa de Qui-

Bolivar en la costa

ves y hacienda de Palpa en Chancay. Estableció avanzadas en Pasamayo y el alto de Peralvillo, y se proveyó de lo necesario para recibir á las tropas que esperaba de Colombia.

Del ejército de la costa formó una división que puso á las órdenes de Urdaneta.

Cuando los realistas avanzaron hasta Huamanga (Nov. 17), temió que se vinieron sobre la costa, por lo que dispuso que el Coronel Terreros, á la mayor brevedad, se estableciera en San Mateo con una fuerte guerrilla, y que Santa Cruz reuniera bajo su mando las de Junín, Carhuamayo, Pasco, Huánuco y Cajatambo, para atender á los puntos que se le designaran.

CAPITULO XXVII

Lima en poder de los realistas

Veamos lo que había pasado en Lima en la ausencia de Bolivar.

El Brigadier Ramirez continuó practicando actos inhumanos que le merecieron el apodo de *Robespierre*.

La sospecha llegó á ser un delito grave, y como nadie puede estar exento de ella, las calles se veían desiertas presentando Lima el aspecto de una ciudad abandonada.

Aumentaba la inquietud, la debilidad de la guarnición española para conservar el orden. Los montoneros hacían incursiones á menudo, y á las veces, obligaban á los españoles á replegarse á los castillos, de manera que tan pronto estaba Lima en manos de los realistas como de los independientes, soportando los atropellos y

vejámenes consiguientes á estas mutaciones políticas.

En una de estas alternativas, refiere el General Miller en sus Memorias, Ramirez se estableció con su tropa en el convento de la Merced, y desde allí se entretenía en detener á los transeuntes para hacerles cortar el pelo, porque había dado en llamar *republicanos* á los pelilargos.

Habiendo dicho un señor Bezanilla, que los patriotas entraríań pronto á la ciudad, Ramirez ordenó, que se le atase con los brazos abiertos á una cruz de piedra de la plaza mayor, poniéndose encima el siguiente letrero: *Aquí está colgado Bezanilla hasta que entren los insurgentes.* Bezanilla

Don José María Gamboa, sorprendido infraganti con comunicaciones para los patriotas, fué fusilado sin más trámite, en uno de los óvalos del puente de piedra (1824). Gamboa

El montonero, guerrillero ó soldado que caía en sus manos era pasado en el acto por las armas. La gente se recogía á comer á las cuatro, y después de esa hora, no se veía un alma por las calles. El terror se cernía sobre la ciudad, y tan inquietos vivían los realistas como los independientes.

Rodil destacaba, de vez en cuando, piquetes de caballería para alejar á los montoneros y proveerse de lo necesario. Uno de ellos, con el Coronel Villagra, pasó á Chancay y obligó á retirarse al Coronel de Milicias D. Pedro José Belaochaga. Se componía de 140 cazadores del 2.° del Infante y del Arequipa, y de dos mitades de un escuadrón. En Mayo 6, supo Villagra que el Coronel Deza, con Nina- Belaochaga

vilca, Huavique á la cabeza de 900 montoneros salían del fundo de Caqui á Pasamayo á cortarle la retirada, y en el acto dispuso que el Teniente Coronel Isidro Alaix le siguiera con los infantes, mientras él con las mitades cortaba el paso á Deza cruzando el río por Pancha la Huaca. El gran número alentó á los nuestros á atacar á los realistas, y por una hora mantuvieron un vivo tiroteo; pero á la llegada de la tropa de línea que desplegó en guerrilla y les cogió uno de los flancos, se retiraron precipitadamente por Pampa Hermosa, dejando 130 muertos, entre ellos al Sargento Mayor Suárez, 200 caballos, otros tantos fusiles, lanzas, sables y algunas cargas de municiones.

Encuentros parciales

Encuentros de menor importancia tuvieron lugar entre las avanzadas de Lima y los guerrilleros, entre los que mencionaremos el de Casapalca [Mayo 27], en que se portó bizarramente el Coronel Guzmán, el de Aznapuquio [Julio 18], y el de Piedras Gordas [Julio 22].

Ocupémonos ahora de los sucesos marítimos.

En el mar

Con la toma del Callao y la venida del Asia, era menester un acto de arrojo de nuestra escuadra para imponerle respeto al enemigo, que no se hizo esperar estando sostenido el bloqueo por un marino de la talla de Guisse.

No habiendo podido impedir la entrada del Asia y del Aquiles al Callao, fué á buscarlos en la rada (Oct. 6), con la Protector, la corbeta Pichincha, el bergantin Chimborazo, las goletas Macedonia, Guayaquileña y un trasporte, y denodadamente rompió sus fuegos sobre la escuadra y las fortalezas, retirándose después de una hora de cañoneo á la isla de San Lorenzo.

En la noche embarcaron los españoles la compañía de Granaderos del batallón Arequipa al mando del Coronel Mateo Ramirez, y á las seis de la mañana salieron en busca de Guisse. Para atraerlos al mar libre, fingió fugar con sus barcos, y por cuatro horas se limitó á cambiar sus tiros de popa con los de proa del navío. Cuando estuvieron á bastante distancia del puerto, Guisse viró sobre el Asia y tomó la ofensiva, no obstante que su nave estaba haciendo agua, pero habiéndose desprendido algunos cañones del lado del entrepuente que hacían fuego, tuvo que alejarse para reparar el daño. Los españoles, lejos de perseguirlo, abandonaron la persecución y rápidamente regresaron á su fondeadero.

En este estado permanecieron hasta el 22 del mismo mes, en que habiendo sabido Rodil que Blanco Encalada venía con la escuadra chilena á estrechar el bloqueo, mandó al Asia, al Aquiles y al Constante al Sur. Guisse salió á darles alcance y no habiéndolo conseguido, regresó á San Lorenzo, donde pocos días después recibió orden de ir á Guayaquil á reparar los buques. La escuadra española al Sur

Desde sus exigencias para que se pusiera en libertad á Riva Agüero, Bolivar desconfiaba de él, y así le confió los buques al Comodoro de Colombia Illingrot, para que viniera en unión de las naves chilenas al mando de Blanco Encalada, á estrechar el sitio del Callao. Llamado éste á Chile continuó aquel al frente del bloqueo.

Para el caso que los españoles se desprendieran á la costa, se nombró al General La Fuente, Comandante General de la costa de Inter-

medios con 500 hombres, debiendo acuartelarse en Ica.

Huanta se subleva

Á Santa Cruz se le dió una pequeña división de mil infantes y 400 caballos, bien vestidos y pagados, con la que se escalonó de Jauja á Huancavelica. Con esta fuerza Bolivar sofocó con mano severa el levantamiento de los huantinos en favor de los realistas, pasando por las armas á los cabecillas, remitiendo á Lima á los cómplices y dispersando á los que se habían manifestado hostiles á la patria. Con esto las comunicaciones entre Lima y el ejército quedaron restablecidas.

Sitio de los castillos

El Coronel Urdaneta quedó vigilando los castillos y protegiendo Lima con una columna de cazadores de 300 hombres, y dos escuadrones de Dragones del Perú con 200 cada uno.

El 3 de Noviembre habiéndose adelantado hasta el carrizal de Baquíjano, le salió al encuentro el Coronel Aznar con un escuadrón al mando del Teniente Coronel Zavala, hijo primogénito del Marqués de Valle Umbroso, con una compañía de cazadores del 2.° del Infante, otra del Arequipa, y otra de los fusileros de este batallón; y con la mayor facilidad lo hizo retroceder hasta la Legua. En el choque de los escuadrones fué muerto el Teniente Coronel Manuel Vargas, empeñado en contener la fuga de los suyos, y con su pérdida se pronunció la derrota, dejando los realistas el suelo sembrado de cadáveres de la portada del Callao á la plazuela de San Marcelo. Muchos ancianos, mujeres y niños, atraídos por la curiosidad, fueron lanceados por la caballería.

Una columna con dos piezas ocupó el 4 la capital. El Gobernador José María Egúsquiza

tuvo que abandonarla precipitadamente, pero á las cinco de la tarde se replegaron los vencedores al castillo. Esta fué la última vez que flameara en Lima la bandera española.

Urdaneta derrotado

De los 500 caballos apenas pudo reunir Urdaneta 60 ó 70 en Puente Palo; el resto se dispersó dejando al enemigo 208 lanzas, 150 fusiles, 111 tercerolas, 134 sables, 260 caballos y algunas municiones. La infantería patriota saltó la tapia opuesta al ataque, y se retiró en buen orden. Los dos oficiales de Urdaneta que en la fuga llevaron á Chancay la noticia á Bolivar, fueron pasados por las armas por haber abandonado las filas [Nov. 8]; uno de ellos fué el Capitan Diego Castillo. Para aquietar los ánimos de los vecinos, Bolivar envió nueva fuerza con orden de no combatir sino en el caso de tener ventajas positivas.

Bolivar en Lima

Pero Urdaneta, que era un maula completo, quería lavar con sangre ajena su derrota, y así, contraviniendo lo dispuesto, atacaba continuamente y sin fruto á las partidas que salían de los castillos. Bolivar le pasó notas muy fuertes que un hombre de dignidad no habría tolerado, y como ni aun así le viera ceder, se dirijió á Lima para evitar un revés. Le reprendió con severidad; revistó sus fuerzas y las de las próximas guarniciones, y el 7 en la tarde entró á la ciudad de paso para el Callao.

El gentío que salió á recibirlo fué inmenso: el temor de que se alejara movió tanto á los vecinos como el júbilo de su venida la primera vez. Se le rogó, se le suplicó que no se separara de la capital, y el bello sexo, las personas más notables y las instituciones no descansa-

ron hasta arrancarle la promesa que se quedaría.

El cuartel general fué trasladado de Chancay á Lima. Se componía de tres escuadrones, una compañía de Cazadores de Colombia y el N.° 4 del Perú que tenía más de 1000 plazas, sumando todo 2,000 hombres, poco más ó menos.

CAPITULO XXVIII

Organización de los realistas

Cuando Bolivar se separó de Sucre, Canterac que mandaba el ejército del Norte tenía acantonada la caballería y la artilleria en el Cuzco y la infantería en Paruro, la cual se componía de los batallones 1.° del Infante, 1.° del Imperial, Burgos, Cantabria, Castro, Victoria, Guías y Centro. La caballería la formaban el Regimiento Dragones de la Unión con tres escuadrones, Dragones del Perú, Húzares de Fernando VII y el escuadrón Granaderos de San Carlos.

El 10 y 11 de Octubre llegó Valdez con el ejército del Sur compuesto de los batallones 1.° y 2.° Gerona, 2.° del Imperial, 1.° del primer Regimiento, 2.° Fernando VII, 4 escuadrones de los Granaderos de la Guardia, el escuadrón Dragones del Rey y las guarniciones de Oruro, La Paz y Cochabamba.

Reunidos ambos ejércitos arrojaron un total de 9,310 hombres, y para evitar rivalidades entre los Jefes, resolvió el Virrey dirigir las operaciones de la guerra.

Al efecto nombró Jefe de Estado Mayor á

Canterac, á Maroto le dió la Comandancia de la provincia de Puno y al Brigadier Ramirez (Manuel) la de Arequipa.

La infantería la organizó en tres divisiones que dió á Valdez, Monet y Villalobos, los cuales tenían de segundos Jefes á los Brigadieres Somocurcio, Pardo y Manuel Ramirez, respectivamente. La caballería la confió á Ferraz; constaba de dos brigadas al mando de los Brigadieres García Camba y Bedoya. La artillería compuesta de 14 piezas, fué dada á Cacho. La Comandancia de ingenieros la desempeñaba el Brigadier Atero, y los Brigadieres Vigil y Landázuri fueron nombrados ayudantes del Virrey.

La división de vanguardia, se componía de los batallones Cantabria, Centro, Castro y 1.° del Imperial Alejandro. La primera división, de Burgos, Infante, Victoria, Guías y segundo del primer Regimiento; y la segunda, del 1.° y 2.° Gerona, 2.° del Imperial, 1.° del primer Regimiento y 2.° de Fernando VII.

Sale el Virrey á la campaña

Todas estas tropas orgullosas de sus triunfos y bien pagadas, estaban en la mejor disposición de ánimo para entrar en campaña. Con los aparatos y maquinaria extraídos de Lima y algunos empleados de la Casa de Moneda de Potosí, La Serna había acuñado en el Cuzco monedas de oro y plata, de manera que su gente disponía de mayores medios y recursos que los independientes. El 22 dejó en el Cuzco á D. Antonio María Alvarez para conservar el orden, con el batallón Huamanga y algunos piquetes de Dragones del Rey, y abrió la campaña saliendo con el ejército á Limatambo, donde recibió al Teniente de fragata D. Ramón Cándido de Alvarado, mandado por el Co-

mandante Guruceta para participarle que su escuadra, compuesta del navío Asia y del bergantín Aquiles, había llegado á Chiloé el 28 de Abril. Era portador de las dos órdenes reales de que hemos hablado á fojas 198.

Junta de guerra

En Chalhuanca, Sucre, La Mar y Miller celebraron una Junta de Guerra, en la que éste fué de opinión que se tomara la ofensiva, ignorando probablemente las instrucciones de Bolivar y el regreso de Valdez, por lo que Sucre determinó avanzar á Oropeza y Mamara, á fin de reconocer á los realistas que todavía se mantenían en la orilla derecha del Apurimac. En el calor de la discusión, confiesa Miller, que se le escaparon algunas frases indiscretas que resfriaron sus relaciones con Sucre. Él fué nombrado Jefe del reconocimiento y se le dió el batallón N.° 1, el Regimiento Húzares de Junín y el escuadrón Granaderos con los que se adelantó á Oropesa, mandó avanzadas á Haquira y Colquemarca y él en persona reconoció el terreno hasta Capacmarca, donde supo que el Virrey había concentrado todas sus fuerzas en las inmediaciones de Accha, á tiempo que Sucre diseminaba las suyas al rededor de Lambrana [Nov 7.].

El enemigo cruzó el Apurimac [25 Agt.] por el punto en que se divide en tres brazos, y por el flanco de los patriotas siguió por Parcos, Capacmarca y Quiñota, de donde desalojó á Miller y ocupó los altos de Mamara el 31 de Octubre.

Aunque Lambrana no dista sino algunas leguas, no era de temer que los realistas emprendieran un ataque, dada la excelente posición de los patriotas, que con unos cuantos

batallones los habrían detenido; y por esto se limitó el Virrey á aislar á Sucre, cortándole sus comunicaciones con Huamanga y la costa, para lo que se movió en torno de él por Antilia, laguna de Chilloc, Challhuanca, Sanayca, Pampachiri, altos de Larcay, laguna de Coñari, Chilcayo, Carhuanca, Vilcashuaman, Pomacocha y Rayay-rajay donde acampó, destacando á Huamanga [16 Nov.] unas compañías de cazadores que se replegaron el 17, al saber por unos prisioneros que Sucre se había movido sobre San Gerónimo. Marcha de los españoles

Esta caminata, penosa para los realistas, dió lugar á muchas deserciones: hacían ocho ó nueve leguas diarias, y al llegar al campamento tenían que recorrer algunas más en busca de leña y agua.

Canterac tenía en constante agitación á los patriotas con partes falsos sobre movimientos imaginarios, petición de víveres, preparación de alojamientos y otros ardides que no dejaban de producir algún efecto.

No faltaron sus peripecias entre los nuestros. Gamarra Comisionado Gamarra para levantar á los cuzqueños, llegó á Oropeza y Miller le dió una pequeña escolta para su seguridad personal. Al siguiente día se presentó de fuga trayéndose la avanzada de Haquira, y anunciando, lleno de alarma, que los españoles lo venían persiguiendo.

Averiguado el suceso, resultó que un parlamentario y su corneta, mandados por Valdez, habían sido la causa de la retirada de nuestro compatriota.

Y no se crea por un momento, que yo como Bolivar le acuse de timidez. Este es un punto

capital sobre el cual insisto, para evitar una falsa apreciación histórica sobre nuestros militares. Muy lejos estaba el Libertador de tenerlos en menos. Hombre habilísimo, genio singular, de gran penetración, no podía incurrir en ese error respecto de Gamarra, Santa Cruz, Tristán y demás que figuraban en el ejército. De los dos primeros tenía una opinión honrosa como lo manifiesta la carta á Sucre que cito y copio á f. 63, pero á él no se le podía escapar, que unos y otros estaban dominados por la idea de la superioridad militar de los Generales espanoles, que habían sido sus maestros, de donde una vez que se veían al frente de ellos, comenzaban á flanquear y terminaban por emprender la fuga. Recuérdese la retirada de Pasco y el ataque de Concepción, el encuentro de la Macacona, y la carrera y la dispersión total, sin disparar un tiro, después de Zepita.

Althaus También mandó Valdez al Teniente Coronel Olivarez con dos compañías á reconocer y apoderarse, si era posible, del puente de Apurimac. Un pequeño destacamento que allí había fué batido completamente, teniendo su Jefe el Coronel Althaus que hacerse el muerto para poder escapar. Al oscurecer recobró el movimiento y se replegó á Miller.

Días después tuvo la desgracia de caer prisionero en una escaramuza. Engaño y captura que refirió muchas veces en sociedad, con aquel proverbial buen humor, gracia singular y chispa inagotable que era el encanto de todos los que le trataron.

Mientras los españoles ejecutaban estos movimientos, Sucre trasladó su cuartel general

á Casanchihua, mandó una división á Pichirhua, otra á Chalhuani, distante una legua, y lentamente ocupó Andahuaylas y Talavera (19) donde se detuvo algunos días antes de emprender sobre el enemigo.

La confianza que tenía en sus tropas era ilimitada. Agrada leer los párrafos que les consagra en sus comunicaciones. De Pichirhua (Nov 7) le escribía á Bolivar: "Fuera de lo imprevisto y de la inconstancia de la fortuna, podremos decir que por todo lo probable tendremos una victoria. Mil hombres del enemigo más que los nuestros, no quiere decir nada. Somos mejores en calidad, en valor, en disciplina y en unión." Tres días después, del mismo lugar le escribe: "Los enemigos parecen que han pasado por Sanayca y unos dicen que van para Pampachiri, y otros que van para Andahuaylas, á ponérsenos á retaguardia. Sentiré que nos tomen la espalda; pero no me da cuidado, porque tengo tan absoluta confianza de este ejército, que me importa poco que la escena se ponga en cualquier parte: en cualquiera parte debemos derrotarlo." Fe en el triunfo

La calma de los movimientos de los libertadores, no dejó de desorientar á los españoles, que se habían prometido la satisfacción de ver huir á los nuestros al Norte para conservar sus comunicaciones. El desengaño fué abrumador. Lejos de verlos preocuparse sobre si el camino de la costa estaba ó nó expedito, se observó que venían en su busca, camino de Huamanga. Las avanzadas se batieron en el puente del Pampas (19), y el Coronel Silva desalojó, con una compañía de Húzares de Colombia y la primera de Rifles, á tres compa- Corl. Silva

ñías de Cazadores de las alturas de Bombón, obligándolas á repasar el río y á replegarse á Concepción que era su cuartel general [20].

Al día siguiente la vanguardia realista volvió á cruzar el río con el agua al pecho, hizo un reconocimiento y volvió á replegarse, permaneciendo tranquila hasta el 23, mientras los libres ocupaban Uripa á dos millas geográficas de distancia y veinte de camino.

El 24 los españoles contramarcharon oblicuando á la derecha hasta las alturas de Carhuanca que ocuparon el 26, descansaron el 27, y el 28 la vanguardia vadeó el río, y tomó los altos de Cocharcas, aparentando amenazar la izquierda de los libertadores, para ver si podía atraerlos al otro lado del Pampas y batirlos durante la travesía del río ó después de pasarlo, en el valle de Pomacocha. Sucre, á quien no se le escapaba el menor detalle, ocupó las alturas de Bombón, donde se mantuvo hasta el 30, y temiendo que él enemigo lo flanquease cruzando el río por Uchubamba, se apresuró á vadearlo para cubrir su rètaguardia. La travesía se hizo con orden y precisión admirables, de manera que Valdez llegó cuando el último piquete de caballería tomaba la orilla opuesta.

Estas marchas y movimientos, indiferentes al lector, dan idea á los estratejas de las condiciones quebradas del terreno, permitiéndoles apreciar la pericia de los capitanes, La posibilidad de un descuido ó de una sopresa, quedó práctica y recíprocamente eliminada; los ardides y estratajemas, inútiles; no quedaba sino un buen plan y el valor en una batalla campal.

De la margen izquierda del Pampas, sabien-

do Sucre que el enemigo había vuelto á pasar el río, se trasladó á Matará (2 Dic.), que está en una hoyada al Norte de la meseta de Ocros, que ocuparon los españoles algunos días después. Sucre les presentó batalla y la rehusaron por no haber llegado su vanguardia, obligada á vadear el Pampas y á hacer una marcha más larga que las otras divisiones. De allí retrocedieron media legua á tomar las lomas de la derecha y flanquear á los nuestros, y para evitarlo, emprendieron éstos el 3 por el valle de Colpahuayco para seguir á Tambo Cangallo. Desastre de Matará

Este movimiento tenía que hacerse despacio y á la desfilada, por lo que era peligroso ejecutarlo, dada la celeridad de los realistas. Efectivamente, no era Valdez á quien se le escapara la menor oportunidad, y así, á las 5 de la mañana alcanzó á la retaguardia que mandaba Lara, y la acometió con brío. Rifles que se atrevió á darle frente casi fué destruido; Vargas, desmoralizado, empezó á dispersarse; Miller recogió á los fugitivos y los condujo al fuego: Morán, su Coronel, cruzó con el resto la quebrada, los desplegó en batalla y abrió un fuego á pié firme que detuvo al enemigo, dándole tiempo á la caballería para vadear el río por Chota al oeste de Colpahuayco. Rifles y Vargas perdieran 300 hombres, entre ellos al Mayor Dumbury y á los tenientes Colmenares y Ramirez de Rifles. Áquel fué un bravo militar inglés, que habia ganado las presillas con la punta de su espada en las guerras de Colombia. Parte del parque, algunas mulas, caballos de estimación y una de las dos piezas de artillería cayeron en poder del enemigo [3 Dic.]. Cantabria alcanzó este triunfo, y su

Coronel Antonio Tur fué ascendido á Brigadier.

Confiesa Canterac que después de la jornada, algunos de los soldados lejos de jactarse de la victoria, rompieron sus fusiles contra las rocas, y, desesperados de remordimiento por haber derrotado á sus hermanos, buscaron la muerte arrojándose al abismo. ¡Hubo día que se despeñaron seis!

Entre los despojos se tomó el equipaje de Sucre, con el que, por irrisión, se vistió al músico mayor de Gerona. ¡Ofrenda funesta que se la arrancaron á bayonetazos los colombianos en Ayacucho!

Sucre recibe orden de dar batalla

En Tambo Cangallo recibió al fin Sucre la autorización de dar batalla (Dic. 4) que le llevó el Teniente Coronel Medina, edecán del Libertador. Leer la nota y desplegar sus tropas en la llanura, provocando al enemigo, todo fué uno; que si Bolivar tenía confianza ciega en el triunfo no le iba en zaga su adalid.

El primero le escribía á Restrepo de Chancay (Nov. 10-1924). "A principios del año que viene, la paz nacerá del último tiro de cañón y no habrá más españoles en América."; y á Sucre: "Si esos señores vienen á la costa perderán el ejército; pero pondrán á salvo su persona; si dan una batalla allá la perderán, y es muy natural que *caigan prisioneros.*"

Al ver la actitud resuelta de Sucre, los realistas tomaron las alturas de su izquierda amenazando flanquearle y aun cortarle la retirada, por lo que en la noche áquel levantó su campo y dejando el camino real á la izquierda, atravesó la quebrada de Acroco, llegó en la mañana á Huaychay, en la tarde á Acos Vin-

chos (5 Dic.) y el 6 á Quinua al oriente de Huamanga.

El enemigo se movió el 5 á Tambillo; el 6 á las alturas de Pacaicasa por áspero camino cortado por dos quebradas, extendieudo su línea algo más de tres leguas. Sucre de acuerdo con La Mar, quiso tomar la revancha atacando en columna, pero Valdez ocupó la altura con su división y protejió el pase de los suyos que llegaron á Huamanguilla el 7 á la vanguardia de los libres, y el 8 sentaron sus reales en los altos de Condorcanqui, obligando á Sucre á variar de frente ocupando el terreno al oriente de Quinua.

CAPITULO XXIX

Los realistas se sentían henchidos de orgullo: su pericia, movilidad y disciplina no tenían rival: Lima, Macacona, Torata y Moquegua evocaban recuerdos gloriosos; las medallas relucían en el pecho de muchos soldados, y los Jefes, por su valor y renombre, no los hubiera desdeñado el Príncipe de la Moskowa. Ambos ejércitos desean combatir

Deseaban tambien la acción aburridos de tantas marchas y contramarchas: mucho era lo que habían sufrido y sufrían: aun no se habían acostumbrado á la carne de caballo ó de burro, y las deserciones eran tan frecuentes, que al acampar, envolvía á las tropas todas las tardes un cordón de oficiales y de soldados fieles. Esta precaución no impidió que el ejército quedase reducido á algo más de 7,000 hombres.

Más decididos á la batalla estaban los libres. Su posición era demasiado crítica. Destacamentos realistas habían ocupado Marca, Mayoc, los otros desfiladeros y cortado todos los puentes. Los indios de Huanta, Huancavelica, Huando y Chincheros, habían dado muerte á más de cien enfermos y á la guardia que los custodiaba, y, en actitud hostil ocupaban las alturas. No habían subsistencias sino para cinco días. Los caballos en mal estado; faltaban los medios de movilidad. Pensar en la retirada era un absurdo, y la remota esperanza de recibir socorros de la costa se había desvanecido con la interrupción de las comunicaciones. Las deserciones, enfermedades, penurias de todo género y el encuentro de Matará, habían reducido el ejército á 5,780 hombres; pero este pequeño grupo estaba animado por elevados sentimientos y dispuestos á rendir la vida al pié de su bandera.

Mucho contribuyó á difundir la alegría en el campamento la pequeña refriega y los sucesos que en ese día (8 Dic.) tuvieron lugar.

Merienda en Quinua

Aburrido Canterac de la mala alimentación que venía tomando hacía días, comisionó á su ayudante, gallego de buena cepa, para que con algunos soldados pasara al pueblecito de Quinua y le consiguiera unas gallinas.

Empeñado en esta faena, llegaron algunos patriotas y se empezaron á tirotear con tal brío, que los vecinos abandonando hatos y trebejos salieron á escape en todas direcciones. El gallego que no le veía término á la zambra, en la que ya habían caído algunos, con singular aplomo, dando voces, á paso tirado por en medio de la calle, batiendo un trapo blanco

que había atado en una caña, se dirijió donde los libertadores, sin cuidarse de las balas que le silvaban por diestra y siniestra. Semejante temeridad, más que el respeto á la enseña, suspendió los fuegos é hizo que se recibiera al extravagante parlamentario con los honores de la guerra. Hecho silencio, les manifestó, que sufriendo su General de bascas y trasudores con la carne de burro y de caballo, le había mandado en busca de volátiles, de los que ya tenía un buen cardumen; que el tiroteo le embargaba y de continuar, los volátiles volarían dejando al susodicho y á él á la luna de Valencia: que no era de perderse la ocasión de estar á manteles con tantos valientes, habiendo tiempo de sobra en la campaña para mechificarse el pellejo, por lo que los invitaba á una merienda suculenta, de la que por caridad, como buenos cristianos, reservarían á su General una pitancita.

Risas estrepitosas y vivas entusiastas acogieron la invitación. Los nuestros siguieron sin vacilar á tan extraño anfitrión, el que corrió á cargo también de la presentación. Cambiados los apretones de manos y los saludos de estilo, con la franqueza de los bravos y la llaneza que inspira el hambre voraz, realistas é independientes le hicieron los honores á la bien provista mesa, en la que reinó la más completa tranquilidad. Demás es decir que la conversación no decayó un momento; que no se escuchó una frase hiriente, y que la más sincera alegría animó la comilona, merced á las salidas y ocurrencias del gallego, que era hombre de chispa inagotable. Lástima que la historia no haya conservado su nombre.

Al terminar se dividieron hermanablemente los restos, y cada partida se dirijió contenta á su campamento. En el nuestro la hilaridad fué general. Canterac no llegó á sospechar jamás que había comido de las sobras.

Este pequeño relato lo consideraria impropio de la gravedad de la historia, si aparte del valor que exige la cortesía rodeada de peligros, no fuera noble, generoso, humano todo lo que tiende á hacerse amar á los hombres, y á disminuir, aunque solo sea por un instante, los horrores de la guerra.

Campo de acción

Continuando mi relato, el campo de Ayacucho, al pié de las alturas del Condorcanqui, es un llano de 1,300 metros de largo por 800 de ancho, poco más ó menos, cortado en ambas extremidades por grandes quebradas, y cruzado diagonalmente de Norte á Sur por una cañada fácil para la infantería. Al Sur hay un camino de 200 metros por el que fácilmente se puede descender al llano, que dista tres leguas de la ciudad de Ayacucho, al Oeste del pueblecito de Quinua.

En la tarde del día que estamos hablando, (8) Sucre y La Mar se adelantaron al borde de la cañada y se pusieron á observar con anteojos las cumbres del frente, por si divisaban alguna descubierta enemiga. La Mar interrumpió el silencio diciendo: "El Virrey ha tenido miedo de comprometer su ejército en el paso de la cañada, y por no cruzarla delante de nosotros, se ha subido á la cumbre para descabezarla en su nacimiento y descender por aquí (señalando la loma más cerca del campamento), porque su táctica ha sido siempre atacar á sus adversarios de alto á abajo; rara vez se

ha presentado en campo raso." Dos horas después, á las 5, el ejército realista comenzó á bajar por el punto señalado por el General; tomó posición en la falda dominando el campamento patriota, armó su artillería volante, y por media hora lo cañoneó sin resultado, contestándole paulatinamente el único cañoncito que había, al mismo tiempo que ambos ejércitos como para proporcionarse un espectáculo gratis, desplegaban sus guerrillas y se tiroteaban por más de una hora, no sabiendo qué admirarse más si la precisión de los movimientos á toque de corneta ó la serenidad de los combatientes.

En los intervalos del fuego, suspendido de común acuerdo, los parientes, amigos y conocidos de uno y otro bando se reunían y conversaban. Cordoba llamó á Monet y cambió saludos con él, de un lado al otro de la cañada. Los hermanos Tur en el fondo de ella, se abrazaban efusivamente á vista de todos. Sentimientos elevados que denunciaban la terrible batalla que librarían en breve, los que antes del encuentro hacían gala de tanta cortesía y urbanidad.

En la noche, Córdova tomó unas compañías con algunas bandas de guerra, y les mandó se acercaran al enemigo y rompiesen los fuegos al toque de ataque en varías direcciones.

La sorpresa produjo el efecto de fijar á los realistas hasta la madrugada, haciéndoles creer que se apelaba á este ardid para ocultar la retirada. Del cambio de balas perdieron los realistas al Teniente Coronel Palomares, y resultaron 203 soldados heridos.

CAPITULO XXX

Batalla de Ayacucho

La aurora los encontró de frente y apercibidos á la pelea. Ambos estaban helados; la noche había sido muy fría, y el sol brillante que se levantó sobre las altas cumbres difundió en los adalides la alegría, el calor y el entusiasmo. La batalla era inminente.

La tropa formó pabellones. Monet descendió á la línea; llamó otra vez á Cordova; tuvo con él una corta entrevista, y de ella se aprovecharon los parientes y amigos de uno y otro ejército para darse la última despedida.

Á las 9 de la mañana el Virrey convocó una Junta General y le consultó si daría batalla, y, en caso afirmativo, la manera de emprenderla. Se dijo que era menester no perder la oportunidad que ofrecían los contrarios para ser atacados en terreno accesible; que las circunstancias eran apremiantes: Olañeta, sublevado, había pasado el Desaguadero, y Bolivar con 3,000 hombres en la costa podía reforzar de un momento á otro á Sucre: la superioridad del número, de la posición y de las maniobras militares no eran factores despreciables, y dadas las privaciones que estaban soportando, se podía considerar como un buen agüero que los independientes al fin, los esperasen á pié firme. Valdez confiesa en sus Memorias, que á pesar del descalabro de Ayacucho, cien veces que hubiesen estado los ejércitos en iguales posiciones ó parecidas, habría aconsejado á los suyos presentar batalla. La infantería es dividió en tres columnas paralelas. La van-

guardia, al mando de Valdez, ocuparía la derecha y desalojaría á los libres de una casa en el centro de la llanura en que se habían fortificado: Monet, con cinco batallones aproximaría las cabezas de sus columnas sobre el barranco del frente, y Villalobos con dos batallones de su división seguiría la cresta de la barranca de la izquierda, para cubrir el flanco realista á la altura de sus cazadores. La caballería mandada por Ferraz quedaría á retaguardia de Villalobos. Gerona 1 y 2, y Fernando VII en la reserva, prontos á renovar la pelea donde flaqueara, y á servir de punto de reunión en caso de un desastre. Cuatro piezas tomaron posición y una línea fuerte de cazadores cubrió la cañada del frente.

La caballería, una vez en el llano, formaría la izquierda de la línea, quedando encargada de proteger las piezas. A las diez de la mañana, el Virrey se desmontó y en persona vigiló el descenso de la división Monet, y de los escuadrones que, oblicuando un poco, llevaban sus caballos del diestro.

Al llegar á la llanura formaron en columna en el mayor orden.

Los nuestros los esperaban en columna formando la línea un ángulo.

A la derecha Córdova con Bogotá, Coronel Galindo; Voltíjeros, Coronel Guás; Pichincha, Leal, y Caracas, León. En el centro, Miller con los Granaderos de Colombia de Carvajal; los Húzares de Colombia de Silva, los Húzares de Junín de Suarez y algunos Granaderos á caballo de los Andes que mandaba el Comandante Bogado.

Formaba la izquierda la división La Mar;

Legión Peruana, Coronel Plaza; N.° 1, Coronel Bermudez; N.° 2, Gonzalez y N.° 3, Benavides. La reserva con el General Lara, se componía de Rifles, Coronel Sandes, Vencedor Luque, y Vargas Morán.

Sucre recorrió entusiasta la línea y á cada cuerpo le iba recordando sus glorias y proezas, que eran acogidos con gritos y vivas atronadores, testimonios del ardor que á todos animaba. Colocándose luego en un punto céntrico, dijo con voz alta, de manera que todo el ejército le oyese, estas célebres palabras: "*de los esfuerzos de hoy depende la suerte de la América del Sur*; y luego señalando, como inspirado, á las huestes españolas, que principiaban á moverse agregó: *otro día de gloria va á coronar vuestra admirable constancia*".

El fuego de las avanzadas que iba haciéndose más nutrido, daba mayor realce á esta imponente escena. Observando Sucre que la artillería enemiga barría la llanura con sus fuegos, ordenó que sus tiradores la desalojasen de esas posiciones.

Entre tanto, Valdez reforzado con dos escuadrones de Húzares y 6 piezas, arrojó á los nuestros de la casa fuerte y emprendió contra la división La Mar que vino en su auxilio. Tropa disciplinada pero nueva, al frente de otra veterana, tuvo al fin que desordenarse.

Dos batallones fueron arrollados; Vencedores y Vargas vinieron á restablecer el combate, de manera que, desde el principio, tuvo Sucre que disponer de casi toda la reserva para evitar un desastre en la izquierda.

Felizmente en el centro pasaba lo contrario. Viendo Sucre desde el alto de la Sabaneta, que

aun no habían entrado los españoles en línea, le ordenó á Córdova que, protegido por Miller, los atacase á la mayor brevedad. El joven General se apea, mata su caballo, y dirijiéndose á su división, le dice: "Soldados, no quiero medios para escapar; conservo mi espada para vencer. Adelante, armas á discreción, paso de vencedores", y agitando en el aire su sombrero de plumas, espada en mano, emprende el ataque más furibundo que recuerda la historia del nuevo mundo. Los colombianos enloquecidos por este arranque de la juventud, el valor y la belleza, se lanzan como tigres hambrientos sobre las filas enemigas; á cien pasos descargan sus fusiles, y luego estrechamente unidos y en el mayor orden cargan á la bayoneta. Rubín con el Cuzco fué la primera víctima; Imperial es deshecho sin disparar un tiro; igual suerte le toca á Guías desplegado en guerrilla y á dos batallones que habían cruzado el barranco y formado al otro lado en columna. Lo que rompía Córdova lo dispersaba Miller con sus cargas de caballería, en las que cayó el bravo Coronel Silva cubierto de heridas, pudiendo decirse sin hipérbole, que en el centro no se empleó el fusil sino el sable y la bayoneta. Tres Coroneles quedaron en el sitio. Monet que había venido á socorrer á Villalobos se retiró herido. Los otros dos batallones retrocedieron al borde de la barranca, pero alcanzados por los fugitivos, son arrastrados y envueltos en la dispersión general.

Batidos el escuadrón San Carlos y los flanqueadores que protejían las guerrillas, llegó al llano Ferraz con dos escuadrones de la Unión y dos de Granaderos. Verlo y lanzarse sobre él

con sus ocho escuadrones, fué para Miller obra de un instante. El choque fué tremendo: Jefes, oficiales y soldados rivalizaron en valor; por largo rato no se oyó sino el martilleo de los sables, hasta que agobiados por el número y el recuerdo de Junín, cedieron el campo los realistas dejándolo sembrado de cadáveres.

En este momento crítico, Canterac se pone al frente de la reserva y avanza á sostener el combate, dándole tiempo al Virrey, que se había batido como un granadero y recibido seis heridas, para que reuniera á los dispersos. Ya era tarde: los soldados no correspondieron al ardimiento del capitán.

Gerona no era ya ni sombra de lo que había sido: el timbre de los realistas, el respeto de los libres. Sus mejores números habían perecido en el Alto Perú- y además, nunca había tropesado en su carrera brillante con el empuje de los colombianos y el temple de Córdova. Por vez primera se le vió abandonar á su General.

Roto el centro y la izquierda, los vencedores se dividieron, una parte trepó con Córdova el Condorcanqui donde hizo muchos prisioneros, entre ellos al Virrey, y otra cargó como una avalancha sobre la división Valdez. Lo quebrado del terreno había impedido á éste informarse de las peripecias de la batalla, de manera que al verse acometido por el flanco cuando se creía victorioso, tuvo que doblar su línea formando martillo, movimiento que permitió rehacerse á la división La Mar, y aun tomar la ofensiva.

En esta emergencia, la prolongación de la lucha era estéril. Los mejores soldados habían

caído. Valdez comprendió que todo estaba perdido, y preso de la desesperación, se apeó del caballo y se sentó sobre una gran piedra resuelto á esperar la muerte allí. Sus Jefes y oficiales acuden solícitos á su alrededor; les suplican que les de sus órdenes prometiendo cumplirlas; todo es en vano, hasta que uno de ellos observa que si no puede vencer, por lo menos los puede salvar. Esta apelación oportuna á su generosidad, le devuelve los bríos y le pone de pié. Reune á los pocos que le quedan, se pone á su frente, y escoltado y envuelto por sus Jefes que, espada en mano le forman una espesa muralla de acero, emprende la retirada perseguido por Moran, y se abre paso entre los colombianos sembrando la muerte á su al rededor. Á la cumbre de la montaña llegó solo con 200 hombres.

Tal fué la memorable acción de Ayacucho en que quedaron inmortalizados el denuedo heroico de Córdova, y el alma templada de Valdez. Había durado tres horas y terminó á la una del día.

1,000 prisioneros, 60 Jefes y oficiales, 14 piezas, 2,500 fusiles y toda clase de pertrechos cayeron en poder de los vencedores. Murieron 1,800 realistas y 370 patriotas: 700 heridos de aquellos y 609 de éstos, lo que monta al 25 por ciento de los combatientes.

Ascensos

En el mismo campo de batalla fueron ascendidos Córdova y Lara á Generales de División; Leal, Guás y Cuervo á Coroneles efectivos, y Morán á Coronel graduado.

Muertos y heridos

Hubo que deplorar la muerte del capitán Urquiola de Húzares de Colombia, de los tenientes Oliva de Granaderos de Colombia, Bonilla

de Bogotá, Sevilla de Vencedor, Prieto y Ramonet de Pichincha. Heridos salieron de los colombianos, los Coroneles Silva, Luque, Leal; el Comandante León; los Mayores Torres y Sornosa; los capitanes Jimenez, Coquis, Dorronsoro, Brown, Gil, Córdova, Ureña, Landaeta, Troyano, Alcalá, Granados y Miro; los tenientes Infantes, Silva, Suarez, Villarino, Otárola, French, Pázaga y Ariscum; los subtenientes Galindo, Chabur, Rodriguez, Malabe, Terán, Perez, Calles, Marquina, Paredes y Sabino. De la división La Mar salieron heridos los tenientes Otárola (que murió de las heridas en Huamanga, 20 Feb. 1825), Suarez, Horna, Posadas, Miranda y Montoya; los subtenientes Iza y Alvarado. Del Estado Mayor salieron heridos los Comandantes Castillo y Geraldino, y los tenientes Moreno y Piedrahita.

Todos los cuerpos se distinguieron y cumplieron con su deber, pero hay que convenir que el mayor mérito correspondió sin duda alguna á los colombianos. Miller y Gamarra no le perdonaron jamás á Sucre, el que no los hubiera mencionado en el parte oficial de la acción. De nada valieron las excusas que se les dieron después. Pequeñeces insignificantes que, lejos de enaltecerlos, depreciaban su valimiento.

Al siguiente día, Sucre expidió la siguiente proclama:

Proclama

"Soldados: sobre el campo de Ayacucho habeis completado la empresa más digna de vosotros. Seis mil bravos del ejército Libertador han sellado con su constancia y con su sangre la Independencia del Perú y la paz de América. Los diez mil soldados españoles, que vencieron ca-

torce años en esta República, están humillados á vuestros pies."

"Peruanos: Sois los escogidos de vuestra Patria. Vuestros hijos, las más remotas generaciones del Perú, recordarán vuestros nombres con gratitud y orgullo."

"Colombianos: Del Orinoco al Desaguadero habeis marchado en triunfo; dos naciones os deben su existencia; vuestras armas las ha destinado la victoria para garantir la libertad del Nuevo Mundo."

Nada dará mayor idea de la acción que las propias palabras del que la dirijió. Tres días días después le escribía de Huamanga al General Santander (13 Dic.): "La batalla ha sido ejecutada con un orden y regularidad que jamás se describirá; durante tres horas de combate nadie ha vacilado; una carga firme decidió todo; los españoles me han dicho que nunca ellos vieron las tropas francesas marchar con más gallardía ni con tanto entusiasmo. Estoy muy contento, muy contento de la conducta de los cuerpos." Idea de Sucre sobre la batalla

Muchos valientes se distinguieron ese día memorable; cargas y ataques terribles se dieron y soportaron por unos y otros, pero es indudable que todas las hazañas se opacaron ante la del adalid colombiano. Ayacucho es Córdova. Cordova Retrato

Era natural de Río Negro, Nueva Granada; se le educó con esmero y muy joven optó por la carrera de las armas. Emigró á Casanare, pasó á Venezuela, y, por su arrojo y denodado valor le tomó de edecán el General Servier. En la batalla de Boyacá su comportamiento fué tan brillante, que se le dió el grado de Teniente Coronel á los 19 años. Hizo gran papel en las

campañas de Antioquía, Venezuela y Magdalena, y ya hemos visto que al frente del batallón de este nombre cargó á la bayoneta en Pichincha contra el centro de Aymerich.

Alto, delgado, bien hecho, de tez lozana, arrogante figura, posturas gallardas, ágil, inteligente, vivísimo, caballero, generoso hasta la prodigalidad, era tan amable en sociedad como terrible en el campo de batalla. De una simpatía irresistible, muchos corazones se rindieron á sus finas galanterías, teniendo la desdicha de no sentir rendido el suyo á las palabras suaves y moderadas de la virtud, ó á las ojeadas furtivas del pudor y de la belleza.

El amor á la gloria se equilibraba en él con el desprecio por el peligro. Sus soldados le idolatraban, y al servirle lo hacían con una especie de veneración. Su semblante airado, el brillo deslumbrador de sus grandes ojos, sus movimientos rápidos, febriles, su voz alterada en la pelea, los enardecían hasta el fanatismo, y los encanecidos veteranos de Colombia al seguirle como perros rabiosos, se decían con el gesto y la mirada unos á otros, que no era posible que á ellos, cubiertos de cicatrices en cien combates, los superara ese joven imberbe en el paso, el brío y el valor.

Después de Ayacucho, de vuelta á su patria, resentido de que Bolivar lo había separado del servicio, se sublevó y apoderó con 50 hombres de la ciudad de Medellín, que luego aumentó á 400, con los que se posesionó de la hacienda de Santuario.

El General O'Leary encargado de someterlo, destacó al Coronel Montoya de parlamentario, el que le manifestó al rebelde la inutilidad de la

resistencia ante doble número de fuerzas. Córdova le contestó, que después del paso dado no le quedaba sino vencer ó morir. "Es imposible vencer" le replicó Montoya; "Pero no es imposible morir" observó el joven adalid, que pocas horas después se batía como un león hasta rendir la vida [Oct. 17-1829].

Tipo histórico más perfecto que Alcibiades para el idilio y la epopeya, aun no ha nacido el bardo que cante é inmortalice sus hazañas y sus amores; pero las primeras bastan para que su nombre, cubierto de gloria, pase á las edades futuras asociado á la libertad de un mundo, como el de Aquiles encarna el incendio y la destrucción de Troya.

Cuando mil damas cuzqueñas obsequiaron más tarde en un banquete á Bolivar, una corona de oro matizada de perlas y piedras preciosas, el Libertador, levantándose de la mesa la puso sobre la frente de Córdova, diciendo: "Él es quien merece todos los obsequios del Perú, él es el vencedor de Ayacucho, y el verdadero Libertador de esta república". El agraciado se desprendió de ella y se le pasó modestamente á Sucre, indicando, que á él le correspondía; á lo que el bravo Mariscal replicó que nadie tenía mejor derecho á ella que el favorecido por el genio. Córdova se la obsequió á su ciudad natal donde todavía se conserva.

Si el busto de Olaya nos acusa de mezquindad, la falta de estatuas á Córdova y á Suarez nos tachan de ingratitud: sacrificio y heroismos que nos olvidamos de perpetuar en el mármol ó en el bronce cuando malgastamos los dineros del fisco, y que si hoy enaltecen al Perú, mañana harán popular su historia. Deberes sagrados

Desde entonces fué el Perú verdaderamente libre y pudo tratar de igual á igual á los demás estados, reclamando con derecho una curul en el congreso de las naciones. El pendón de Castilla había sido abatido en toda Sud América: la menor esperanza de reconquista había desaparecido: en todo el territorio no flameaba ya sino el pabellón nacional; la obra de San Martín comenzada en Lima había sido coronada en la altiplanicie de los Andes.

Pero concluida toda grande empresa aun queda mucho por hacer; hay deudas que pagar, deberes que cumplir, leyes que obedecer. La libertad es el don más grandioso que nos ha otorgado el cielo, y al que nos manumite le debemos gratitud eterna. Es la única relación humana que no permite divorcio.

Un argentino inició nuestra emancipación y un colombiano le puso término; argentino y colombiano fueron también los dos adalides que, con valor heroico, arrancaron á España la palma del triunfo en las dos batallas de la campaña final: Colombia y la Argentina tienen, pues, que ser siempre aliadas nuestras; ninguna cuestión puede dividirnos; ningun reclamo enfriar nuestras buenas relaciones: en la adversidad y en la fortuna se nos debe ver de su lado; sus desastres y regocijos deben ser nuestros: nuestras sus penas y alegrías. Con ellas no debemos tener rencillas ni diferencias, cuidando nuestros diplomáticos, como pauta invariable, de ceder á las exigencias de esas hermanas mayores, por exageradas que sean, antes que se nos arroje al rostro, con fundamento, la fea tacha de desagradecidos.

Las leyes del decoro, que precedieron á las

civiles, son las más severas. La delicadeza tiene una sanción más extensa y poderosa que la ley, y un tribunal que si bien está dispuesto á escuchar toda clase de informes no admite recursos ni apelaciones. Solo obedeciendo á estos principios respetabilísimos seremos dignos de la grandeza de nuestra historia y de la hidalguía de nuestros antepasados. Mostrándonos agradecidos de veras á los que vinieron de apartadas tierras para hacernos libres, conservaremos en toda su pureza aquellos recuerdos gratísimos que ha cantado la poesía en versos sublimes, y que á cada paso despiertan en nuestro pecho nobles sentimientos, el valor, el patriotismo, la abnegación hasta el sacrificio, cuando sentados en el hogar, escuchamos atentos y conmovidos de labios de nuestros padres la voz de la tradición, ó los vemos rejuvenecerse al referirnos, llenos de animación, las proezas legendarias de los héroes de nuestra independencia.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

INDICE

Pág.

FIN DEL ÍNDICE



Erratas notables

PÁG.	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
16	11	competidor	competencia
21	1	Urdinivea	Urdininea
112	26	refutación	reputación
136	18	Eusinoso	Ensinoso
143	11	vaz	voz
187	20	un	su

OBRAS DEL AUTOR

Laoconte de Lessing—Obra maestra de la crítica indispensable para los alumnos de Estética, pintores, escultores, poetas y literatos, adoptada como texto en Francia y Alemania. Traducida directamente del alemán.

Emilia Galoti de Lessing—Traducida directamente del alemán.

Conferencias del Rev. P. Agustin de Montefeltro.—Traducidas directamente del italiano.

Hamlet de Shakespeare—Traducción directa del inglés.

Mis Lecturas---Colección de pensamientos profundos de todos los filósofos y pensadores.

Alimonda.—Conferencia. Traducida directamente del italiano.

Montalvo—Juicio crítico sobre sus obras.

Historia del Perú, dos tomos.

ÍNDICE DE NOMBRES DE LOS TOMOS I. Y II.

FIN DEL ÍNDICE

